
¿TE atreves CONMIGO?
CARLOTA MANZANO

¿TE atreves CONMIGO?

CARLOTA MANZANO

¿TE atreves CONMIGO?

CARLOTA MANZANO

Primera edición.

¿Te atreves conmigo?

Carlota Manzano

©enero, 2024.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

¿Te atreves conmigo?

Carlota Manzano

©enero, 2024.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Epílogo

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Epílogo

Capítulo 1



«El placer es el pecado más dulce, el que te pone la miel en los labios… En el transcurso de la vida los caminos se bifurcan, está en la mano de cada uno saber elegir la opción que dicta tu corazón, aunque tengas la incertidumbre de si es lo mejor… Puede salir bien o ser un error, pero solo lo descubrirás si haces de ello una vivencia. El corazón siempre lo tendrá claro: la mente necesita abrirse a él para encontrar la respuesta, y, es ahí cuando todos los sentimientos se desbordan unidos al placer, que te das de bruces con la realidad… »

Nora

—Esto es precioso —dijo emocionada Hana.

—Lo es. —Estuve de acuerdo.

—Vamos, he visualizado la foto perfecta. —Salió corriendo, tirando de mí.

—Pero si te has hecho cientos de ellas. —Reí porque si algo nos llevábamos del viaje que habíamos hecho aprovechando unos días libres en nuestros trabajos, eran fotografías de todo tipo.

Me llevó con la lengua fuera para que nadie ocupara el lugar antes que nosotras. Era cerca de la una del mediodía y había mucho movimiento de gente. Estábamos en el centro de la ciudad, más concretamente en una plaza rodeada por cafeterías y restaurantes, por lo que estaba muy concurrida porque el día acompañaba a ello al estar perfecto, con el sol calentando, tanto, que a pesar de ser invierno la temperatura era muy agradable y no hacía nada de frío todavía.

—¿Ves? —Abrió los brazos más contenta que todas las cosas, poniéndose en posición.

—Lo veo, lo veo —negué sacando el móvil para capturar lo que quería.

Media hora después, en la que no paramos de reír, conteniéndonos solo los segundos en los que yo dejaba inmortalizadas las imágenes en todas las posiciones que quiso, incluyéndome a mí con varios selfis, terminamos satisfechas la sesión.

—Ya podemos ir a comer —propuse.

—¿Algo en especial?

—Me da igual, hemos comido todo lo típico durante estos días. —Me encogí de hombros.

—Disculpen. —Escuchamos a nuestras espaldas.

Nos giramos encontrándonos con una mujer mayor, mirándonos sonriente.

—Perdón por el atrevimiento, pero llevo un rato observándolas y si quieren les puedo hacer alguna fotografía juntas. —Señaló hacia mi móvil, sin perder la sonrisa.

—Oh, gracias. —Le devolví el gesto—. Si no le importa.

—Para nada. —Alargó la mano y le di mi móvil.

Hana y yo nos preparamos para posar mientras la mujer se movía para cogernos desde varios ángulos. Cuando terminó, asintió conforme y nos acercamos a ella.

—A ver si os gustan.

—Estamos seguras de que sí —asentí agradecida, cogiendo el móvil que me devolvía.

Sonreí poniéndome un poco tensa, sin saber a qué vino que no lo soltara y por unas milésimas de segundo, pensé que no lo volvería a ver porque capaz era de darle un giro a la situación y salir corriendo con él. Pensamiento que fue inevitable al extrañarme que, al hacer un poco de fuerza para acercarlo a mí, ella lo agarrara más fuerte.

No quise pensar en esa posibilidad porque no era de dudar de las personas de esa forma y la mujer más simpática, atenta y amable no había podido ser, pero su mirada intensa directa a mis ojos me descolocó más, sin saber qué decir.

Ni falta que hizo que yo dijera nada, primero porque fue ella la que habló y segundo, porque lo que salió de sus labios mientras movía la mano que tenía libre y la ponía sobre la mía, dejando el móvil más encerrado, me dejó aún más desconcertada sin poder hacerlo.

—Tu vida va a cambiar. —Empezó a decir casi sin pestañear concentrada en mis ojos, acariciándome—. Quería cerciorarme de que no me equivocaba, notar tu contacto. Mientras os observaba me has transmitido tanto que no he podido evitar echarte las cartas y esta es la más importante y la que predomina dando un significado especial. —Conforme lo dijo quitó la mano de encima y se la llevó a un bolsillo del abrigo, sacando de él a lo que se refería.

Miré de reojo a Hana para pedirle un poco de ayuda, pero se había quedado con la boca abierta observándola a ella, atenta a todo.

—Si me lo permites… —Me centré en la mujer y asentí despacio por no parecer desagradable—. Gracias porque noto tu inquietud —me sonrió mientras ponía una carta bocabajo, en el dorso de mi mano—. Esto —apoyó otra vez la suya, dejándola escondida entre las dos—, es tu futuro, uno muy prometedor si cuando llegue el momento sabes elegir bien.

—No sé… no sé a qué se refiere, yo… —Carraspeé.

—Solo tienes que saber que, en algún momento tendrás que decidir. Dos caminos se presentarán frente a ti y solo puedo decirte, aconsejarte desde mi humilde opinión si me la aceptas —asentí tragando saliva—, que mires bien, que nada te nuble la mente para conseguir ver bien lo que tienes delante.

Se separó despacio sin perder la sonrisa, soltando el móvil y la carta. Las dos cosas quedaron en mi mano, una abajo y otra arriba, las que me quedé observando. Levanté la cabeza hacia ella, despacio, sin salir del estado en el que estaba porque me había pillado por sorpresa y era bastante reacia a todas esas cosas.

—Normalmente no se me nubla —dije lo primero que me pasó por la cabeza porque en ese instante no estaba para pensar mucho, contraponiendo a mis palabras.

Esa vez de su parte solo obtuve otra sonrisa, más pronunciada mientras daba varios pasos hacia atrás, sin dejar de mirarme. Como había visto durante esos días bastantes veces, en las que mujeres, con las mismas características a la que tenía delante, se acercaban a la gente y después de sus servicios les pagaban, me propuse hacer lo mismo, aunque yo no lo hubiera pedido ni buscado.

—No por favor, no quiero nada —negó levantando las manos.

—Pero… —La observé extrañada.

—Solo quería que lo supieras, debías saberlo, Nora. —Me miró con cariño dejándome como en una nube al escuchar mi nombre de sus labios—. No la pierdas, nunca, no te separes de ella hasta que tu corazón sepa con certeza que está en el buen camino. —Señaló con la cabeza hacia la carta—. Si llegara a ocurrir, sino te acompaña…

Impaciente por seguir escuchándola, a nada de preguntarle cómo sabía cómo me llamaba, no llegué a hacer ninguna de las dos cosas porque una ráfaga de viento, la que no entendí y me desconcertó más porque en ningún momento había hecho aire y la zona en la que estábamos quedaba resguardada, provocó que la carta saliera volando al no tenerla sujeta y mis pies automáticamente se movieran por inercia, queriendo recuperarla.

—¡Por Dios cógela! —exclamó yendo detrás de mí Hana.

—¿Qué te crees que estoy haciendo? —Solté un bufido corriendo y agachándome, pero siempre que estaba cerca volvía a moverse— Ya —cogí aire, incorporándome con ella en la mano, levantándola.

Me giré rápido hacia donde habíamos dejado a la mujer, pero no la vi por ningún lado. Miré por toda la plaza, parándome en todas las personas que había, incluyendo a las que estaban sentadas en las terrazas, sin resultado.

—¿Dónde se ha metido? No puede haber corrido tanto, esto es enorme y no ha pasado casi nada de tiempo. —Se sorprendió Hana al buscarla también.

—No lo sé —susurré.

Bajé la mirada hacia la carta para ver la otra parte porque todavía no había quedado a la vista. Vamos, ni que yo fuera una entendida para saber interpretarla, pensé cuando vi la imagen que mostró.

—¡Qué fuerte! —soltó Hana con un jadeo.

—¿Sabes qué significa? —pregunté, aun sabiendo que no podía ser, porque la conocía muy bien, pero por un momento tuve una pequeña esperanza.

—¿Yo? —Se señaló—. ¡Qué voy a saber! Qué fuerte lo que ha pasado —aclaró.

—Ah, ya. Ha sido un poco…

—De locura —soltó un suspiro—. ¿Qué vas a hacer?

—¿Qué quieres que haga? —Giré la cabeza hacia ella, levantando una ceja.

—Joder, pues yo que sé. Podemos buscarla por los restaurantes para dar con ella y hacerle preguntas. Por la hora que es…

—¿Te digo lo que pienso? —Tragué saliva.

—¿El qué?

—Que no la vamos a encontrar en ningún sitio —negué dejando la mirada fija en la carta.

—¿Qué quieres decir? Eso no lo sabes.

—Sí, no me preguntes cómo ni porqué, pero así lo siento. —Me encogí de hombros acariciando la carta— ¿Tú me

has llamado por mi nombre mientras te estaba haciendo las fotos? —La miré nerviosa.

—Joder, ¡yo qué sé!

—Tienes que haberlo hecho, ha dicho mi nombre —negué mirando hacia donde habíamos estado las tres antes de que la carta volara haciendo que me alejara de ella.

—Que yo recuerde te he llamado de muchas maneras… cariño, tesoro, tardona, chochona…

—Ya, de todo eso me acuerdo. —Puse los ojos en blanco.

—Nora —me giré hacia ella al notar el tono diferente en su voz—, aunque lo haya dicho, esa mujer no estaba lo suficientemente cerca como para escucharlo porque no he gritado en ningún momento al estar cerca. Yo que veía detrás de ti, no la he visto hasta que no nos ha hablado.

—¿Estás segura? —asintió.

—Vale —solté un suspiro guardándome el móvil y la carta en los bolsillos del abrigo, por separado, no sin antes fijarme en ella por última vez.

—¿Qué habrá querido decir con lo de que elijas bien? —Quiso saber pensativa.

—Cualquier cosa. —Me encogí de hombros.

—Coño, pues lo ha dicho tan seria que a mí me ha dado repelús. —Hizo un puchero.

Sonreí, ¿qué más podía hacer? Había sido una cosa aislada. No iba a negar que muy desconcertante y misteriosa, pero podría tratarse de cualquier situación que me encontrara si es que había acertado. Pensativa, recordando todo lo que me había dicho, su expresión y gestos, palpé la carta por encima del bolsillo volviendo a mirar hacia donde hasta hacía poco, había estado la mujer.

Durante todos los días que llevábamos allí, habían sido muchas las veces en las que se habían acercado a nosotras con el propósito de hacer lo mismo. Pensé en el motivo por el que no había querido aceptar mi dinero, sin entenderlo. Si algo teníamos claro, por todas esas veces que se nos habían acercado, es que lo primero que decían las personas era si queríamos saber el futuro y cuánto nos costaría, ni una se había saltado esos pasos.

Ese detalle, sumándolo a todo lo demás me dejó con una sensación rara, de la que no pude desprenderme, pero la que intenté disimular frente a Hana dirigiendo todo lo que hablamos ese día a otros temas, apartando lo que había sucedido.

Dos días después volamos hacia nuestra ciudad y me despedí de mi amiga en el interior el taxi. Cuando llegué a

casa lo primero que hice fue deshacer la maleta y poner una lavadora mientras me daba una ducha. No había conseguido evitar las sensaciones después de lo sucedido e intentando aclarar las ideas mientras el agua caía sobre mi cabeza, estuve todo el rato buscando una lógica, al menos, a que esa mujer supiera mi nombre.

—Seguro que Hana lo dijo —negué porque las palabras más comunes y cotidianas salían de nuestras bocas y ni nos dábamos cuenta.

Sin querer pensar más, ni seguir dándole vueltas porque ya llevaba mucho con el mismo tema, salí de la ducha y me puse cómoda. A punto de ir al salón, me paré girando hacia el armario y fui directa hacia él.

Lo abrí y centré la mirada en el abrigo, dejando los ojos fijos en el bolsillo donde todavía estaba la dichosa carta que me estaba haciendo pensar de más. La saqué, observándola y caminé hacia la cómoda, abriendo un cajón y guardándola en él, entre las camisetas que había.

Lo cerré de golpe, despidiéndome de ella porque no tenía intención de verla en una buena temporada, a no ser que fuera a coger algo y salí de la habitación sin mirar atrás.

,

casa lo primero que hice fue deshacer la maleta y poner una lavadora mientras me daba una ducha. No había conseguido evitar las sensaciones después de lo sucedido e intentando aclarar las ideas mientras el agua caía sobre mi cabeza, estuve todo el rato buscando una lógica, al menos, a que esa mujer supiera mi nombre.

—Seguro que Hana lo dijo —negué porque las palabras más comunes y cotidianas salían de nuestras bocas y ni nos dábamos cuenta.

Sin querer pensar más, ni seguir dándole vueltas porque ya llevaba mucho con el mismo tema, salí de la ducha y me puse cómoda. A punto de ir al salón, me paré girando hacia el armario y fui directa hacia él.

Lo abrí y centré la mirada en el abrigo, dejando los ojos fijos en el bolsillo donde todavía estaba la dichosa carta que me estaba haciendo pensar de más. La saqué, observándola y caminé hacia la cómoda, abriendo un cajón y guardándola en él, entre las camisetas que había.

Lo cerré de golpe, despidiéndome de ella porque no tenía intención de verla en una buena temporada, a no ser que fuera a coger algo y salí de la habitación sin mirar atrás.

Capítulo 2



Veinte días después…

—¿Adónde vamos? —susurré mirando hacia los lados— Nos van a pillar. Madre mía, yo no tendría que estar ni en la fiesta. Hasta hace pocas horas no me encontraba bien. —Bufé.

—Baja el tono, leches. —Pegó un tirón de mi mano Hana.

—¡Pero si más flojo no puedo hablar!

—Pues cállate. Tengo una misión y hasta que no la lleve a cabo… las pastillas que te has tomado todavía están haciendo efecto.

—Normal, han sido dos de golpe por no escucharte —negué—. ¿Y se puede saber cuál es? No es por nada, pero me estás arrastrando contigo. Ya es nuestra misión, hasta que me digas de lo que se trata y te quedes sola.

—Localizar a Nael. Joder, que no me ha visto todavía —se lamentó.

—Normal, no te has puesto delante de nadie —puse los ojos en blanco— y por si no te has dado cuenta, la sala más llena no podía estar. Un momento. —Me paré de golpe, frenándola a ella.

—¿Ahora qué? —Se removió nerviosa.

—¿Quién es Nael? —Entrecerré los ojos.

—El dueño de esto. —Señaló hacia arriba.

—No me lo puedo creer. —Me solté de su agarre y me froté la cara—. El dueño de esto —repetí—, lo que viene siendo lo mismo que tu jefe, del que por cierto hasta ahora ni sabía el nombre.

—Es que siempre me dirijo a él por «jefe». —Se tocó el pelo, coqueta y levanté una ceja—. Jolines, ¿qué más te

da a quién?

—Mira, por primera vez desde hace bastante rato te doy la razón. Qué más me dará a mí a quién estés buscando y con qué intención. —La señalé—. No la quiero saber. —Levanté las manos al verla preparada para explicármelo.

—Vamos Nora, solo quiero forzar un encuentro con él para que me vea. —Hizo un puchero—. Es la oportunidad perfecta. Ha subido hacia aquí, estoy segura.

—Te ve cada día en el trabajo, Hana —negué.

—No, es el jefe de todo esto y pocas veces se pasea por mi planta, por ninguna, lo sabes. En esta tiene el despacho. —Hizo más pronunciado el puchero.

—Como para no saberlo —bufé—, que si mi jefe por aquí, que si mi jefe por allá…

—Pues eso. No estamos haciendo nada malo, yo trabajo aquí.

—En horario laboral, Hana, en horario laboral… no en plena noche en medio de una fiesta que está en la planta baja. —Me froté la frente—. Y si lo encuentras, ¿qué vas a decirle? —La miré interrogante—. ¿Qué estabas buscando el baño en un edificio que conoces perfectamente y te has despistado?

—No —soltó una risilla—, eso no colaría.

—¿No me digas?

—No sé qué le diré si lo veo, sobre la marcha. —Me agarró otra vez de la mano.

—Miedo me dan tus «sobre la marcha» —siseé.

—Los efectos del alcohol no te sientan bien —dijo divertida.

—Claro, será por el que he bebido para no mezclarlo con las pastillas.

—Calla —pidió de golpe.

Sorprendida me vi por el tirón fuerte que me dio lanzándome al suelo. Me giré hacia ella para quejarme, pero ni eso pude cuando me tapó la boca con los ojos abiertos al máximo. Sentadas o más bien escondidas nos quedamos debajo de una mesa de trabajo.

—¿Este es tu «sobre la marcha»? —murmuré acercándome a ella cuando me soltó —. Porque doy por hecho de que has visto algo, si no, no entiendo el motivo por el que me has tirado.

—Creo que lo he escuchado. —Se giró hacia mí, nerviosa.

—Tengo una duda.

—¿Cuál? —susurró.

—Si tu propósito con todo esto es que te vea, ¿qué narices hacemos aquí escondidas? Joder, que solo falta que nos encuentre así y a ver qué narices damos como explicación a cómo estamos.

—Me estás poniendo nerviosa. —Hizo una mueca.

—¿Hay alguien aquí? —Escuchamos una voz fuerte que nos dejó calladas al instante, sin respirar si quiera por lo cercana que sonó, mirando las dos hacia el frente.

—Seguramente haya sido algún ruido de la fiesta —dijo otra voz de hombre como respuesta, después de varios minutos.

—Me ha parecido…

—¿Por qué no te olvidas de todo y terminamos lo que hemos empezado? —preguntó la voz de una mujer, la que sonó melosa.

Miré de reojo a Hana porque ni idea a quién de los dos hombres se dirigió con lo de terminar. Mi amiga estaba con los ojos cerrados, expectante y esperando a saber cuál de los dos contestaba por lo que di por hecho que uno de ellos tenía que ser su jefe, el tal Nael.

—Me parece perfecto, preciosa —respondió el primer hombre y Hana abrió los ojos como platos.

—Mierda —siseé por su reacción sin que apenas yo misma escuchara mi propia voz.

—Vosotros a lo vuestro —comentó en tono divertido el segundo hombre—. Yo he dejado la faena sin empezar si quiera.

Los sonidos de los pasos nos hicieron ponernos más rígidas, hasta que dejamos de escucharlos en varias direcciones. Me giré hacia Hana y la agarré de una mano.

—¿Estás bien? —susurré.

—Ese no se la tira. —Me miró con rabia.

—¿Qué dices? —Agrandé los ojos—. No puedes meterte en un lio —negué—. Por Dios, Hana, piensa.

—Que no se la tira —remarcó reafirmando sus palabras—. Me niego a venir el lunes a trabajar con el recuerdo de lo que van a hacer ahí dentro. —Señaló hacia cualquier lado porque la iluminación era escasa.

Como era lógico las luces principales estaban apagadas, lo único que hacía que nos viéramos de cerca eran unos pequeños focos, tenues, que había repartidos por el suelo bastante separados entre sí y cerca de donde estábamos, teníamos uno.

—Joder, que es el jefe de esto. Puede tirarse a cualquiera donde quiera y ¿no pensarás que es la primera vez?

—No tienes ni idea de lo que dices —negó varias veces—. Es el hombre más correcto y serio que he conocido en mi vida, no sabes cómo se toma su responsabilidad.

—¿Y eso qué tiene que ver? Puede serlo y disfrutar cuando le apetezca, no niegues la realidad. ¿Qué haces? —La miré sorprendida cuando se quedó de rodillas apoyada con las manos, sacando la cabeza para mirar.

—Seguir con mi plan modificado.

—¿Ya lo has cambiado? Hasta hace nada solo querías conseguir una cosa.

—Pues ya no me basta con eso, porque si lo que quiere es tirársela que lo haga en su casa, aquí no —siguió en sus trece.

—¿Qué te ha entrado con eso? A ti sí que te ha sentado mal la bebida. —Bufé—. Que la vas a liar. —Intenté cogerla para impedírselo, pero se levantó rápido alisándose el vestido.

—¿Estás conmigo o no? —Miró hacia abajo.

—Si a mí me da igual, todo lo que digo es por ti. —Me incorporé despacio mirando alrededor sin ver nada más que unos pasos por delante—. Yo no trabajo aquí, lo único que me preocupa eres tú.

—Pues eso mismo, vamos —dijo convencida empezando a caminar de puntillas.

—Madre mía —me lamenté haciendo lo mismo, poniéndome a su espalda.

Con la idea fija la seguí mientras accedía a un pasillo, ni sabría decir las vueltas que dimos y me sorprendí porque esa oficina parecía un laberinto. Hasta que fue directa hacia una puerta y se quedó con el pomo en la mano, pensativa.

—¿Te lo has pensado mejor? —Tuve esperanzas.

—No, estoy intentando oír algún jadeo, «dame más» o «sigue, no pares» —susurró concentrada, apoyando la oreja en la puerta.

—Nada, sin miedo —murmuré animándola porque llegado a ese punto ya lo había dado por perdido todo, solo quedaba lanzarme con ella y hacernos las tontas después, para salir lo mejor paradas posible.

—No se escucha nada.

—A lo mejor no es lo que estamos pensando y no está dentro. —Me encogí de hombros.

—Una mierda, yo no me quedo sin comprobarlo. A la de tres… —Me miró nerviosa y asentí—. Una, dos… —Puse los ojos en blanco porque ni esperó a hacer la cuenta, abrió de golpe, impaciente.

En cuanto tuvimos acceso Hana entro rápido, dando varios pasos sin llegar a entrar mucho. Yo la seguí de cerca. Nos quedamos mirando descolocadas la imagen que apareció ante nosotras. Su jefe, Nael, al que por fin le puse cara después de escucharla hablar interminables horas de él, nos miraba desconcertado desde su silla. La mujer que habíamos escuchado estaba a su lado, al menos supusimos que era la misma porque hasta que no hablara… bastante cerca todo hay que decirlo, aunque no estuvieran desnudos o con algunas partes de sus cuerpos al aire, lo que agradecí, ese acercamiento distaba mucho del normal entre dos personas que estuvieran con algún tema de trabajo o se tratara de amistad.

Fui consciente de la poca luz que había, haciendo el ambiente más íntimo y me fijé en la mesa donde una botella de cava descansaba junto a dos copas que estaban medio vacías, escuchando perfectamente la melodía suave que sonaba, por el silencio que se creó sin que nadie reaccionara.

—¿Hana? —Consiguió decir su jefe, con cara de no entender que hacía ahí.

—¿Me conoces? ¿Sabes mi nombre? —soltó ella extrañada.

La miré de reojo y me callé lo que pensaba, cualquiera decía algo en ese instante.

—Lo hago con todos mis empleados, por muchos que sean —levantó una ceja él, recostando la espalda en la silla —. ¿Qué haces aquí? ¿Hacéis? —Desvió la atención hacia mí.

—¿Eh? —Reaccionó ella sin saber por dónde salir.

—En mi despacho, de noche —se cruzó de brazos— y sin llamar antes.

—Discúlpenos —intervine dando un paso hacia delante al verla bloqueada—. Pensábamos que no había nadie. Hana es mi mejor amiga y desde que empezó a trabajar aquí está muy emocionada hablando maravillas de los

compañeros y de la función que desempeña. Me pidió que la acompañara esta noche a la fiesta y aprovechando la ocasión, quería enseñarme un poco la zona donde pasa tantas horas. Por cierto, lo poco que he visto hasta ahora es muy bonito.

—¿Tu nombre? —Se centró en mí.

—Nora —respondí, mostrando tranquilidad hacia fuera—. Sentimos la interrupción, no íbamos a hacer nada malo solo es que…

—Estaba enseñándole esta planta y nos ha parecido escuchar voces, solo queríamos asegurarnos, por la seguridad de la empresa —me cortó Hana, reaccionando.

—Primero —se inclinó hacia delante su jefe, apoyando los brazos en la mesa— esta no es la planta en la que trabajas —dejó la mirada fija en ella, levantando las dos cejas, provocando que se removiera inquieta ante su observación—, segundo, hay personas encargadas de la seguridad en todo el edificio.

—¡Qué más da! Se han equivocado —intervino la mujer que estaba a su lado, apoyándose en él, y sí, era la que habíamos escuchado—. Seguro que han bebido más de la cuenta y al oír algo han querido hacerse las heroínas para quedar bien frente a ti.

Hasta estuve a punto de lanzarme a ella, por un lado, para comérmela a besos por ayudarnos a salir de la situación sin saberlo, y por otro, para dejarle varias cositas claras por el significado real de sus palabras. Pero ese primer impulso que tuve, se evaporó en cuanto vi las caricias que empezó a hacerle al jefe de Hana, en la espalda y en un brazo, las que dejaron a la vista su intención. Por ello, porque mi amiga también fue muy consciente, la agarré rápido de la mano para tirar de ella hacia la puerta, para que no dijera nada más ni reaccionara de alguna manera que nos pudiera perjudicar.

—¿A qué te dedicas, Nora? —la pregunta de Nael me pilló por sorpresa cuando le dábamos la espalda y ya solo veía el hueco de la puerta.

—¿Perdón? Con todos mis respetos, no creo que sea de su incumbencia ni que sea relevante —Me giré hacia él con el gesto fruncido.

—Yo diría que sí. En esta empresa, en la mía, se tocan temas delicados y me preocupa quien ponga un pie dentro.

—Pues no le preocupará mucho cuando en la planta de abajo hay cientos de personas, las que dudo que conozca, al menos no a todas, y pueden tener libre acceso al edificio como nosotras, incluida a esta planta a la que hemos llegado sin encontrarnos a nadie de seguridad. —Levanté una ceja.

—*Touché*. —Curvó los labios, solo un poco, lo que me dejó desconcertada.

Desvió la atención pasando hacia Hana, mirándola con intensidad durante unos segundos, hasta que la mujer de su lado volvió a hacer gestos para que le prestara atención a ella.

—El lunes ven a mi despacho —dijo con voz seria hacia mi amiga.

Ella asintió sin mirarlo y yo me despedí por las dos volviendo a disculparme antes de cerrar la puerta. Solté un suspiro cuando nos quedamos solas y nos alejamos un poco, centrándome en ella.

—¿Estás bien? —Me preocupé al distinguir su expresión.

—El lunes me va a despedir —murmuró bajando la cabeza.

—No digas tonterías. —Pasé un brazo sobre sus hombros, apretándola—. Seguro que te pide alguna explicación más y cuando vea la realidad se quedará conforme. Tienes un expediente impecable.

—No pienso decirle… —Giró la cabeza hacia mí, triste.

—Ni se te ocurra decirle el verdadero motivo por el que hemos irrumpido en su despacho, no me refería a eso en concreto —sonreí.

—Ya, total, da igual. —Se encogió de hombros, desanimada—. Se la va a tirar.

Intenté no reír por lo decaída que estaba, pero me hizo gracia cómo lo dijo y que siguiera con lo mismo. Lo entendía, la situación de dentro puede que no hubiera sido la que habíamos esperado, pero tiempo al tiempo, poco faltaba para que esa mujer se lanzara sobre el jefe de Hana o a la inversa, quién sabía. El resultado sería el mismo.

—Vamos a bajar y nos tomamos algo fuerte —sugerí— y si quieres no tardamos en irnos.

—Llevas toda la noche dejando caer que esto era un aburrimiento y que cuándo nos íbamos. No puedes beber alcohol con la medicación.

—Ya a todo, pero ¿sabes qué te digo? Que ahora mismo me importa poco la reacción que tenga mi cuerpo con el alcohol. Necesitamos una copa, o dos, o acabar con la barra entera y lo vamos a hacer. Que se joda tu jefe, paga él —Le di un beso en la mejilla haciéndola sonreír.

—Gracias. —Me rodeó con los brazos.

—No seas tontita, vamos. —Empecé a andar sin separarme, pero me paré—. Guíame tú porque no veo una mierda y vamos a estar dando vueltas hasta mañana. Joder, entre lo poco que se ve y que esto parece diseñado para perderse entre mesas y pasillos… —Bufé.

—Le has dicho que todo te había parecido bonito.

—Una mentirijilla para endulzar los oídos al hombre y que estuviera suave con nosotras por la situación. —Curvé los labios.

—Creo que te ha salido bien. —Me devolvió el gesto—. Antes de buscar la salida vamos al baño, estoy al límite. —Se colgó de mi brazo y me dejé llevar porque también me venía bien pasar por él.

—Le has dicho que todo te había parecido bonito.

—Una mentirijilla para endulzar los oídos al hombre y que estuviera suave con nosotras por la situación. —Curvé los labios.

—Creo que te ha salido bien. —Me devolvió el gesto—. Antes de buscar la salida vamos al baño, estoy al límite. —Se colgó de mi brazo y me dejé llevar porque también me venía bien pasar por él.

Capítulo 3



—Ya está —dije al salir, dejándole paso.

Al final se había empeñado en que entrara yo primera porque según ella, así eliminaba antes los restos de la medicación para poder beber. Ya ves tú lo que podía suponer unos minutos más o menos, pero acepté porque su ánimo no había cambiado.

Me apoyé en la puerta, mirando hacia delante. Poco veía, allí solo nos rodeaba un poco de la vibración del sonido de la fiesta que por lo visto se había animado. Cuando la dejamos, más aburrida no podía estar, pero en ese momento se apreciaba música, más de lo que habíamos tenido en las dos horas que llevábamos allí.

El baño era individual, por lo que me quedé fuera, cada vez más impaciente para que Hana saliera por lo que estaba tardando.

—¿Va todo bien? —pregunté en alto, girándome hacia la puerta.

—No —respondió y con lo poco que dijo me quedó claro que estaba llorando.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal? —me preocupé al instante— Quita el pestillo. —Moví el pomo hasta que cedió y la abrí un poco, lo justo porque se quedó detrás de ella, al otro lado.

No tardó en asomarse por el pequeño hueco que quedó, con los ojos húmedos y enrojecidos, frunciendo los labios

—Vamos Hana, anímate. Si ese tío no te ve es que más cegato no puede estar. —Le retiré una lágrima—. Ya quisiera él tener al lado a una mujer como tú.

—Te quiero. —Lloró con ganas y la miré con cariño—. No estoy así por ese tonto.

—¿Ya lo has pasado a la siguiente fase?

—Por esta noche, sí.

—Vale, mañana se te ha olvidado —negué divertida— ¿Y entonces qué te pasa?

—Que me ha venido el periodo, no me tocaba. No estoy preparada. —Lloró más—. Mierda de hormonas.

—Joder, qué oportuno —bufé—, ya podría haberse esperado unas horas. Pues yo en el minúsculo bolso que he dejado en el ropero tampoco tengo nada. —Hice una mueca—. Nos vamos ya para casa.

—No —negó varias veces—. Quiero acabar con todas las existencias de la fiesta como has dicho, vamos a comer hasta llegar a casa rodando y a beber, lo que no tengo claro es si con lo segundo conseguiremos llegar.

—Esa es la actitud —sonreí—. ¿Y qué hacemos?

—Tienes que ir a mi despacho —me pidió haciendo un puchero—. Allí tengo un kit de supervivencia.

—¿Estarás de broma? —Levanté una ceja—. Que no se ve y no tengo ni puñetera idea adónde es. Ya, me lo vas a decir y yo me pasearé por toda la oficina en busca del despacho perdido —resoplé.

—Eso mismo. —Curvó los labios y negué divertida.

Mira, al menos se le había quitado la expresión, me dije.

—A ver, ¿hacia dónde tengo que dirigirme? —Acepté.

—Es dos plantas más arriba de esta. Cuando accedas tienes que ir recto por el pasillo central, después girar hacia la derecha en la quinta mesa, seguir recto, y contando dos puertas, girar hacia la izquierda, porque también se puede ir hacia el otro lado. Cuando llegues ahí, sigue recto y la quinta puerta es la de mi despacho.

—Joder —dije sorprendida—. No podías haber cogido un despacho nada más entrar en la planta. —Me froté la frente.

—¿Te acuerdas de todo? —Se removió inquieta.

—Subir dos plantas, entrar, recto, quinta mesa girar derecha, más recto, y al contar tres mesas ir hacia la izquierda Después continuo recto y la quinta puerta, ¿no?

—No, tres mesas no, dos puertas para girar hacia la izquierda. —Me rectificó.

—Da igual porque cuando llegue arriba ya se me ha olvidado todo. —Reí nerviosa, contagiándola—. ¿Pone tu nombre?

—Sí —asintió.

—Vale, pues ya lo encontraré —solté un suspiro—, todo puede ser que nos pille amaneciendo aquí —negué—. Tú por si acaso espérame sentada y no te muevas, porque volver vuelvo, después de cuánto tiempo, ni idea. Ten paciencia.

—Quédate bien por donde pasas porque las zonas son idénticas —me pidió cuando ya me estaba alejando.

—¿No me digas? Aquí por lo visto no ponen nada fácil —murmuré quejándome mientras sacaba el móvil del bolsillo del pantalón que era lo único con lo que me había quedado después de dejar todo en el guardarropa, y lo desbloqueé para poner la linterna.

Ya lo había adelantado, me quedó claro que cuando llegara a la planta en la que trabajaba Hana tendría toda la información mezclada porque primero tenía que salir de donde estaba, y por lo que alumbré delante de mí, me encontraba bastante apartada del acceso de las escaleras, con un montón de pasillos enfrente. Vamos que ni rastro de ellas mientras intentaba memorizar los pocos detalles que veía.

—¿Y cómo salgo de aquí? —Me giré hacia el baño porque ese detalle se le había olvidado explicármelo, pero de nada sirvió mi pregunta porque la puerta ya estaba cerrada y no me escuchó—. Maravilloso. —Solté el aire y me giré mosqueada conmigo misma por no haberla hecho antes.

Queriendo dejarla tranquila para que se recompusiera, caminé hasta que llegué a una zona amplia con mesas, observándola porque creí que era donde nos habíamos escondido debajo de una de ellas al escuchar las voces, bueno yo no lo hice, fue mi amiga. Eso imaginé porque solo habíamos cruzado una sala, el resto habían sido pasillos. Con una mano en la cadera y con la otra iluminando hacia todos los lados, vi varios caminos que podía tomar e intenté acordarme de lo que habíamos andado antes de llegar a ella, para después seguir hacia el despacho de su jefe.

—Una mierda me voy a acordar, sino estaba prestando atención. —Bufé—. Tú serás el primero —dije eligiendo uno cualquiera, dirigiéndome hacia él.

Alumbrando todas las puertas llegué hasta el final accediendo a otra sala muy parecida en la que me había parado dudando.

—Genial —dije cada vez más cabreada al no saber diferenciarlas—. Por Dios, ¿cuántos metros hay aquí?

Pensativa en si seguir por donde iba o volver, sin tener la opción de llamar por teléfono a Hana para que me guiara porque ella lo había dejado todo en el guardarropa, decidí seguir hacia delante. Llegar a algún lado lo haría, el tema era dónde, ni con la luz del día una podría ubicarse allí.

Concentrada y un poco en alerta porque había demasiado silencio y ponía el vello de punta la oscuridad, aceleré el paso hacia otro pasillo, mirando hacia todas las puertas por las que pasaba para no llevarme un susto con cualquier

cosa insignificante.

¿He dicho para no llevarme ningún susto? A la mierda la anticipación porque fue lo que sucedió. Solté un grito por lo inesperado que fue que una de ellas se abriera de repente, cortándome el paso.

—Joder —dije alterada dando varios pasos hacia atrás al verla demasiado cerca de la cara, eso de primeras porque nerviosa, esperé para ver quién estaba al otro lado, con la mente empezando a buscar una explicación por mi presencia.

Fuera quien fuera, no lo iba a conocer, lógicamente, pensando en ello estaba cuando el grito de una mujer me dejó sorda, la que apareció al escucharme y me encontró iluminada por mi móvil en medio del pasillo oscuro.

—¿Quién eres tú? —preguntó con voz ahogada.

—Una mujer, es obvio —respondí levantando una ceja por la mirada que me echó, recorriéndome entera.

—¿Qué sucede? —Se escuchó la voz de un hombre y sus pasos.

La puerta se abrió del todo y él se puso al lado de ella, quedando los dos frente a mí.

—¿Quién eres? —preguntó con voz seria, frunciendo el gesto.

—Vaya, que sincronización —dije con guasa mirándolos a los dos—. Quitando lo evidente de mi persona, lo mismo podría preguntar yo, pero como me importa poco. —Me encogí de hombros dándoles la espalda para salir de allí.

No llegué muy lejos y me giré despacio mirando hacia mi brazo, donde tenía una mano masculina agarrándome. Levanté la mirada lentamente, hasta encontrarme con la suya bien de cerca.

—Ya me estás soltando —murmuré.

—Ya pensaré si hacerlo cuando respondas —comentó serio.

—Segunda oportunidad… o me sueltas o lo hago yo, y no te va a gustar cómo lo haga. —Lo fulminé con los ojos —. ¿No se supone que tendrías que haber salido relajadito de ahí? —Señalé hacia la puerta con la cabeza, provocando que frunciera más el gesto.

—¿De qué estás hablando?

—Ah, no sé, solo que es muy interesante el que, en medio de la noche, en una fiesta, estéis metidos los dos en un despacho de lo que son unas oficinas. Imagino que la noche ha sido buena. —Curvé los labios.

—¿Tú qué sabrás? —Apretó la mandíbula—. ¿Quién te piensas que eres para…?

—Yo sé lo que he visto e intuyo. Tu chica ni se ha parado a ponerse bien el vestido. —Levanté una ceja, provocando que ella se quejara indignada—. Y nadie, eso soy para vosotros. —Pegué un tirón fuerte del brazo para soltarme, consiguiéndolo.

Di un paso hacia atrás mirándolo de frente cuando él lo dio otro hacia delante, dispuesta a salir corriendo si hacía falta porque no entraba en mis planes terminar más cabreada esa noche, ni mucho menos perder más tiempo. Ni ganas tuve de preguntarles si podían indicarme hacia dónde estaba la puñetera salida, antes me pasaba la noche entera buscándola.

—¿Qué está pasando aquí? —Quiso saber una voz a mi espalda, la que reconocí.

Me giré hacia Nael, el que nos miraba a los tres, hasta que se centró en mí sorprendido.

—¿Otra visita nocturna? —Levantó una ceja.

—De visita nada, que llevo un buen rato buscando la dichosa salida para largarme. ¿Quién fue el que diseñó esto? Porque se lució. —Bufé ignorando a los otros dos, dándoles la espalda.

Nael curvó los labios mirando detrás de mí y di por hecho la respuesta, maldiciendo al escuchar la confirmación.

—Yo, ahora resultará que eres arquitecta o diseñadora —dijo el hombre que me había agarrado, con voz cortante —. Es evidente que no, no puedes apreciar una obra de arte ni aun estando en ella.

—¿Obra de arte? —Medio giré y solté una carcajada en toda su cara, por la que más se alteró.

—¿Dónde está Hana? —se dirigió a mí Nael, interviniendo— ¿No se supone que ibais juntas? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Lo miré directamente, soltando un suspiro.

—¿La conoces? —preguntó de malas maneras el hombre que había quedado a mi espalda.

—Sí —respondió rápido—. Más o menos. —Carraspeó divertido.

A saber, la cara que se le había quedado al otro, lo que me importó poco por no decir otra cosa que lo aclararía mucho más.

—Respóndeme —me pidió Nael.

No sonó a exigencia, el tono fue de lo más normal, por eso me decidí a ser honesta con él confesando la verdad, sonara como sonara. Di los pasos que nos separaban. Cuando estuve a su lado me puse de puntillas acercándome a su oído con una reacción de su parte levantando una ceja, lo que tampoco me importó y seguí tapándome la boca con una mano para que solo él escuchara lo que iba a susurrarle porque era la intimidad de mi amiga.

Le conté rápido en la situación en la que había dejado a Hana y dónde, porque era lo más normal del mundo y podía suceder en cualquier momento, añadiendo la petición de ella de conseguirle lo que necesitaba para poder volver a la fiesta alejándonos de donde estábamos, como también que me había perdido por cómo estaba todo distribuido.

Cuando terminé me puse bien, esperando su reacción y respiré tranquila al verlo sonreír, negando divertido.

—Ya veo —asintió—. Sígueme, yo te llevo.

—¿Sí? Gracias, pero después me dejas donde me está esperando ella, que si no llega el lunes y todavía me encuentras aquí. —Solté un bufido haciéndolo reír.

—Tranquila, te dejaré a salvo. —Me hizo un guiño y sonreí—. Nos vemos abajo. —Miró detrás de mí y empezó a caminar en la dirección que me había llevado hasta ahí.

Medio giré para mirar a los dos que dejaba atrás y curvé los labios al haber conseguido lo que me había propuesto. Al ver mi gesto ese tipo marcó aún más el suyo y más sonreí, satisfecha, viendo la cara que se les había quedado a los dos porque la de la chica que lo acompañaba no tenía desperdicio.

—Por aquí. —Llamó mi atención Nael y me centré en él, viéndolo parado en el acceso de un pasillo.

—Vale —solté un suspiro.

—¿Cuánto llevas intentando salir? —Me miró de reojo mientras yo iluminaba lo que teníamos delante.

—Buf, ni lo sé. Hana tiene que estar desesperada ya. —Puse los ojos en blanco porque lo daba por hecho.

Normal y más teniendo en cuenta dónde me estaba esperando y cómo.

—Podrías haber vuelto a mi despacho —negó.

—Anda, si eres gracioso y todo. —Reí—. ¡Cómo si supiera donde está! Si he llegado antes hasta él ha sido porque iba con Hana. —Me encogí de hombros.

—Claro que lo soy, cuando aparto mi papel de jefe…

—Pues si me permites un consejo —carraspeé ganándome toda su atención—, no te vendría mal hacerlo más a menudo.

—No me conoces —dijo divertido—, no sabes qué tan a menudo lo hago.

—También es verdad, toda la razón. Debe ser el agotamiento y el agobio que tengo de dar vueltas por aquí que ya ni pienso.

—¿Está bien? —Cambió el tono de voz y lo miré, comprobando como él lo hacía hacia delante.

—Sí.

¿Qué iba a decirle? Que por su culpa Hana estaba triste y decaída, que le había hecho daño su comportamiento y lo que nos habíamos encontrado por lo que sentía por él… pues no, porque no tenía ningún derecho a recriminarle nada al hombre. Mi amiga llevaba en silencio sus sentimientos y él adivino no era, lo desconocía por completo. Y su reacción al aparecer las dos en el despacho repentinamente había sido más que correcta teniendo en cuenta la situación y di gracias porque se hubiera comportado de esa manera.

—Lamento haberte alejado de la chica con la que estabas. —Dejé caer para probar suerte.

—Tranquila, no me ha llevado mucho tiempo —respondió en tono normal.

Lo observé de reojo, lo mismo que hizo él, encontrándonos. Levantó una ceja, supongo que mi expresión dio a entender más de lo que quería y me callé lo que pensaba para no estropear cómo estábamos. La curva de sus labios me dejó claro que ni falta que hacía que dijera nada al respecto porque había pillado lo que pasaba por mi cabeza. Pues ahí la llevas, pensé satisfecha.

Llegamos a una puerta grande y la abrió, saliendo por fin de esa planta.

—¿En serio? ¿Ya está? ¿Con las vueltas que he dado yo? —pregunté sorprendida.

—Sí —rio—, es saber qué camino tomar.

—Claro, como todo en esta vida. —Puse los ojos en blanco haciéndolo reír más.

Apagué la linterna del móvil porque en esa zona ya había luz y lo seguí subiendo las escaleras hasta llegar a la planta donde trabajaba Hana, a la que accedimos y esa vez sin necesidad de recurrir más al móvil porque caminó hacia un lateral y encendió las luces.

—Aquí es —dijo cuando llegamos a su puerta, abriéndola y dándome paso—. ¿Te ha dicho dónde lo tiene?

—No, pero vamos, imagino que en algún cajón. No creo que lo tenga a la vista.

—Esta vez te llevas toda la razón tú —dijo divertido apoyándose en el marco mientras yo me dirigía hacia la mesa.

—Es muy bonito. —Me paré a admirar el despacho.

—Intento que mis trabajadores estén a gusto, es primordial para mí.

—Se nota —asentí—. Aunque si pusieras unos cartelitos indicando dónde están las cosas fuera, más de uno te lo agradecería. Yo por aportar, ¿eh? —Lo miré de reojo sonriendo cuando rio.

—No lo había pensado, lo tendré en cuenta.

—Pues ya que estás tan abierto a propuestas, te diré también que, si alguna vez tienes que remodelar esto, elige a otra persona diferente para que lo haga.

La carcajada que soltó, por lo fuerte que fue, se tuvo que escuchar en toda la planta y más con el silencio que había.

—En mi despacho me has dicho que todo era muy bonito, como aquí —comentó intentando calmarse.

—¿Eso he dicho? —Dejé de buscar y lo miré.

Curvé los labios lentamente, dándole la respuesta verdadera, la que supo interpretar perfectamente y negó sin dejar de sonreír.

—No, pero vamos, imagino que en algún cajón. No creo que lo tenga a la vista.

—Esta vez te llevas toda la razón tú —dijo divertido apoyándose en el marco mientras yo me dirigía hacia la mesa.

—Es muy bonito. —Me paré a admirar el despacho.

—Intento que mis trabajadores estén a gusto, es primordial para mí.

—Se nota —asentí—. Aunque si pusieras unos cartelitos indicando dónde están las cosas fuera, más de uno te lo agradecería. Yo por aportar, ¿eh? —Lo miré de reojo sonriendo cuando rio.

—No lo había pensado, lo tendré en cuenta.

—Pues ya que estás tan abierto a propuestas, te diré también que, si alguna vez tienes que remodelar esto, elige a otra persona diferente para que lo haga.

La carcajada que soltó, por lo fuerte que fue, se tuvo que escuchar en toda la planta y más con el silencio que había.

—En mi despacho me has dicho que todo era muy bonito, como aquí —comentó intentando calmarse.

—¿Eso he dicho? —Dejé de buscar y lo miré.

Curvé los labios lentamente, dándole la respuesta verdadera, la que supo interpretar perfectamente y negó sin dejar de sonreír.

Capítulo 4



Kiran

—¿Qué tal? —Escuché a mi lado a Nael, mi amigo.

—Bien, esperándote. —Me apoyé en la barra, llevándome la copa a los labios—. Si que has tardado, ¿no?

—¿Preocupado? —dijo con guasa.

—Para nada, no creo que tengas problema para moverte dentro de tu empresa. —Desvié la atención de él, centrándome en las personas que tenía delante.

—Exacto. Un *gin-tonic* —pidió al camarero.

—¿No vas a decirme lo que te ha dicho esa chica? ¿El motivo por el que te la has llevado? —Quise saber al ver que guardaba silencio.

—Te puede, ¿eh? —Rio.

—No sé qué es lo que según tú me puede. —Levanté una ceja mirándolo directamente—. Solo es curiosidad.

—Pues a eso me refería —continuó cuando se calmó—. A tu curiosidad, ¿qué pensabas que era?

—Ya. —Di un sorbo—. Ni idea de lo que pasa por tu cabeza. —Esperé a que continuara.

—Me ha dicho algo personal, pero no de ella. —Se encogió de hombros—. La he llevado hacia donde necesitaba y ha quedado solucionado.

—Demasiado te está costando hablar —murmuré.

—A ti lo que te pasa es que te ha fastidiado que te señalara por la distribución de la oficina. —Rio dándome una

palmada en la espalda.

—Lo que opine esa mujer de mi trabajo me trae sin cuidado. —Bufé vaciando la copa en mi garganta.

—Lo ha soltado así porque estaba perdida y agobiada, a parte del susto que se ha llevado al encontraros de repente.

—¿La estás justificando? —Lo miré incrédulo—. Que yo sepa cuando te enseñé el diseño quedaste más que encantado y te recuerdo que solo plasmé lo que tú me pediste porque tenías la idea muy clara.

—Y así fue y lo mantengo. —Me hizo un guiño—. Pero creo que es entendible su reacción porque para una persona que no está habituada se hace complicado, y más sin luz.

—Es que para empezar no tendría que haber estado merodeando por ahí. —Entrecerré los ojos.

—¿Dónde está Nataly? —Cambió de tema divertido.

—Ni idea, por cualquier parte. Ha querido quedarse, pero…

—La has despachado a gusto. —Rio.

—No veo que hayas regresado de la manita de Sandy. —Levanté una ceja.

—Ni lo haré. Ya he tenido bastante —dijo convencido.

—Pues lo mismo te digo.

Me quedé callado al reconocer a la chica que me había encontrado en la oscuridad del pasillo, la misma de la que estábamos hablando. La seguí con la mirada desde lejos. No iba sola, otra chica la acompañaba. Caminaban con la intención de acercase a la barra donde estábamos nosotros y giró de golpe llevando a la otra consigo. ¿El motivo? Me vio.

—Parece que habéis empezado con mal pie —comentó Nael al no haberse perdido detalle.

—Yo no he empezado una mierda. —Me giré para pedir otra copa, la que el camarero no tardó en dejar delante de mí.

—Como si no te conociera…

—Para el carro. —Lo señalé—. En esto estás muy equivocado, no la conozco y solo me he dado de frente con ella.

—¿Cómo con Nataly? —negó divertido— Por eso mismo, porque te has dado de frente y te ha tocado la fibra sensible, ha ofendido al gran Kiran.

—Menos cachondeíto, eso «del gran» es invención tuya. —Bufé provocando que riera.

—Es la realidad, amigo.

—Es una opinión tuya, no la vayas diciendo en voz alta porque no…

—¿Por qué te cuestan tanto los halagos?

—Joder, deja de beber. Hoy estás muy preguntón. —Me llevé la copa a los labios.

—Lo mismo te digo porque te está provocando la reacción contraria. —Se apoyó en la barra y sentí su mirada, a l que no presté atención centrado en la copa.

—¿Puedes cambiar de tema? De todos.

—Pero ¡si lo has sacado tú! Al menos lo primero, lo demás ha llegado solo.

—Pues lo termino ya.

—¿No quieres saber de qué conozco a esa chica, ni qué hacía por la oficina en plena noche y sola?

—Ni una palabra más —negué varias veces—. Eso es asunto tuyo. Con lo que he visto y conocido tengo más que suficiente.

—Una pena no poder hablarte de las habilidades de ella.

Me giré hacia él frunciendo el gesto por el tonito que utilizó, provocando que soltara una carcajada. Por lo visto le resultó divertidísimo porque así continuó durante bastante tiempo, lo que consiguió alterarme y bien que lo tuvo claro por mis gestos.

—Relájate. —Me apretó el hombro—. Esta noche hay mucho que celebrar, también por tu parte.

Asentí dándole la razón, pero sin cambiar la expresión por lo removido que me sentía. Ni puñetera idea de por qué estaba reaccionando de esa forma, ni tampoco iba a pararme a pensar en ello. Había sido una pequeña interrupción que había conseguido alterarme, cambiando mi ánimo y solo tenía ganas de saltar a otro tema para olvidarlo.

Como mi amigo acababa de decir, sí, teníamos mucho que celebrar, los dos. Él, porque la fiesta que había

organizado era por el sesenta aniversario de su empresa, un homenaje a su padre jubilado que fue quien la fundó, de la que Nael tomó el mando quince años atrás con la misma mano y habilidad. Yo había viajado hasta allí por ese motivo, para estar presente y también para celebrar la noticia de que hacía pocos días había conseguido cerrar un proyecto ambicioso, que me iba a proporcionar muchos beneficios y con el que no podía estar más entusiasmado.

Como he dicho, había viajado a pesar de que mi residencia estaba en la misma ciudad. Temporalmente, por el último proyecto que estaba a nada de cerrar, me había trasladado a Londres, donde llevaba casi medio año viviendo. Y no tardaría en desplazarme a otro lugar por lo que acabo de explicar del nuevo trabajo que me había salido.

Desde hacía dos años paraba poco por la que era mi casa, pero no había querido perder las oportunidades de dirigir personalmente y bien de cerca todo lo que había llegado a mis manos. Tenía la intención de que cuando terminara, lo que todavía no había empezado, tomarme un poco de descanso y pararme para estar una temporada sin viajar, al menos por temporadas largas.
a

Descanso y pararme en ese sentido, porque trabajar lo seguiría haciendo desde mi oficina, mi empresa, lógicamente, la que estaba muy cerca de la de Nael, tanto, que era el edificio de al lado.

—¿Cómo va muchachos? —Nos giramos sonriendo al escuchar a Roberto, el padre de Nael.

—Todo perfecto —dije.

Miré de reojo a mi amigo por el carraspeo que escuché, pero lo ignoré rápido centrándome en su padre, el que para mí era una parte vital desde bien pequeño. Aunque no lo fuera biológicamente, también lo consideraba como tal sumándolo a mis padres.

—Parece que al final se ha animado esto —sonrió acercándose a la barra para dejar una copa vacía—. Os estaba buscando para despedirme, ya he tenido suficiente. Este viejo quiere tranquilidad.

—¿Viejo? —intervino divertido Nael, mirándolo con cariño— Nos das mil vueltas a nosotros.
:

—Porque la juventud estáis hechos de otra pasta más blanda. —Rio él.

—Nosotros no creemos que lo alarguemos mucho. —Miré a Nael que asintió—. Espera un poco más y te llevamos.

—Ya habéis conseguido todo por esta noche, ¿no? —Nos miró con una ceja levantada.
1

—Pues sí, estoy más que satisfecho. La gente se lo ha pasado bien. —Se recostó Nael en la barra.

—No me refería precisamente a eso. —Rio su padre.

—A lo que te refieres, también. —Curvé los labios.

—Hijo, no pongas esa cara que no se me ha pasado por alto vuestra desaparición con dos chicas —negó al ver la expresión de Nael.

—Yo no pongo nada —negó divertido él—, ni tampoco lo niego. —Se encogió de hombros.

—¿Para qué lo vas a hacer? Este hombre tiene un detector desde que gateábamos.

—No lo sabéis bien. —Me apretó un hombro—. Me alegro de que os lo estéis pasando bien. Me voy ya, no preocuparos por mí, me lleva Nolan.

Asentimos conformes y nos despedimos de él, por mi parte quedando para pasarme por su casa para verlo antes de que tuviera que coger el avión.

Una hora y poco más tarde, decidimos que ya era la hora de terminar la noche, dejando a los pocos invitados que seguían animados y se resistían a irse. Nos dirigimos hacia una sala que habíamos dejado cerrada con llave, donde teníamos la ropa de abrigo y con ella puesta nos dirigimos hacia la salida.

Conversando con Nael, iba muy tranquilo, lo que cambió en el instante en el que sentí un empujón fuerte en el lateral derecho que me desestabilizó. Y no solo a mí, sino a la persona que cayó contra mí.

—¿Qué…? —Reaccioné cuando me estabilicé.

—Ups. —Fue lo que escuché y risas, sobre todo lo último.

Miré hacia abajo por la diferencia de estatura y me fijé, sorprendido, en quien tenía abrazada, rodeándola con los brazos con fuerza por haber frenado que los dos acabáramos en el suelo.

—¿Qué haces? —Levanté la mirada hacia la otra chica que la acompañaba, la que no podía para de reír—. Nena, que tienes que andar en línea recta. —Se tambaleó al decirlo y tropezó con sus propios pies, todo al mismo tiempo por lo que Nael se acercó a ella rápido para que tampoco terminara en el suelo.

—Hana… ¿Cómo os habéis puesto así? —preguntó sorprendido mi amigo.

—La culpa es tuya —dijo seria la chica, asintiendo sin mirarlo, dejándolo desconcertado—. Yo voy bien, que corra el aire.

—¿Bien? Si te has reído y casi te caes.

—Un pequeño despiste. —Le quitó importancia añadiendo un gesto de la mano.

—Pequeño… —levantó una ceja él— más bien monumental.

—¿Y a ti qué te importa? —Se separó de él un poco, mirándolo, entrecerrando los ojos, como si no lo viera con claridad, de lo que no tuvimos duda ninguno de los dos—. ¿Por qué no te vas con tu amiguita y me ignoras? Eres…

—Hana —la cortó la que yo tenía agarrada.

Empezó a removerse entre mis brazos, pero estaba como para soltarla. Ese fue el único motivo por el que hice má presión para que no pudiera zafarse de mí, provocando que empezara a soplar porque pareció como si estuviera llenando un globo de aire.

—Suéltame —susurró—. ¿No me oyes? —Levantó la cabeza hacia mí.

—Ah, ¿me hablas a mí? —Levanté una ceja.

—¿Quién me tiene agarrada? —Volvió a soplar e intenté no reír.

—Ni idea.

—¿Cómo? —Reaccionó sorprendida.

—No soy responsable de lo que hagan mis brazos. —Me encogí de hombros.

—Pero ¿qué dices? —Abrió los ojos y solté una carcajada sin poder contenerme cuando se ayudó con los dedos d cada mano para hacerlo.

—Se está riendo de ti. —Reaccionó indignada Hana.

—Eso hace, ¿verdad? —Se centró en ella, sorprendida, por lo que su amiga asintió varias veces y tuvo que cerrar los ojos por el movimiento.

—Nora —susurró—. ¡Nora! —repitió, pero la última vez gritando.

Al fin le puse nombre.

—¿Qué? Estoy al lado —echó la cabeza hacia atrás, dejándola apoyada en mi pecho y la observé levantando una ceja, detalle que pasó desapercibido para ella.

—Voy a vomitar. —Lloriqueó.

—Ah, no, aquí no —intervino Nael, cogiéndola en brazos y empezando a caminar.

—Ah, no, el jefecito no quiere que le manche el suelo de su empresa y él es el primero en hacer cochinadas en ella —dijo con retintín tapándose la boca de golpe.

—El lunes vas a tener que responder a muchas preguntas —comentó él intentando no reír.

—Me da igual quién seas. Solo te responderé a una, ya puedes elegir bien —habló a través de las manos.

Mi amigo soltó una carcajada mientras caminaba ligero directo hacia la puerta del baño y yo lo seguí sin soltar a la tal Nora porque cabía la posibilidad de que la acompañara. Y no me equivoqué cuando sentí su cuerpo reaccionar de diferente manera, por lo que la solté justo cuando llegamos. Nael abrió para que entraran, lo que no tardaron en hacer dejándonos fuera esperando.

No tuvimos problemas en saber lo que estaba sucediendo dentro. Nos miramos de reojo intentando no reír porque parecía que les estaban haciendo algo y los comentarios que dijeron cuando podían, no eran para menos.

—Oh, mierda, Nora, ¡quiero desaparecer! ¿Qué he hecho? —Lloriqueó Hana.

—Nada, cariño, más bien has dicho verdades como puños —respondió Nora.

—Dios mío, si antes iba a despedirme, ahora es capaz de dejar manchado mi currículum con algún comentario negativo. —Me apoyé en la pared, levantado una ceja hacia Nael que se encogió de hombros con los labios curvados.

—Y dale con eso. —Los curvé yo al identificar otro soplido, imaginando como lo soltó—. ¿Qué te ha entrado toda la noche con lo del despido? Que no, joder. Y si lo hace le pinchamos las ruedas del coche para que te acepte otra vez.

—¿Qué dices? —Se sorprendió Hana, pero no en el sentido que pensamos—. Tienes razón, eres increíble. —Se le quitó la llorera de golpe.

Nosotros soltamos una carcajada, como para no hacerlo. La puerta se abrió de golpe justo cuando nos callamos. Se dejaron ver agarradas de un brazo, haciendo contrapeso y equilibrio para mantenerse rectas y salieron con la barbilla levantada sin mirarnos.

Las seguimos con la mirada, divertidos. Reconozco que la reticencia del principio hacia ella desapareció con ese

último encuentro. Negué mirando hacia sus pies, intentaban seguir una línea imaginaria que tenía muchas curvas, por lo que nos pusimos a sus espaldas. Cuando lo notaron se giraron a la vez.

—¿Qué hacéis? —preguntó indignada Nora.

—Eso tendríamos que preguntarlo nosotros —respondió Nael—. ¿Cómo vais a volver a casa?

—Hemos venido en coche. —Levantó más la barbilla Hana.

—Yo no pienso conducir. —La miró sorprendida Nora y agradecí que alguna neurona le funcionara correctament a pesar de cómo estaba.

—No he dicho que lo vayas a hacer. —Puso los ojos en blanco su amiga—. Solo he comentado una realidad, no he dado una respuesta porque no quiero que este hombre sepa nada de mi vida fuera del trabajo. —Señaló hacia Nael tan tranquila.

Él como respuesta levantó una ceja, pero sin dejar la diversión que mostraba su rostro.

—Ah, vale —dijo pensativa Nora.

—¿Entonces? —intervine.

—Ya tardaba el otro. —Volvió a soplar—. Pedir un taxi, eso íbamos a hacer antes de que tú —remarcó señalándome— me lo impidieras.

—¿Perdona? ¿Yo? —Me señalé sorprendido.

—Tú y tus manos —dijo haciendo los ojos más pequeños.

—No he sido yo el que se ha lanzado sobre mí cortándome el paso, casi me tiras. Ya veo —ladeé la cabeza—, te has quedado con las ganas de acercarte arriba, ¿verdad? —Curvé los labios provocando que Nael soltara una carcajada.

Unidas las dos y sincronizadas a pesar de que sus reacciones eran más lentas, nos fulminaron con las miradas.

—Ha dicho lo que creo que ha dicho. —Se inclinó Nora hacia ella.

—Sí, amiga, lo ha hecho —le respondió.

—Que te den.

En otra situación me habría molestado su reacción, pero en ese instante intenté no reírme por cómo estaba y porque acompañó a sus palabras sacándome la lengua, un gesto que le quitaba peso a lo que soltó.

—¿Ese era el que estaba jugando con la que casi te rompe la nariz mientras estabas en la misión de salvarme? —Escuchamos a Hana por los pocos pasos que dieron separándose de nosotros, dispuestas a irse.

Atentos a todo lo que decían, refiriéndose a mí, intentamos no reír.

—¿Te lo puedes creer? —Se giró hacia ella Nora, reaccionando indignada—. El único que se salva es tu jefe.
e
—De eso nada amiga, sigue en cuarentena que no se me olvida que lo he pillado con las manos en la masa. —Soltó un lamento Hana.

—Por ese lado sí, pero a mí me ha tratado bien —dijo pensativa Nora.

—Me da igual —bufó Hana.

—Tienes razón, son tal para cual —terminó asintiendo convencida.

—Nacho —lo llamó Nael riendo, sin poder contenerse, para que se acercara.

El hombre no tardó en hacerlo y llegar hasta nosotros.

—Dígame, jefe.

—Lleva a Hana y a su amiga Nora a sus casas —le pidió.

—Yo no me monto con ningún extraño —negó la última, girándose de golpe.

—¡Cómo si fueras a conocer al taxista que se presentara aquí! —dije ganándome otra mirada por parte de ella, y no en el buen sentido.

—Niña, que para mí no es un desconocido. —Tiró de su abrigo Hana, llamando su atención.

Por lo visto se quedó conforme con esa afirmación y no tardaron en seguirlo, saliendo de allí. Nos quedamos parados mientras las observábamos irse, sin decir nada más entre nosotros. Miré de reojo a mi amigo y sonreí por la expresión que tenía, pero eso no suponía un problema, lo que sí lo hizo fue que yo estaba igual y la situación m dejó más pensativo de lo normal.

e

Capítulo 5



Nora

—¿Estás segura de que quieres venir? —Miré de reojo a Hana.

Era sábado, había pasado una semana desde la dichosa fiesta de su empresa, la que nos costó más de un dolor de cabeza. Por una parte, fue en sentido literal por la borrachera que cogimos, por otra, porque del lunes al miércoles siguientes a esa noche, mi amiga estuvo huyendo y escondiéndose de Nael, llamándome cada poco tiempo para actualizarme la información cada vez que él hacia un intento de llegar hasta ella. Intentos que al principio no tuvieron resultados porque Hana siempre ponía excusas para no acudir a su llamada, alargando el momento.

Como he dicho consiguió librarse de estar cara a cara durante los primeros días, pero como era de esperar, Nael n se dio por vencido y terminó sentándola frente a él. Cuando ocurrió, nada más salir de su despacho, me llamó excitada para contarme cómo se había dado el encuentro. Feliz y eufórica porque según sus palabras, si no la habí echado después de las situaciones que se dieron en la fiesta ya no lo haría, me remarcó que se mostró delante de é tranquila e indiferente en todo momento y, sobre todo, dándole a entender que no recordaba lo que sucedió la última vez que lo vio, sorprendiéndose por todo lo que le dijo él para darle más peso a su versión.

Mentira, y tanto que nos acordábamos las dos, lo que había propiciado que Hana fuera lloriqueando por las esquinas en cuanto le volvió la cordura. Tuve que retenerme más de una vez por todas las barbaridades que dijo nerviosa, y por todas las estrategias que iba a seguir para plantear la situación cuando llegara el encuentro con él.

Ya os he adelantado que todo lo que pensó no sucedió, consiguiendo tranquilizarse por fin. No, Nael en ningún momento le reprochó nada, ni hizo alusión de despedirla como era el temor de ella por la imagen que le había dado. Él le habló en tono normal queriendo escuchar otra vez su explicación de todo lo que le preguntó, hasta ahí un resumen rápido de una reunión que me sabía de memoria por todas las veces que me la había contado y por la que a ella le salían corazoncitos de los ojos emocionada cada vez que la recreaba.

Desde ese instante quedó olvidado el tema de la chica con la que lo encontramos en su despacho aquella noche, Hana ni se acordaba ya, volviendo a alabar todas sus características. Después de devolverle el papel que le correspondía, el de jefe impecable, un hombre impresionante ante sus ojos, todo siguió con normalidad.

Era fin de semana y llevábamos desde el mediodía juntas. Habíamos salido a comer y después habíamos estado tranquilas en mi casa, hasta el momento en el que estábamos porque yo acababa de salir de la ducha y empezaba a vestirme.

—¿Se consideraría una infidelidad? —preguntó pensativa después de tomarse su tiempo para contestarme.

—¿Qué dices? —Solté una carcajada—. ¿Qué infidelidad? —negué mientras me ponía las medias.

—Yo qué sé. —Se dejó caer en la cama de golpe.

—No tienes que acompañarme. —Levanté una ceja.

—Jo, pero es que quiero hacerlo. —Hizo un puchero.

—Pues entonces ven. —Puse los ojos en blanco.

—Ya, pero por todo lo que me explicas… —Arrugó la nariz.

—Por todo ello, sabes a lo que voy y lo que te vas a encontrar si me acompañas —dije acomodándome las gomas de las medias con encaje sobre los muslos.

—¿Y si Nael se entera? —preguntó indecisa.

—Dudo que eso suceda, pero ¿y qué si lo hace? —La miré con interrogación—. A él solo tiene que importarle cómo realizas tu trabajo y cómo te comportas en su empresa, fuera de ahí tienes una vida exactamente igual que él. —Hizo una mueca ante mis palabras—. A ver —suspiré frotándome la frente.

—¿Sí? —Se sentó recta, atenta a mí y tuve que reírme al verla.

—¿Tienes una relación? —Me crucé de brazos.

—No. —Ladeó los labios.

—¿Le debes explicaciones a alguien? —continué.

—No.

—¿De verdad quieres hacerlo? —Levanté una ceja.

—Sí, eso creo —respondió dudosa.

—No, tienes que estar convencida —negué—. No quiero que pases un mal rato para nada conforme avance la noche.

—Jo, es que…

—Hana, tú misma has dicho no a todo —solté un suspiro—. No puedes seguir así, en la incertidumbre con respecto a Nael. ¿Lo quieres?

—Ya sabes la respuesta. —Arrugó la nariz.

—Pues acércate a él y sé clara. —Me encogí de hombros.

—Claro, para que me diga que estoy loca y me rechace. —Agrandó los ojos.

—¿Entonces qué piensas hacer? ¿Quedarte compuesta, sin roces y sin novio durante el resto de tu vida o hasta qu dure lo que sientes? —Levanté las dos cejas.

—Que no me atrevo, jolines. —Lloriqueó removiéndose nerviosa.

—Pero es que te limitas tú misma. —Me puse a su lado para coger el vestido que había dejado extendido en la cama—. Lo quieres, díselo y así sabrás a qué atenerte. Si la respuesta te gusta saltará confeti a tu alrededor, si es todo lo contrario, podrás hacer lo que sea necesario para olvidarlo y para poder seguir con tu vida. No puedes frenarte en tomar una decisión como la de ahora cuando él hace su vida con todas las mujeres que le apetece. —Me encogí de hombros.

—Tienes razón. —Se levantó de golpe.

—¿Hablarás con él? —Me sorprendí por su reacción porque ya había perdido la cuenta de cuantas veces habíamo tenido la misma conversación sin ningún resultado.

—¿Qué dices? —Elevó el tono—. Lo que voy es a darme una ducha rápida y me voy contigo, eso voy a hacer. Ves buscándome un modelito como el tuyo.

Todo ello lo dijo corriendo hacia el baño. Negué sonriendo y me quedé con la vista fija en la puerta cerrada. Con un suspiro me puse el vestido y me calcé los zapatos de tacón, caminando hacia el armario para sacar ropa para ella. Teníamos la misma talla, poco variaba, por lo que no tendría problema para meterse dentro del vestido que extendí encima de la cama, con varios completos a juego.

Satisfecha con la elección fui hacia el espejo de cuerpo entero y me acomodé el vestido, sonriendo porque me encantaba. La parte alta se sujetaba sobre los hombros con tirantes finos, no daba posibilidad a llevar sujetador po el escote tan pronunciado que tenía y porque la espalda quedaba bastante al descubierto. Los pechos solo me los

tapaba la tela del escote que caía hasta ajustarse en la cintura. La parte baja se amoldaba al cuerpo hasta medio muslo.

Bajé la mirada hacia los pies, moviéndolos. Me encantaba como quedaban los zapatos que había elegido, haciendo la combinación perfecta con el vestido negro para una noche que se presentaba interesante.

—Ya estoy. —Abrió la puerta Hana, cubierta por toallas y con el secador en alto.

—Ahí lo tienes todo. —Señalé hacia la cama, sonriendo al ver la decisión con la que asintió—. Voy a maquillarme un poco. —Caminé hacia el baño.

Mientras lo hice, sin excederme y dejándome natural, ella aprovechó para secarse el pelo. Cuando salí a su encuentro ya estaba vistiéndose y me acerqué a la cómoda para coger varias pulseras y anillos. Cuando abrí el cajón no pude evitar que los ojos se me fueran hacia un rincón de él, justo a donde guardé la carta que me dio la mujer en el viaje que hicimos.

Pasé la mano por encima de las camisetas que la tapaban y me quedé pensativa. Desde que me aparté de ella había conseguido olvidarme del tema, en cierta forma, porque dejar los recuerdos en la oscuridad era más complicado, salían cuando no me daba cuenta haciéndome pensar de más. Con todos los días que habían pasado estaba haciendo bien mi trabajo porque cada vez llegaban menos a mí.

Solté un suspiro al retirar la mano de las camisetas que escondían la carta y cogí lo que necesitaba, cerrando rápido.

—¿Qué tal? —Me giré hacia Hana, sonriendo.

—Más que perfecta —asentí porque le quedaba como un guante todo.

—¿Cómo puedes ir con esto? —Se removió antes de ponerse los zapatos.

—¿Con qué? —Miré hacia abajo pensando que se refería a ellos, lo que me extrañó porque solía ir con tacones y también teníamos el mismo número de pie.

—Con este hilo dentro del culo —con un gesto brusco llevó la mano hacia atrás y de un tirón se apartó la tira del tanga.

—Que te vas a cargar el vestido y la ropa interior. —Solté una carcajada.

—Joder, es que es muy incómodo. Se me ha metido dentro de los cachetes y de ahí no se mueve.

—Ese es el propósito. —Puse los ojos en blanco.

—Necesito tres copas en el cuerpo para no darme cuenta de que lo llevo. —Bufó—. No sé cómo puedes ponértelos.

—Solo los utilizo en según qué ocasiones. —Le hice un guiño—. Para el día a día quedan descartados. —Me encogí de hombros.

—Normal, esto roza por todos lados y da un gustirrinín. —Rio.

—¿En serio? —La acompañé riendo—. Si notas algo es porque parece que tienes chinches y no dejas de moverte. Venga, termina, yo ya estoy preparada para irnos.

—Estás divina. —Aplaudió.

—Gracias, tampoco tanto —negué.

—¿Qué dices? Si brillas y todo.

—Eso es por los destellos de la tela según desde qué posición la mires. —Reí con ganas.

Cantarina, repitiendo lo mismo, entró en el baño y me senté en la cama a esperarla mientras metía lo necesario en un bolso a juego a cómo iba vestida. Poca cosa, solo la documentación, dinero, el móvil y las llaves cuando cerrara el piso.

—¿Qué tal? —Apareció haciéndome un pase de modelo.

—Impresionante —sonreí levantándome.

—Nora —dijo a mi espalda cuando íbamos hacia el salón.

—¿Sí?

—Quiero pasármelo bien.

Me paré para mirarla de frente.

—Ese es el fin, sí —sonreí con cariño—. Relájate, no pasará nada que no quieras que suceda. —La agarré de una mano y tiré de ella.

—Solo faltaría, vamos. —Bufó.

—Tú lo has dicho, eso no se dará. Cambia el chip ya, y a disfrutar.

—¿Tú crees que me atreveré? —preguntó nerviosa mientras se colocaba el abrigo.

—A lo que llegues es lo que te llevarás como recuerdo. Una noche divertida entre copas o sumándole algo más, solo tú decidirás cómo se dé.

—¿Me explicas cómo es? Para ir poniéndome a tono —Me agarró del brazo después de cerrar la puerta con llave.

—¿Cuántas veces te he hablado de ello? —La miré divertida.

—Jo, pero hoy lo voy a interiorizar diferente, ¡qué voy a ir!

—Sí, pero no hace falta que me dejes sorda para decirlo. —Reí entrando en el ascensor—. En el taxi te cuento los detalles más escabrosos que te puedes encontrar. —La miré de rojo y solté una carcajada por la expresión que puso.

—¿Vamos a buscar uno?

—No, tiene que estar esperando, sino falta poco para que llegue. He llamado esta mañana.

—Ah, vale —asintió.

En cuanto salimos del edificio vimos el taxi en doble fila. Nos acercamos a él y entramos saludando al conductor que nos sonrió después de que yo le diera la dirección a la que tenía que llevarnos.

Durante los treinta minutos que duró el trayecto le conté a Hana, en tono bajo y discreto, todo lo que se encontraría. Con cada cosa que le dije, las que conocía muy bien porque se las había explicado en más de una ocasión, su boca se abrió y cerró sin llegar a decir nada y tuve que reírme porque al estar a punto de vivirlo en primera persona, se lo tomó de diferente manera a las anteriores.

Estaba por ver cómo resultaría la noche para ella, yo iba con la idea clara. Cerré los ojos los últimos minutos, recostándome en el asiento, expectante por empezar la noche como iba buscando.

—Nora. —Me llamó susurrando.

—¿Qué? —Me centré en ella.

—Me voy a quitar la cosa esta. —Señaló hacia abajo.

—¿Qué cosa? —Levanté una ceja.

—La tira endemoniada que tengo dentro del culo —sonrió traviesa y solté una carcajada.

—Demasiado te ha durado —dije sin poder parar de reír.

—¿Qué puedo decir? Una vez tomada la decisión cuanto antes desaparezca mejor. —Acompañó a sus palabras con un guiño y más me reí al verla hacer malabares, con movimientos lentos para sacárselo, lo que intentó disimular hacia el chófer que estaba ajeno a todo. Cuando lo consiguió se lo guardó dentro del bolso con expresión de victoria—. Joder, ¡qué gustazo! —soltó un suspiro acomodándose en el asiento— ¿Por qué no haces lo mismo? —Se inclinó hacia mí.

—No me molesta. —Me encogí de hombros—. Prefiero reservarlo para más adelante. —Le hice un guiño.

—Oh. —Se quedó pensativa—. Pues como en mi caso eso no sucederá, se lo plantaré en la cabeza, como sombrero, a quien sea en cuanto tenga la oportunidad.

Soltó una carcajada a la que me uní porque era muy capaz de ello, imaginándome el instante en el que lo colocara de decoración en la cabeza de alguien.

—La tira endemoniada que tengo dentro del culo —sonrió traviesa y solté una carcajada.

—Demasiado te ha durado —dije sin poder parar de reír.

—¿Qué puedo decir? Una vez tomada la decisión cuanto antes desaparezca mejor. —Acompañó a sus palabras con un guiño y más me reí al verla hacer malabares, con movimientos lentos para sacárselo, lo que intentó disimular hacia el chófer que estaba ajeno a todo. Cuando lo consiguió se lo guardó dentro del bolso con expresión de victoria—. Joder, ¡qué gustazo! —soltó un suspiro acomodándose en el asiento— ¿Por qué no haces lo mismo? —Se inclinó hacia mí.

—No me molesta. —Me encogí de hombros—. Prefiero reservarlo para más adelante. —Le hice un guiño.

—Oh. —Se quedó pensativa—. Pues como en mi caso eso no sucederá, se lo plantaré en la cabeza, como sombrero, a quien sea en cuanto tenga la oportunidad.

Soltó una carcajada a la que me uní porque era muy capaz de ello, imaginándome el instante en el que lo colocara de decoración en la cabeza de alguien.

Capítulo 6



Kiran

—¿Cómo ha ido el cierre del trabajo? —me preguntó Nael apurando el vino.

—Perfecto —sonreí recostándome en la silla—. Estoy satisfecho por cómo se ha dado.

—Me alegro —asintió—. Me extrañó recibir tu mensaje anoche, no pensaba que volverías tan pronto. Según lo que me comentaste te hacía viajando hacia el siguiente destino nada más cerrarlo.

—Ese era el plan hasta hace pocos días. —Me encogí de hombros—. Me notificaron que retrasaban el comienzo unos días, y para trasladarme de Londres a Edimburgo y quedarme esperando allí, he preferido volver para tramitar los permisos y tenerlo todo en regla para poder meterme de lleno en el proyecto cuando tenga que viajar, así me olvido del papeleo desde el principio. No creo que me lleve más de diez días, tampoco hay prisa porque estoy a la espera de que me avisen y por lo que me comentaron, ese es el tiempo que necesitarán para que yo empiece a moverlo todo para trabajar.

—Entiendo —dijo mientras llamaba la atención del camarero para que trajera otra botella de vino, la que no tardó en dejar en la mesa.

—¿Llevas mucho tiempo sin ir al *Lust*? —Repiqué los dedos en la mesa.

—La verdad es que bastante —respondió pensativo—. Esta noche lo voy a coger con ganas.

—Vamos a la par. —Curvé los labios.

—Amanda estará encantada de verte —comentó con guasa.

—No creo que mi presencia se note mucho —dije sin mirarlo rellenando las copas.

—En cuanto pongas un pie dentro. —Rio y negué divertido.

—Podría decir lo mismo de ti, por lo que llevamos desaparecidos.

—Ya, pero queda un poco mal que yo hable así de mí mismo —confirmó sonriendo.

—Nada, hombre, endúlzate tus propios oídos. —Reí contagiándolo.

Había aterrizado esa misma mañana y del aeropuerto había ido directo a mi empresa para dejar a buen recaudo y archivada la documentación del proyecto que di por finalizado el día anterior. Poca cosa más hice porque al ser sábado la oficina estaba vacía, yendo a casa para descansar.

Eso había hecho durante toda la tarde, aprovechando para echarme una siesta larga porque las últimas horas habían sido un no parar y en cuanto hice contacto con el sofá y me relajé, el agotamiento pudo conmigo. La llamada de Nael la había recibido sobre las ocho, proponiéndome que saliéramos.

Media hora más estuvimos en el restaurante al que habíamos ido a cenar, el tiempo que nos llevó vaciar la botella con calma. Nos fuimos de él y nos dirigimos hacia mi coche, ya que había pasado a recogerlo por su casa para ir solo en uno. Veinte minutos después, sobre las once y media, estacionaba en el aparcamiento habilitado del *Lust*, o, más bien, de la casa convertida que recibía ese nombre. Saqué la llave del contacto y me quedé mirándola.

La estructura y la fachada eran impresionantes a la vista, con un toque señorial que te hacía admirarla, con el añadido de la dimensión que se apreciaba a simple vista desde fuera. Estaba apartada del bullicio de la ciudad, todo lo que la rodeaba era una zona verde que abarcaba bastante terreno dando más privacidad a la zona, teniendo solo un punto de acceso en el que había varios guardas de seguridad controlando a todos los que querían entrar.

Bastantes años atrás, concretamente seis, la descubrimos, o más bien se cruzó en nuestro camino Amanda, la dueña y anfitriona del negocio. Eso sucedió cuando por mi trabajo, se presentó en mi empresa para una remodelación completa de la casa. Me hice cargo del proyecto, por aquel entonces sin saber cuál era la finalidad de Amanda una vez abriera las puertas porque hacía poco que la había adquirido.

Poco tiempo tardé en ser consciente de qué pensamientos y aspiraciones tenía, y lo que ocurriría a puerta cerrada. No es que saliera de ella comentar el negocio que iba a iniciar, ni yo pregunté al no querer inmiscuirme en su privacidad a sabiendas de lo que había según avancé en el proyecto. Más bien si lo tuve claro fue por todas las indicaciones que puso sobre mi mesa y por los detalles que fueron innegociables según su punto de vista. Y si a pesar de toda esa información, alguien hubiera podido tener alguna duda, esta se hubiera esclarecido una vez terminadas las remodelaciones, cuando llegó el momento de darle forma al interior con la distribución y la decoración, rematándolo con el nombre que le puso, el cual más claro no podía ser.

Sin margen de error y con una sonrisa pícara, un día cuando la obra estaba a pocos días de ser terminada, vino para ver cómo iba. Como con el tiempo poco a poco nos fuimos acercando y se creó una confianza y amistad entre nosotros, la que se había ido afianzando con los años, antes de irse puso sobre mi mano los primeros pases en exclusiva para cuando fuera la apertura.

Ni qué decir que ni Nael ni yo faltamos el primer día, intrigados ante la novedad que suponía la puesta en escena que se llevaría en el interior. Así comenzó y continuaría porque nosotros en concreto no necesitábamos invitación especial para acceder al interior ya que siempre teníamos las puertas abiertas, a todo.

—Veo muchas caras nuevas —comentó Nael mientras caminábamos hacia la entrada principal.

Miré alrededor, disimuladamente porque si algo caracterizaba el lugar era la discreción, constatando su comentario sobre las personas que iban en la misma dirección que nosotros.

—Por lo visto no deja de estar en auge —dije divertido.

—Esto nunca pasa de moda. —Rio dándome una palmada en el hombro.

Lo observé de reojo, sonriendo, pasando de largo de la entrada principal donde se llevaba una especie de control , de acceso al interior, parándonos a los pocos pasos para saludar a Carlos y a Ernesto que eran los dos hombres de seguridad y de confianza de Amanda, los que conocíamos muy bien.

—Pero ¡qué ven nuestros ojos! —soltó divertido Carlos, dirigiéndose a su compañero y amigo.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez —sonreí devolviendo los abrazos de ellos, al igual que Nael.

—Cuando os vea la jefa va a montaros una fiesta en exclusiva. —Rio Ernesto.

—No estaría mal —comentó pícaro Nael.

Soltamos una carcajada y después de unos minutos hablando, nos despedimos para traspasar la puerta que daba paso a la sala principal. La música y el ambiente animado nos recibió, detalles que nunca faltaban más allá de lo que movía en el interior.

Caminamos mirando de refilón, reconociendo muchas caras y quedándonos con las del resto, los que fuimos encontrándonos según avanzábamos. Saludamos desde lejos a los camareros y camareras que estaban detrás de la barra principal, haciéndoles señas de que no tardaríamos en acercarnos.

Si algo caracterizaba a Amanda, es que cuidaba y protegía a todos los que estaban bajo su mando. Todos ellos llevaban trabajando en su negocio desde el principio, de vez en cuando había alguna incorporación nueva, pero pocas veces se daba dado el grado de confianza que le gustaba tener con todos ellos, los que le eran fieles y le mostraban el mismo respeto e implicación que recibían por parte de ella.

e Sabiendo muy bien hacia dónde dirigirnos, nos alejamos de la zona principal que abarcaba muchos metros y entramos en el pasillo que nos llevaría a su despacho para probar suerte, todo podía ser que ya estuviera disfrutando de la noche. Comprobé el reloj, rozaba la media noche, lo que me hizo pensar que todavía era

temprano y la encontraríamos sin problema en su cueva, como ella decía divertida siempre que se refería a esa zona en la que se aislaba.

Nos paramos frente a la puerta y di varios golpes fuertes, esperando los dos a que nos diera paso, lo que no tardó en suceder.

—Adelante —habló en tono alto.

Sonreímos y abrí, haciéndonos visibles para ella.

—¡Dios mío! —Se levantó de un salto de la silla, mirándonos sorprendida.

—¿Tan raro te parece que estemos aquí? —Levanté una ceja, divertido, mientras la veía alejarse de la mesa para venir hasta nosotros.

—Respóndete tú mismo a la pregunta de cuánto tiempo hace que no venís —contestó riendo, abrazando primero a Nael—. Ya pensaba que me habíais dejado de lado. —Hizo una mueca cuando lo hizo conmigo.

Le devolví la muestra de cariño, sonriendo y negando.

—Sabes que eso no sucedería nunca —respondí con guasa—. Como también eres consciente por cada vez que hemos hablado, que no han sido pocas durante este tiempo, del ritmo que he llevado durante una buena temporada —comenté cuando nos separamos.

—Bah, excusas. —Hizo un gesto gracioso con una mano—. ¿Dónde os tratan mejor qué aquí? Porque no me trago que me hayáis sustituido, en cierta forma. —Se cruzó de brazos, mirándonos a los dos.

—Sustituido no, reemplazado temporalmente —dijo divertido Nael.

—Él tiene excusa —me señaló, bien lo sabía ella—, pero ¿y tú? —Lo miró de frente, frunciendo el gesto.

—La misma, pero sin moverme de aquí. —Carraspeó Nael, intentando no reír.

—Yo creo que has perdido la memoria y no recuerdas lo que disfrutas en este lugar —sonrió de medio lado ella.

—Créeme, no se me ha olvidado. —Rio mi amigo.

—Por si acaso esta noche lo vais a hacer por todo lo alto. —Se frotó las manos.

—Ese es el plan cada vez que venimos. —Le hice un guiño.

—¿Algo en especial por lo que os apetezca empezar? —Nos miró expectante.

—No hemos pensado en ello. —Reí al ver su expresión pícara—. Lo que se dé, bienvenido sea.

—Id a entonaros con el ambiente. —Señaló hacia la puerta—. Dadme unos minutos, me preparo y salgo a vuestro encuentro —nos sonrió con cariño.

—Ya decía yo. —Hice una pasada rápida por su cuerpo, sin ninguna intención, solo para darle más significado a mis siguientes palabras.

—¿El qué? —Se centró en mí.

—Que me ha extrañado verte así vestida —dije divertido.

De lo más normal iba, para que os hagáis a la idea. Llevaba un traje de chaqueta, informal, con una camisa en la que los botones empezaban a cerrarse al inicio de los pechos. Nada extraño pensaréis, pero para el lugar en el que estábamos, sí que lo era, y más enfocándonos en ella que siempre iba preparada para las noches en las que siempre estaba presente.

La vestimenta que solía llevar, por decirlo de alguna manera, porque con ella no podía salir a la calle en su día a día ya que era más que provocativa, nada tenía que ver con la imagen que teníamos delante.

—No he tenido tiempo. —Curvó los labios pícara—. Hace menos de media hora que he llegado y me he encerrado en la cueva. Estaba revisando unos papeles y como no iba a salir por ahora… pero con vosotros mis planes han cambiado. —Se colgó de mi brazo.

—Te dejamos para que lo hagas. —La apreté contra mí, dándole un beso en la cabeza.

—Me alegro mucho de verte. —Se apoyó en el hombro, mirándome con cariño, el mismo con el que la correspondí—. De veros. —Se centró en Nael.

—Igual por nuestra parte. —Le hizo un guiño él.

—Venga, salir de aquí que en nada estoy con vosotros. —Me giró y empujó hacia la puerta rápido, provocando que soltáramos una carcajada por la impaciencia que le entró.

Al otro lado de la puerta, con ella todavía abierta, le hice un gesto a Nael para que se adelantara unos pasos, el que entendió perfectamente lo que le estaba pidiendo. Cuando lo hizo me apoyé en el marco, observándola con atención.

—¿Está todo bien? —Quise saber en tono bajo.

—Sí, no te preocupes —me sonrió, pero fue una sonrisa que marcó la diferencia a todas las anteriores y que por desgracia conocía muy bien.

—Mañana hablamos —dije cambiando el gesto, cubriéndolo de seriedad.

—Kiran, de verdad, todo está tranquilo —asintió.

—Igualmente mañana lo hablaremos. —Levanté una ceja, sin querer dejarlo pasar.

—Mañana —murmuró—, esta noche es para celebrar que estáis aquí. —Me acarició el antebrazo.

Asentí sin cambiar la expresión, analizando la suya durante unos segundos. Para que no se agobiara ni le cambiara más el estado de ánimo, lo que había sido evidente, me despedí de ella hasta que fuera hacia nosotros cuando estuviera lista. Pensativo, recorrí el pasillo sin encontrarme a nadie porque a esa zona pocas personas accedían.

El pasillo solo llevaba al despacho de Amanda y a los vestuarios de los empleados, si te encontrabas con alguien ajeno al personal era porque se había despistado al ser su primera vez, por lo grande que era la casa.

Tres plantas la componían, plantas que tenían unas dimensiones considerables con muchas puertas de acceso en ellas. La única que era una zona diáfana era la tercera y última, con un gran espacio abierto y visible para el que quisiera jugar y dejarse observar.

—¿Qué tal? —me preguntó Nael cuando llegué a su lado, dándole un sorbo a la bebida que había pedido.

—Está por ver —respondí sin poder apartar lo que me había transmitido Amanda en el último momento.

—Seguro que todo va bien. —Me apretó un hombro.

No respondí verbalmente, simplemente lo miré y supo descifrar por dónde iban mis pensamientos, con eso tuvo más que suficiente. Una camarera no tardó en acercarse, seguida por todos los que estaban detrás de la barra. Los saludé y entablamos conversación durante unos minutos, hasta que pedí la bebida y nos dejaron a nuestro aire.

Con la copa en una mano, me giré dándole la espalda a la barra, apoyándome en ella. Había llegado el momento de apartar todo, eso era lo que provocaba e incitaba ese lugar, que consiguieras desvincularte y dejaras fuera las responsabilidades que cargábamos sobre nuestras espaldas, al menos por el tiempo que estabas en él.

—Sí, no te preocupes —me sonrió, pero fue una sonrisa que marcó la diferencia a todas las anteriores y que por desgracia conocía muy bien.

—Mañana hablamos —dije cambiando el gesto, cubriéndolo de seriedad.

—Kiran, de verdad, todo está tranquilo —asintió.

—Igualmente mañana lo hablaremos. —Levanté una ceja, sin querer dejarlo pasar.

—Mañana —murmuró—, esta noche es para celebrar que estáis aquí. —Me acarició el antebrazo.

Asentí sin cambiar la expresión, analizando la suya durante unos segundos. Para que no se agobiara ni le cambiara más el estado de ánimo, lo que había sido evidente, me despedí de ella hasta que fuera hacia nosotros cuando estuviera lista. Pensativo, recorrí el pasillo sin encontrarme a nadie porque a esa zona pocas personas accedían.

El pasillo solo llevaba al despacho de Amanda y a los vestuarios de los empleados, si te encontrabas con alguien ajeno al personal era porque se había despistado al ser su primera vez, por lo grande que era la casa.

Tres plantas la componían, plantas que tenían unas dimensiones considerables con muchas puertas de acceso en ellas. La única que era una zona diáfana era la tercera y última, con un gran espacio abierto y visible para el que quisiera jugar y dejarse observar.

—¿Qué tal? —me preguntó Nael cuando llegué a su lado, dándole un sorbo a la bebida que había pedido.

—Está por ver —respondí sin poder apartar lo que me había transmitido Amanda en el último momento.

—Seguro que todo va bien. —Me apretó un hombro.

No respondí verbalmente, simplemente lo miré y supo descifrar por dónde iban mis pensamientos, con eso tuvo más que suficiente. Una camarera no tardó en acercarse, seguida por todos los que estaban detrás de la barra. Los saludé y entablamos conversación durante unos minutos, hasta que pedí la bebida y nos dejaron a nuestro aire.

Con la copa en una mano, me giré dándole la espalda a la barra, apoyándome en ella. Había llegado el momento de apartar todo, eso era lo que provocaba e incitaba ese lugar, que consiguieras desvincularte y dejaras fuera las responsabilidades que cargábamos sobre nuestras espaldas, al menos por el tiempo que estabas en él.

Capítulo 7



Nora

—¡Ostras! ¡Qué pasada! —dijo con voz ahogada Hana, nada más bajarnos del taxi.

—Impresiona, ¿verdad? Pues espera a estar más cerca.

—Leche, parece un palacio. —Hizo una "o" perfecta con los labios, reí.

—Por dentro es aún más impresionante, estás a punto de verlo. —Empecé a andar siguiendo el camino asfaltado que llevaba hasta la casa.

Solo los coches de propiedad podían llegar al aparcamiento, los taxis no tenían acceso más allá de la mitad del camino asfaltado, manteniendo la distancia y privacidad que rodeaba la casa. No había muchos metros para recorrer e impregnándonos de la calma que se sentía, lo hicimos con Hana hablando sin parar y conmigo riendo por las ocurrencias que tenía.

Cuando llegamos a la entrada principal esperamos nuestro turno para pasar el mini control que había, en el que nos dieron paso. No dudé de ello porque yo tenía un pase fijo y podía ir cuantas veces quisiera, y porque una vez pasado el control principal de la finca, ya estabas dentro, daba igual cuanta seguridad tomaran.

—Ahora entiendo por qué te pierdes aquí —dijo emocionada, mirando hacia los techos y hacia todos los rincones en cuanto entramos en la primera sala.

—Aún no has visto nada —negué divertida.

—Todavía estoy pensando en sí lo haré. —Arrugó la nariz mirándome directamente.

—Pero si lo tenías claro. —Me sorprendí.

—Los últimos minutos en silencio dentro del taxi han sido cruciales —dijo con una risilla.

—Sea como sea, surja lo que surja, vamos a pasar una noche divertida. —La agarré del brazo para llevarla hasta la barra, la que sería nuestra primera parada.

—De eso no hay duda, ¿tú has visto cuanto tío bueno hay aquí? Joder, parece que los han sacado de un catálogo, qué alegría para la vista —dijo nerviosa y emocionada a partes iguales.

—Los empleados ni idea —reí—, pero a todos los que ves —hice un gesto disimulado con la cabeza hacia delante, por donde ella estaba observando—, son personas normales y corrientes que vienen a lo mismo que nosotras.

—¡Coño! Pues yo no encuentro por la calle nada parecido. —Me miró agrandando los ojos y más me reí—. ¿Todos vienen a lo mismo? —Quiso saber con la duda en la expresión.

—Sí —negué—, otra cosa es cómo vaya la noche. —Me encogí de hombros.

—¡Ay, qué lástima! Alguno se queda sin catar. —Hizo una mueca.

Solté una carcajada sin poderme contener más porque ya la imaginaba atenta a los más retraídos para acercarse a ellos, y conversar. Precisamente de ese tipo no encontraría en la casa, no por lo de querer entablar conversación, eso claro que podía hacerlo sin problema y si era su intención en algún momento lo encontraría. Me refiero a que, si se fijaba en alguno que estuviera tomando una copa, relajado y disfrutando de lo que lo rodeaba, sería por decisión propia de la persona o porque estaba haciendo una pausa, no porque no tuviera oportunidad de involucrarse con lo que se movía allí.

—Aquí eso no sucede a no ser que lo decida la persona. —Me encogí de hombros para dejárselo claro.

—Tienes razón —asintió decidida.

—¿En qué de lo que te he dicho? Quedaría un poco mal pensar que es en todo. —Reí, contagiándola.

—En que por dentro era aún mejor. ¿Has visto los techos? ¿Todo? Bah —hizo un gesto con una mano—, qué preguntas más tontas porque es como tu segunda casa. —Soltó una risilla.

—Tampoco te pases. —Levanté una ceja—. Que no estoy aquí todos los fines de semana.

—No me extraña, quedarías extasiada por lo que me cuentas siempre que vienes. Normal que necesites recuperarte y solo lo hagas algunas veces al mes.

—¿Has cenado exageración esta noche? —Reí.

—Me he llevado al estómago lo que me has hecho, la culpable solo eres tú. —Me señaló sonriendo.

a

—¡Cómo no! Por supuesto —respondí con guasa.

—Buenas noches —nos interrumpió una voz a nuestras espaldas, lo que hizo que nos girásemos hacia la barra, ya que estábamos mirando hacia la sala.

—Buenas noches —respondimos coordinadas al camarero que nos sonreía—. ¿Un *gin-tonic*? —le pregunté a Hana que asintió.

—Marchando dos —asentimos hacia él devolviéndole el gesto.

—Joder, ¡está tremendo! —Se inclinó hacia mí—. Este sí que ha salido de un catálogo, vamos. —Bufó abanicándose.

—Contrólate y acostúmbrate porque ya has visto lo que hay —murmuré dándole un golpecito en el brazo cuando empezó a moverse inquieta a mi lado.

—Ay, es que no me he visto en una igual. —Rio nerviosa.

—Lo tengo claro, y más que me ha quedado —sonreí.

—Aparte de esta sala, ¿se puede ver algo más? Todos apelotonados o algo… —dijo pensativa.

—Miedo me está dando enseñártelo. —Reí—. Hay algo más, pero tienes que mentalizarte para tranquilizarte. —Levanté una ceja.

—¿Dónde? —Quiso saber con interés, apoyándose en la barra.

—La primera y segunda planta son a puertas cerradas —la miré de reojo—, ahí solo se accede según unas normas La última planta es la única que no tiene obstáculos.

—Pues vamos. —Se retiró de la barra.

—No tengas prisa —le pedí intentando no reír—. No nos han servido ni las copas y para subir mínimo necesitas una encima, créeme. Muy decidida te estoy viendo. ¿No decías que lo estabas pensando? Una vez que entres puedes retroceder, esa posibilidad siempre la tendrás, pero no quiero que te sientas incómoda por nada.

—Buenas noches —dijo una voz y sonreí al identificarlo.

Me giré despacio, encontrándome con la sonrisa de Néstor y sus ojos puestos en mí.

—Hola —le correspondí, acercándome para darle dos besos, como hacíamos siempre que nos encontrábamos en ese lugar, para empezar.

—Has tardado mucho en dejarte caer por aquí desde la última vez —dijo haciéndome un guiño.

—He estado liada —respondí diciéndole la verdad—. Te presento a Hana, mi amiga. —La señalé e intenté no reír al fijarme cómo se había quedado.

Con los ojos bastante abiertos, observándolo sin pestañear y con los labios entreabiertos estaba sin reaccionar, algo casi imposible por lo que ya conocéis de ella.

—Hana. —La llamé carraspeando, ganándome por fin su atención cuando giró hacia mí—. Te acabo de presentar, él es Néstor. —Esa vez lo señalé a él cambiando la táctica.

Divertido, observaba la situación hasta que Hana volvió a tener el control y se acercó para darle dos besos como habíamos hecho nosotros.

—Encantada —suspiró cuando se separaron.

—Lo mismo digo, preciosa. —Ladeó los labios—. Intuyo que es la primera vez que vienes —dijo divertido.

—Sí, me he dejado arrastrar por Nora —asintió convencida de sus palabras.

—¿Perdona? —Solté una carcajada.

—No me dejes mal. —Me dio un toquecito en el brazo, de broma.

—Pues no hables. —Reí más, contagiando a Néstor.

.

—Espero que te guste la experiencia —intervino él—, es muy interesante. —Me miró fijamente.

—Eso te lo diré a última hora de la noche, cuando sepa lo que se bebe, se come y se hace —soltó tan normal Hana, provocando que la miráramos a la vez.

Con expresión de no saber por qué la observábamos de la manera en la que lo hicimos, tuvimos que reírnos. Al final terminamos los tres de la misma manera.

—Os dejo, por ahora. —Nos hizo un guiño Néstor—. Ya sabes dónde estaré, te espero. —Se centró en mí con intensidad mientras yo asentía—. Hasta otro momento, preciosas.

Se despidió, pero antes de alejarse se inclinó hacia mí y me susurró al oído.

—Lo estoy deseando, no me hagas esperar mucho ahora que te he visto. —Terminó de hablar pasando la lengua por mi cuello.

Un escalofrío de anticipación me recorrió y lo seguí con la mirada mordisqueándome el labio inferior.

—Joder, ¡te ha lamido! —Me sobresaltó Hana provocando que la mirara a ella.

—Eso no ha sido nada. —Me llevé la mano a la frente.

—Coño, pues claro que lo ha sido. Que yo sepa, por lo normal, no dejas que nadie te llene de babas —dijo con voz ahogada.

—Hana —negué—, ¿te acuerdas de lo que se hace en este lugar?

—Jo, ya lo sé, pero es que verlo en vivo y en directo impone. —Hizo un puchero.

—¿Cómo me voy a quedar tranquila si tengo que dejarte? —Bufé, nerviosa—. Quizás es mejor que nos vayamos —dije convencida.

—Eh, que estoy de broma y sé muy bien lo que hay —me sonrió con cariño, agarrándome de una mano—. Ya sabes cómo soy. —Levanté una ceja—. Joder, vale, me está impresionando más de lo que pensaba, pero es que… —suspiró— yo quiero que me laman de la misma forma —dijo seria.

Solté una carcajada a la que terminó uniéndose. Nos apoyamos en la barra al ver que el camarero había dejado nuestras copas en ella y nos relajamos bebiendo, sin prisa y por mi parte, alargándolo para observarla bien porque si consideraba que teníamos que irnos como habíamos llegado, lo haríamos para no hacerla pasar por algo en lo que estuviera dubitativa.

—El tal Néstor tiene que haberse dormido esperándote —dijo cantarina.

—No creo que eso suceda —negué divertida—. Me esperará mientras se deleita de otra forma.

—¡Oh! —Abrió la boca, haciéndome reír—. Joder, ¡y cómo está el tío! Todos los que he visto no tienen desperdicio —soltó un suspiro.

—Toda la razón —sonreí.

—¿Es tan bueno como lo está? —Se inclinó hacia mí, susurrando.

—Ni te lo imaginas. —Terminé riendo al ver su expresión de sorpresa—. A ver, vamos a hablar claro. —Di una

palmada en la barra.

—¿Sí? —Prestó atención y sonreí con cariño.

—Ya has insistido en que estás convencida —asintió varias veces—. ¿Quieres ir por libre o quieres acompañarme? Me refiero a que nos separemos o no —pregunté antes de llevarme la segunda copa que habíamos pedido a los labios.

Durante todo el tiempo que había pasado habíamos estado hablando de todas las posibilidades, para tantearla. Yo tenía clara la respuesta, pero me dejaría llevar por la decisión que tomara si eso la hacía estar más relajada y tranquila.

—Es difícil —dijo pensativa y esperé a que continuara—. ¿A ti te gustaría que te vieran mis ojitos en las situaciones tan raras que me has contado?

—Raras —repetí, negando con la cabeza.

—Jolines, es que hay cada cosa —dijo en tono bajo dejándose caer en la barra, a pesar de que no había nadie cerca en la parte de la que nos habíamos apropiado.

—Y más que no sabes, por lo que veo. —Reí.

—Calla, no me des más datos. Mejor me lo encuentro o que me lo hagan porque si no, me cago antes y soy capaz de no salir del baño en toda la noche —dijo con la risa floja por el alcohol que ya empezaba a notarse porque las copas estaban bien cargadas.

—De esa manera ya te he visto más de una vez. —Me tapé la cara, riendo.

—Pues también es verdad —dijo seria, provocando que yo no pudiera parar.

—Te doy un consejo. —Me giré hacia ella, apoyándome de lado en la barra.

—Dime. —Se puso recta, como siempre que esperaba escuchar de mí algo de vital importancia.

—A ver —solté un suspiro—. Yo optaría porque fuéramos por libre —comenté convencida—. Si estamos juntas, al principio nos vamos a cortar, al menos tú. —Ladeé la cabeza observando su expresión—. Yo estoy más acostumbrada a ver de todo aquí y a desconectar, aunque ya te digo que muchas cosas no he llegado a hacerlas.

—Me parece lo más lógico, no quiero incluirte en mis sueños húmedos en adelante —dijo seria y reí, ¿cómo no?

—A mí resérvame aparte si me ves en algún momento, por lo que más quieras —dije intentando calmarme.

—Esa es la intención, vamos a hacerlo cada una por nuestro lado.

—¿Estás segura? —insistí antes de lanzarnos.

—¡Qué sí! —asintió para reafirmarlo.

—Vale —suspiré—. Solo te voy a decir la única regla que hay si te sientes incómoda o te encuentras con algo que no es de tu agrado.

—Dime.

—Utiliza la palabra no —dije seria—. Esto lo estoy diciendo muy en serio, Hana, ¿me oyes? Si te echas para atrás, que estás en todo tu derecho, utilízala sin vergüenza ni apuro. No te cohíbas por el qué dirán o qué pensarán nadie va a poner el grito en el cielo porque lo hagas, nadie va a hacer un comentario fuera de lugar, ni te va a mirar raro.

»Y si se da el caso, ya lo pondremos firme cuando estemos las dos, te lo aseguro, pero ya te digo que aquí eso ano sucederá. Yo no estaré a tu lado para frenar nada, ni podré verte para saber interpretar tus gestos y tus cambios de ánimo al instante, necesito quedarme tranquila en ese sentido.

»Ante la más mínima duda niégate a lo que sea, no te arriesgues si algo dentro de ti te tira para atrás. Ellos lo respetarán y tomarán otras opciones que sean de tu agrado, preguntándote.

»Estamos aquí, somos todos adultos y sabemos lo que sucede, pero siempre consentido y para disfrutar. La otra persona o personas no tienen por qué interpretar lo que piensas o sientes si no lo expresas porque no te conocen, y si se da una situación en la que no estés a gusto, no la sientas correcta o estés incómoda, alguna que te inquiete más de la cuenta sabiendo que no es por la anticipación, no te lo tragues por no quedar mal.

»Da igual si ya os habéis caldeado, da igual si habéis iniciado algo, un no es eso, aquí y en cualquier lugar y momento. Estamos en un sitio donde el respeto es la base porque si no, no funcionaría tan bien como lo hace. Habla, por lo que más quieras.

—Solo tengo intención de gritar, que me hagan gritar mucho —dijo seria para terminar riendo al ver mi expresión —. Que sí, que me ha quedado claro las más de treinta veces que has sacado el tema. —Se acercó, sonriéndome —. No te preocupes por mí, puede que esté impresionada, pero es que es emocionante y sabes que, si no me picara la curiosidad no te habría acompañado.

—Es que no basta solo con la curiosidad. Eso está bien, pero para dar el paso siguiente tienes que estar mentalizada en lo que te vas a encontrar y lo que vas a hacer —insistí poniéndome nerviosa—. Si quieres por esta noche, que ha sido la primera toma de contacto, ya está bien, podemos volver…

—Pero ¡si no he tocado nada! —negó, separándose un paso de mí.

—Ok. —Me centré en la copa, pensativa.

—Nora, todo está bien, quiero hacerlo. —Me frotó la espalda—. No me protejas tanto.

—No lo puedo evitar, ya lo sabes. —La miré de reojo.

—¡Si es que te como entera! —gritó dejándose caer encima, dándome besos.

Solté una carcajada encontrándome con la mirada de varias camareras y camareros que nos prestaban atención desde detrás de la barra, sonrientes al vernos, pero sin escuchar lo que decíamos.

—Esa frase mejor se la dedicas a otro u otros —dije cuando nos calmamos, llevándome la copa a los labios.

—Una cosita.

—¿Sí?

—Antes has dicho persona o personas, ahora otro u otros… —Carraspeó—. ¿Qué significa?

—Lo que has entendido —sonreí.

—Oh, joder. —Se calló de golpe.

—¿Tengo que estar preocupada?

—Para nada.

—¿Seguro?

—La madre… que sí —dijo más alto de lo normal cerca de mi oído, riendo.

—Pues vamos a empezar. —Me levanté del taburete dándole un sorbo largo a la bebida, no muy convencida—. Primero tenemos que cambiarnos, fuera de esta zona es diferente. —Reí al ver su cara y tiré de ella directa hacia las escaleras que nos llevarían hasta la primera planta para hacer una parada en el vestuario principal, respondiendo a todas las preguntas que me hizo mientras íbamos hacia él.

Para conseguir quedarme convencida de que realmente estaba preparada, tomé la decisión de llevarla desde el principio a la tercera y última planta, en la que la imagen que veríamos nada más acceder a ella me daría la respuesta que necesitaba. Tenía un impacto único cuando no estabas acostumbrada, dándote de frente con la esencia de lo que sucedía, dejando la imaginación a un lado.

Estaba por ver si después de eso, de ver su reacción y postura, la arrastraba fuera de la casa y volvíamos a las

nuestras.

nuestras.

Capítulo 8



Kiran

Solo, recostado en un sillón, con la vista nublada todavía por el placer después de un orgasmo, dejé vagar la vista hacia lo que sucedía alrededor. Habíamos decidido empezar por la última planta, para después ir bajando, la que estaba bastante llena de cuerpos desnudos y semidesnudos en todas las posiciones, enfrascados en el deseo que se respiraba miraras hacia donde miraras.

Localicé a Nael, el que se mantenía acomodado en un sofá con una chica encima, la que estaba muy entretenida en darle atenciones. Los jadeos nos rodeaban, propiciando que las pulsaciones no bajaran por muy satisfecho que quedaras. Curvé los labios al ver caminar hacia mí, de manera sensual, a Amanda.

—¿Ha sido un buen comienzo? —susurró inclinándose, rozándome con el pelo y las manos el pecho que tenía al descubierto.

De ahí no pasaría, hacía mucho tiempo que entre nosotros no traspasábamos ninguna línea. Por mucho que supiéramos que solo eran actos destinados al placer, sin que intervinieran los sentimientos, así lo acordamos porque nos sentíamos una parte del otro en un sentido muy diferente.

Era una mujer espectacular, eso saltaba a la vista y con la minúscula decoración que llevaba sobre el cuerpo captaba la atención de todas las miradas. Por mi parte ya podía llevar solo un saco en la cabeza que seguiría viéndola como una hermana, naciéndome un sentimiento de protección hacia ella como si lo fuera realmente.

Impensable para mí meterme entre sus piernas u otras partes de su cuerpo por lo que ello suponía, lo que no impedía que se mostrara cariñosa sin intención de ir más allá de los gestos, porque le nacía el serlo. Tengo que decir que sí, que habíamos intimado, más que eso, dejándonos llevar por el placer más absoluto. Pero solo sucedió durante los primeros meses desde que abrió el negocio porque no era tanto el acercamiento a nivel personal entre los dos por aquel entonces.

En aquellos instantes todavía lo estábamos afianzando, lo que se dio de manera natural con el tiempo, llevándonos a dejar los términos claros, para tranquilidad también de ella porque me veía con los mismos ojos que los míos. Y en el mismo saco iba Nael, al que también consideraba una parte vital de su vida.

Acomodé las piernas cuando se sentó sobre sobre ellas, rodeándome con un brazo el cuello, sonriente.

—¿No me ves? —Curvé los labios retirándole varios mechones que se le habían escapado—. Por lo que veo para ti también lo ha sido. —Hice referencia a ese detalle.

—No ha estado mal —sonrió pícara—, queda mucha noche por delante. —Recostó la cabeza sobre mí.

Le acaricié la espalda, directamente sobre la piel mientras nos quedábamos en silencio dejándonos envolver por lo que teníamos a poca distancia. En la tercera planta, donde estábamos, la vista se perdía sin llegar a ver gran parte de ella porque era enorme, a pesar de que no había obstáculos de ningún tipo. En ella se repartían camas enormes, con varias formas a elegir, sofás de tamaño considerable y sillones individuales cómodos como los que podíamos tener cualquiera en nuestras casas, a parte de los que estaban destinados al sexo, como los sillones tantra para a explorar todas las posturas que cada cual quisiera experimentar dando a los demás una buena panorámica.

Poco de todo ello que he detallado estaba vacío, como solía ser habitual los cuerpos en acción ocupaban gran parte de ellos. Recosté la cabeza en el sillón, el mío normal, ya que estamos os lo aclaro, cerrando los ojos. Había tenido un orgasmo, sí, al que me había llevado una chica sin ni siquiera tener que moverme.

La primera intención al subir hasta esa planta había sido la de impregnarnos de la esencia de lo que la visión daba para empezar a calentarnos, pero había tenido un pequeño adelanto cuando la chica se había acercado y se había hecho con el control de la parte de mi cuerpo que no tardó en estar excitada ante la anticipación de su boca rodeándola, lo que no tardó en suceder cuando se arrodilló entre mis piernas y me desabrochó el pantalón, que era lo único que me cubría junto al bóxer, teniendo libre acceso a lo que deseaba.

Dejándola hacer solo moví una mano para sacarlo, echando la cabeza hacia atrás cuando quedó a pocos centímetros y sentí su respiración rozarme, disfrutando de cómo sus labios acariciaban el contorno, subiendo y bajando, lamiendo y absorbiéndome mientras tomaba cada vez más intensidad arrastrando con la lengua todo a su paso. Las caricias de sus manos por todo lo que lo rodeaba, su saliva mezclándose con mi excitación… todo el conjunto propició que entrara en ella resbaladizo y su cabeza cogiera un ritmo frenético. Humedecido por completo, como estaba seguro de que estaba ella si lo hubiera comprobado, el baile no terminó hasta que mi cuerpo se puso en tensión, explotando en el primer orgasmo de la noche.

Así se sucedían allí las cosas, sin preguntas, sin respuestas, era bien sabido el motivo por la presencia de cada uno a no ser que la persona solo fuera observadora y se dedicara a darse placer, negándose y rechazando por anticipado el contacto directo de cualquier tipo de acercamiento para disfrutar más tarde, en la intimidad que daban las plantas inferiores donde era todo a puerta cerrada, con las personas que se decidiera pudiendo formar grupos más reducidos.

Libre elección para disfrutar y dejarse llevar, eso es lo que había con el respeto por delante. Entreabrí los ojos al sentir en el cuello la respiración pausada de Amanda, sonriendo al comprobar que se había adormecido. Menuda sesión había tenido, pensé, porque para que estuviera así tenían que haberla dejado agotada, lo que no dudaba por

lo exigente que era.

Con la intención de levantarme para llevarla conmigo, en brazos, y buscar un lugar más cómodo donde dejarla descansar hasta que se espabilara, me quedé solo en eso, con la intención en cuanto a varios metros de distancia algo llamó mi atención en el inicio de las escaleras.

Entrecerré los ojos, intentado enfocarlos bien para ver con más claridad, a pesar de que veía perfectamente sin que supusiera ningún problema la separación que había entre lo que observaba y yo. La imagen de dos chicas de pie, mirándolo todo con disimulo, me removió internamente, sin poder apartar la sorpresa al reconocerlas.

—Mierda —murmuré descolocado, notando la tensión recorrerme.

Giré despacio la cabeza hacia Nael, el que ni se había dado cuenta mientras seguía jugando con la chica que tenía encima de él, sin llegar a dar el paso definitivo, todavía. Me mantuve inmóvil para no llamar la atención de las dos apariciones inesperadas, al menos por el momento. De nada sirvió dejar la vista fija en mi amigo para intentar que notara mi llamada silenciosa. No surtió efecto por lo que desistí centrándome en ellas otra vez.

—¿Qué pasa? —susurró Amanda separándose un poco de mí, al notar la rigidez de mi cuerpo.

—Nada —respondí apretando la mandíbula.

Extrañada siguió la dirección de mi mirada, dejando la suya fija en lo mismo que yo. No tardó en centrarse solo en mí, pidiéndome sin hablar que le dijera algo, pero la ignoré. En ese preciso instante no estaba para mucho más, bastante tenía con la lucha interna que estaba librando para apartar la jodida vista de ellas, o más bien de ella.

Sin ser conscientes de que yo las observaba, se habían quedado a solo unos pasos de la escalera, dando un vistazo rápido por todo, atentas a los detalles. Una bastante más que la otra, lo que me dio a entender, porque fue evidente, que Nora, la que conocí en la fiesta que organizó Nael, no era la primera vez que estaba allí.

Su actitud era relajada, pero me descolocó que su cuerpo no lo estuviera del todo mientras se centraba en su amiga, lo que interpreté como que, para Hana, la empleada de Nael, sí que estaba siendo la primera experiencia en un lugar así. Bueno, por eso y por la expresión que mantenía, que, si me hubiera pillado en otro momento y situación, me hubiera reído divertido porque propiciaba a ello.

—¿Las conoces? —Los ojos de Amanda me miraban con interrogación cuando me centré en ellos.

—No —respondí rápido y maldije interiormente por ese detalle que captó más su interés.

Levantó una ceja, esperando a que continuara y fuera sincero porque me conocía muy bien.

—Bueno, sí. —Carraspeé.

—Eso es evidente. —Curvó los labios—. Lo que me sorprende es lo duro que te has puesto y no hablo de tu miembro —susurró en mi oído—. Por ello me pregunto el por qué. —Terminó dejándome un beso en la mejilla.

Cuando se separó lo hizo expectante e intrigada. Lo supe porque la conocía, no porque la estuviera mirando en ese instante. Había vuelto a centrarme en las dos, sin poder apartar los ojos de ellas. Para qué os voy a engañar, al principio por la sorpresa había sido así, pero como digo, solo habían sido los primeros segundos. Ya solo estaba centrado en una en concreto, recorriéndola con la vista de los pies a la cabeza.

Más apreté la mandíbula al ver su cuerpo, gran parte de él expuesto con la vestimenta típica que Amanda proporcionaba a todas las chicas que se decidían a jugar. Me removí inquieto, sin que la tensión que me recorría aflojara, la que estaba pasando a otro nivel y Amanda que seguía sentada en mi regazo no tuvo problema en identificarlo.

—Vaya, vaya… esto cada vez es más jugoso y duro. —Ladeó la cabeza hacia ellas.

—Es lo más normal en un lugar así —dije con la voz ronca, queriendo que se desviara del tema.

—No me lo trago, estás hablando conmigo —comentó risueña, centrándose en mí—. Desde que te conozco en este ambiente nunca te has excitado tan solo con la mirada, puede que sirva para ponerte a tono, pero necesitas algo más y los dos sabemos de sobra que por mí no es. —Se refregó sobre mi regazo a propósito, provocando que la fulminara con los ojos—. Yo no obtendría este resultado ni, aunque estuviera saltando delante de ti desnuda por completo. —Me presionó la nuca con la mano, acercándome a su cara.

—Estás desvariando —murmuré cerrando los ojos unos segundos, echando la cabeza hacia atrás para intentar controlarme.

—Será eso, claro. —Rio en tono bajo—. Voy a darles la bienvenida —comentó divertida y los abrí de golpe, rodeándola con un brazo para que no se moviera.

—Ni se te ocurra —negué.

—¿Por qué? Han dejado claro que una de ellas no es la primera vez que viene, aparte de que la he reconocido, pero la otra está más fuera de lugar que un pingüino en un desierto. Todavía no ha cerrado la boca. —Se encogió de hombros.

—¿A cuál de ellas has reconocido? —siseé haciendo una pregunta tonta porque sabía perfectamente cuál sería su respuesta.

—A la de pelo castaño. —Amplió la sonrisa, acariciándome la nuca—. Voy a ser una buena anfitriona. —Se acercó a darme un pico rápido en los labios.

—Si no quieres que la tengamos no te muevas —negué mirándola con intensidad.

—Cada vez me convences más —soltó una carcajada fuerte y maldije porque resonó por encima de los jadeos que nos rodeaban.

Temiendo la repercusión del único sonido diferente en toda la sala, miré rápido en la dirección de Nora, la que en esa ocasión sí que tenía los ojos abiertos al máximo por la sorpresa, mientras Hana seguía sin cerrar la boca, pero esa vez solo centrada en el sillón en el que estábamos Amanda y yo. Ni parpadeaban y más maldije porque hubiera preferido mantenerme en el anonimato, al menos hasta que el cuerpo se me hiciera a la situación y la pudiera gestionar.

Jodido me sentía y no entendía el motivo de ello. Las reacciones que estaba teniendo no eran normales y se me giró la cabeza intentando analizarme a mí mismo mientras Amanda movía la cabeza de unos a otros, observándonos a los tres cada vez más divertida. La reacción de Nora le dio más información a Amanda de la que me hubiera gustado, provocando que mi nivel de cabreo se ampliara.

Con la intención de hacer otro intento hacia Nael, lo busqué, encontrándolo igual o peor que yo porque habría mirado en nuestra dirección al escuchar la carcajada de Amanda. De ahí a encontrarse con Hana y Nora no hizo falta mucho, a las que observaba sin salir de asombro, al menos él resguardado por la privacidad que le daba el estar más apartado y medio tapado por la chica que ni se había dado cuenta de su cambio y seguía acariciándolo, cubriéndolo con el cuerpo.

Ninguna de las dos lo habían visto a él, solo yo era el foco de atención más próximo y conocido, en cierta forma, que tenían.

Amanda se levantó rápido, conteniendo el reírse al haberse zafado de mi agarre al pillarme desprevenido. Mi cara le dejó más que claro que se la estaba jugando si daba un paso más. ¿Le importó? ¿Me tuvo en consideración? Una mierda para mí porque de mostrarse divertida soltó otra carcajada dándome la espalda empezando a alejarse, mientras yo la seguía con los ojos sin moverme de donde estaba.

—Si no quieres que la tengamos no te muevas —negué mirándola con intensidad.

—Cada vez me convences más —soltó una carcajada fuerte y maldije porque resonó por encima de los jadeos que nos rodeaban.

Temiendo la repercusión del único sonido diferente en toda la sala, miré rápido en la dirección de Nora, la que en esa ocasión sí que tenía los ojos abiertos al máximo por la sorpresa, mientras Hana seguía sin cerrar la boca, pero esa vez solo centrada en el sillón en el que estábamos Amanda y yo. Ni parpadeaban y más maldije porque hubiera preferido mantenerme en el anonimato, al menos hasta que el cuerpo se me hiciera a la situación y la pudiera gestionar.

Jodido me sentía y no entendía el motivo de ello. Las reacciones que estaba teniendo no eran normales y se me giró la cabeza intentando analizarme a mí mismo mientras Amanda movía la cabeza de unos a otros, observándonos a los tres cada vez más divertida. La reacción de Nora le dio más información a Amanda de la que me hubiera gustado, provocando que mi nivel de cabreo se ampliara.

Con la intención de hacer otro intento hacia Nael, lo busqué, encontrándolo igual o peor que yo porque habría mirado en nuestra dirección al escuchar la carcajada de Amanda. De ahí a encontrarse con Hana y Nora no hizo falta mucho, a las que observaba sin salir de asombro, al menos él resguardado por la privacidad que le daba el estar más apartado y medio tapado por la chica que ni se había dado cuenta de su cambio y seguía acariciándolo, cubriéndolo con el cuerpo.

Ninguna de las dos lo habían visto a él, solo yo era el foco de atención más próximo y conocido, en cierta forma, que tenían.

Amanda se levantó rápido, conteniendo el reírse al haberse zafado de mi agarre al pillarme desprevenido. Mi cara le dejó más que claro que se la estaba jugando si daba un paso más. ¿Le importó? ¿Me tuvo en consideración? Una mierda para mí porque de mostrarse divertida soltó otra carcajada dándome la espalda empezando a alejarse, mientras yo la seguía con los ojos sin moverme de donde estaba.

Capítulo 9



Nora

—Dios, ¿así tengo que salir? —Se puso frente a mí Hana.

—Sí —respondí intentando no reír—. Es el único requisito para acceder más allá de la planta inferior. Bueno, ese y querer descubrir lo que se esconde en las demás. —Me encogí de hombros mientras me colocaba bien la ropa que me había puesto, a la que ella estaba haciendo referencia.

Lloriqueando se dejó caer en un banco de madera mientras yo me colocaba los zapatos, lo único de propiedad junto a la ropa interior que había quedado sobre mi cuerpo.

—A este paso no llego ni a la puerta. —Se tapó la cara.

—Todavía estamos a tiempo de retroceder si no quieres…

—Ah, no. —Se levantó de golpe—. Deja de decir eso por tu madre. —Me señaló—. He llegado demasiado lejos como para echarme para atrás.

—Más de lo que había pensado lo has hecho, sí. —Reí sentándome en el banco, cruzando las piernas.

—¿Y ahora por qué te paras? —preguntó sorprendida.

—Te estoy dando tiempo —dije divertida.

—No me lo des porque como me lo piense… —comentó alterada.

—Eso es lo que quiero. —Levanté una ceja.

—Esta noche está sobrevalorado el pensar, a la mierda. —Bufó y sonreí siguiéndola con los ojos porque empezó a ir de un lado al otro—. Noto frío en el culo y en… —Soltó una carcajada de repente señalando hacia sus partes

íntimas.

—Normal, lo llevas libre como el viento. —Reí porque el tanga seguía en su bolso.

—Cuidado que con lo que eso tapa. —Puso los ojos en blanco—. Tú tienes que estar igual por mucho que lo lleves todavía.

—Según la temperatura corporal que tengas. —Acompañé a mis palabras como un guiño.

—Vamos, que ya estás como un volcán en erupción. —Rio contagiándome.

—¿Salimos? —Me levanté despacio.

—Sí —asintió decidida—. Vamos monísimas.

—Por supuesto —comenté divertida dirigiéndome hacia la puerta seguida por ella.

—¿Cómo nos encontraremos?

—¿Qué hora es? —Me paré en el pasillo pensativa porque lo había dejado todo en la taquilla.

—La última vez que lo he mirado era casi la una.

—¿A las cuatro en el vestuario? —propuse— Si alguna quiere terminar antes nos vemos en la barra de la planta inferior, donde hemos estado.

—Vale.

—En el vestuario o en la barra, no te muevas de ninguno de esos sitios —la avisé.

—Que sí. —Puso los ojos en blanco.

—Pues con eso claro, vamos a empezar. —La agarré de una mano y tiré de ella, riendo al verle los ojos brillar por la emoción.

Subimos las escaleras sin pararnos, directas a la tercera.

—¿Preparada? —Me frené cuando faltaban pocos escalones para llegar arriba y que se hiciera visible.

—Hoy estás especialmente preguntona y pesada, ¿eh? —dijo con una risilla.

—Porque te conozco. —Levanté una ceja.

—Estoy total e irremediablemente decidida para dejarme arrasar por el placer más absoluto. De la forma y en la circunstancia que se dé. ¿Te parece buena respuesta? La puedo adornar si quieres.

—Me vale —sonreí de medio lado—. Me callo ya.

—Aleluya. —Reaccionó con un pequeño grito por lo que se ganó una colleja.

Con las sonrisas en las caras subimos los últimos escalones, parándonos cuando la sala quedó frente a nosotras. Como sabía perfectamente lo que me iba a encontrar, poco tiempo me tomó observar lo llena que estaba y todo lo que estaba sucediendo en ella, centrándome en Hana.

Intenté controlarme, para no soltar una carcajada cuando vi su expresión. Para cualquiera que la viera quedaba evidente que era la primera toma de contacto que hacía con un ambiente de esas características. Negué con la cabeza y le subí la mandíbula para que cerrara un poco la boca. Ni siquiera notó mi gesto y me mantuve a su lado, atenta a ella.

Al ver que no salía corriendo y que seguía mirando de reojo hacia los intercambios de placer que teníamos muy cerca, pasé la mirada, disimuladamente, para ver si Néstor estaba por algún lado. Sin encontrarlo, así estuvimos un tiempo en el que pasamos desapercibidas, o al menos eso pensé hasta que me atraganté con mi propia saliva cuando escuché una carcajada que resonó por encima de los sonidos característicos y esperados del contacto de los cuerpos en acción, al reconocer al hombre en el que dejé la vista fija.

En ese instante igualé a Hana en la cara de sorpresa, pero por un motivo totalmente diferente al suyo. El aire me faltó por la primera impresión. Nunca había coincidido con nadie que no hubiera conocido dentro de ese ambiente aunque al amigo del jefe de Hana no podía considerarlo ni eso porque ni sabía su nombre. Joder, pero, aunque fuera superficialmente sí que era muy consciente de su presencia.

Tragué saliva cuando los dos nos miraron, incluyendo la mujer que estaba sentada encima de él.

—Nora —dijo en un susurro Hana.

Ni respondí a su llamada por lo desconcertada que me había quedado.

—¿Ese es el que creo que es? Joder, ¡qué cuerpazo tiene sin ropa! —Terminó con voz ahogada.

—Lo es. —Conseguí que me saliera la voz sin poder apartar la atención de él que seguía observándonos.

Pues sí, para más desgracia la apreciación de Hana no era para menos. Tenía el pecho descubierto mostrando parte de su anatomía que mejores características no podía tener. Joder, joder, me dije nerviosa, pero acallé a mi mente

cuando bajé un poco la vista, encontrando su pantalón desabrochado dejando ver la ropa interior, haciendo que automáticamente me centrara en la mujer que en ese instante lo agarraba del cuello.

—Vamos a la planta de abajo —murmuré casi sin mover los labios, para salir de allí y perdernos de vista.

—¿Tú crees que…? —habló dudosa dejando la pregunta incompleta, pero supe a qué se refería.

Esa idea había pasado veloz por mi cabeza, al asociar su presencia a la de Nael. Claro que lo había pensado, el qu el jefe de Hana estuviera allí también, pero ni tiempo me había dado para canalizarlo porque todavía no había podido apartar los ojos de su amigo, sin nombre.

—Mierda. —Reaccioné centrándome en la mujer que se levantó de golpe de las piernas de él, empezando a andar hacia nosotras.

—¿Quién será ella? —Se inclinó Hana.

—Aquí no hay por qué saber las identidades. Eso queda a otro nivel personal si los que se implican en los juegos tienen una continuidad y quieren ir más allá —tragué saliva—, pero ella no hay duda de quien es.

—¿La conoces? —Tiró de mi mano.

—Amanda, la dueña. —Giré la cabeza encontrándome con su sorpresa.

—La virgen, apunta alto el muchacho.

—Hola. —Escuchamos su voz a pocos pasos de nosotras y la miramos al instante.

—Hola. Saludé mientras mi amiga lo hacía levantando una mano.

—Veo que no has venido sola esta vez —dijo sonriente, centrándose en Hana y asentí lo evidente—. Podéis mezclaros sin temor. —Me miró directamente, con expresión pícara.

—Lo sabemos —respondí tranquila, con todas mis facultades activadas—. Solo quería darle una primera toma de contacto.

—Entiendo —asintió comprendiendo la situación—. ¿Queréis venir con nosotros? —Señaló hacia atrás, hacia el sillón donde el hombre que conocíamos se mantenía sentado, observando con expresión dura la escena desde la distancia—. Sería muy interesante.

—Esa opción, no —respondí rápido dejando la respuesta en el aire que estaba a punto de darle Hana —. Íbamos a la segunda planta, al encuentro de alguien. —Metí por medio a Néstor, el que no dudaría en ayudarnos si lo

necesitábamos.

La rapidez fue por dos motivos, primero y el más importante, porque no entraba en mi cabeza un acercamiento de cualquier tipo con ese hombre por si lo volvía a ver en algún momento fuera de la casa, y segundo, porque no pasaba desapercibido cómo nos miraba. Serio, frío y cortante, esas tres palabras definían perfectamente su semblante, sumándole la posición de su cuerpo que dejaba a la vista incomodidad.

El por qué, ni idea. Imaginé que era por lo mismo que lo estaba yo. No podía ser por otro motivo porque solo con estar allí ya sabíamos a qué veníamos, pero como era todo consentido y con las ganas por delante, me negaba a hacer algo en lo que él estuviera presente, aunque ni me rozara. Con sus ojos puestos en mí ya tendría bastante para cohibirme y no es lo que buscaba.

—Qué pena, nos lo podríamos haber pasado muy bien incluyendo a alguien más —comentó Amanda, ladeando la cabeza—. Si es vuestra decisión…

—Lo es —asentí convencida y me chocó la sonrisa que mostró, destinada a mí.

—Pues solo me queda deciros que disfrutéis. —Nos miró a las dos—. Relájate y déjate llevar, estoy segura de que volveré a verte a partir de hoy —se dirigió a Hana, haciéndole un guiño—. Cuando terminéis la noche, buscadme, te daré un pase para que puedas acceder cuando quieras, sola.

—Oh, no hace falta. Si vengo lo haré con ella —negó Hana señalándome.

—Cuando la experiencia llegue a su fin —se inclinó sobre ella, susurrando—, te lo ofreceré otra vez porque estoy segura de que la respuesta será totalmente opuesta.

—Te lo agradecemos Amanda. —Carraspeé intentando no reír al ver la cara de mi amiga, al recibir varias caricias de ella en la mejilla.

—No hay de qué. —Se incorporó sonriendo—. Nos veremos, no lo dudo.

Asentí y agarré del brazo a Hana, para moverla porque se había quedado estática. Con un movimiento rápido giré hacia la escalera y empezamos a bajar los primeros escalones, sintiéndome observada. No pude evitar mirar un poco hacia atrás, comprobando que Amanda nos daba la espalda caminando otra vez hacia el sillón.

Me quedó claro que lo que sentí venía solo en una dirección, del hombre que nos seguía con los ojos, ignorando la presencia de Amanda cuando llegó a su lado. Sin saber el motivo de mi reacción, fruncí el gesto después de que ella volviera a sentarse sobre su regazo, acariciándolo.

—Todo está bien, ¿no? —Quiso saber Hana al notar que iba más lenta para no partirme la cabeza mientras miraba hacia atrás.

A punto de responderle agrandé los ojos al ver otra presencia conocida, a Nael, el jefe de Hana. Caminaba hacia los otros dos y giré rápido la cabeza hacia delante, tirando fuerte de Hana para que no lo viera, pero fue demasiado tarde porque queriendo saber el motivo por el que había empezado a bajar más lenta, ella misma había buscado detrás de nosotras el motivo.

—Hana… —La miré de reojo.

—Es él. —Parpadeó varias veces, sin moverse.

—¿Qué más da? La posibilidad de que estuviera era muy grande, vamos.

—Ya no se va a tirar a una sola, se va a tirar a cientos. —Buscó mis ojos con los suyos abiertos al máximo.

—A la mierda, lo mismo que vas a hacer tú —dije decidida llevándola conmigo.

—Oh amiga, ahora más que nunca —respondió dejando salir el cabreo, adelantándome.

Solté una carcajada nerviosa porque fue tanto el ímpetu con el que lo hizo que me desestabilicé con los tacones y por poco acabo bajando las escaleras arrastrándome por ellas.

Con un suspiro de alivio llegamos a la segunda planta y no tardé en sonreír al ver apoyado al lado de una puerta a Néstor, el que nos esperaba de la misma forma.

—Iba a buscarte —hablé al pararnos frente a él.

—Por eso estoy aquí —respondió con un guiño—. Os he visto subir y sabía que no tardaríais en bajar.

—Sí, solo quería enseñarle a Hana…

—Lo he imaginado —asintió separándose de la pared—. ¿Empezamos? —Se inclinó hacia mí, acariciándome los labios con la yema de los dedos.

—Estoy deseándolo —susurré.

—Tus deseos son órdenes para mí, preciosa. —Me agarró de la nuca, acercándome a él.

—¿Y yo qué hago? —habló Hana, dudosa.

Nos centramos en ella, sonriendo y él le dio la respuesta.

—Lo tengo todo pensado. —Curvó los labios mientras daba varios golpes en la puerta que tenía a su espalda.

No tardó en abrirse, dejando ver a un hombre alto y musculado, el que captó la atención de Hana al instante. Se apoyó en el marco de la puerta, con la sonrisa de la cara y levantó una mano señalando a mi amiga, moviendo el dedo para que se acercara, sugerente.

—¿Yo? —Se señaló haciéndonos reír.

De esa manera me giré un poco al sentir un pequeño ruido a nuestras espaldas, hacia las escaleras. Sorprendida me quedé cuando vi en ellas, a pocos peldaños de bajarlas, a Nael y a su amigo, observando la situación a pocos pasos.

Para que Hana no volviera a ver a su jefe porque le iba a cambiar el ánimo y la decisión, me puse a su espalda y le di un pequeño empujón provocando que cayera en los brazos del hombre que la esperaba, el que no tardó en tirar de ella hacia el interior y cerrar la puerta.

Esa era mi intención, encerrarme también en cualquier sitio, por lo que agarré de la mano a Néstor que me miraba divertido y lo llevé conmigo a dos puertas de distancia, la que vi libre. Ante sus ojos parecí impaciente, y lo estaba, pero en ese instante por un motivo muy diferente al que él podía imaginar.

Entré cogiendo aire y cerré, no sin antes comprobar que la escalera seguía ocupada por los dos, las que quedaban visibles. No pude evitar dejar los ojos fijos, por unos segundos, en el amigo de Nael, el que observaba con el gesto fruncido hacia mí.

Levanté una ceja como respuesta y cerré de golpe en su cara, apoyando la espalda en la puerta. A salvo de miradas indiscretas, me dije soltando el aire con los ojos cerrados.

—Qué mala suerte leche —susurré tan bajo que Néstor no lo apreció.

De ello me di cuenta cuando lo miré. Parado a pocos pasos de mí, me observaba sin perder la diversión, a la espera de empezar.

—Lo tengo todo pensado. —Curvó los labios mientras daba varios golpes en la puerta que tenía a su espalda.

No tardó en abrirse, dejando ver a un hombre alto y musculado, el que captó la atención de Hana al instante. Se apoyó en el marco de la puerta, con la sonrisa de la cara y levantó una mano señalando a mi amiga, moviendo el dedo para que se acercara, sugerente.

—¿Yo? —Se señaló haciéndonos reír.

De esa manera me giré un poco al sentir un pequeño ruido a nuestras espaldas, hacia las escaleras. Sorprendida me quedé cuando vi en ellas, a pocos peldaños de bajarlas, a Nael y a su amigo, observando la situación a pocos pasos.

Para que Hana no volviera a ver a su jefe porque le iba a cambiar el ánimo y la decisión, me puse a su espalda y le di un pequeño empujón provocando que cayera en los brazos del hombre que la esperaba, el que no tardó en tirar de ella hacia el interior y cerrar la puerta.

Esa era mi intención, encerrarme también en cualquier sitio, por lo que agarré de la mano a Néstor que me miraba divertido y lo llevé conmigo a dos puertas de distancia, la que vi libre. Ante sus ojos parecí impaciente, y lo estaba, pero en ese instante por un motivo muy diferente al que él podía imaginar.

Entré cogiendo aire y cerré, no sin antes comprobar que la escalera seguía ocupada por los dos, las que quedaban visibles. No pude evitar dejar los ojos fijos, por unos segundos, en el amigo de Nael, el que observaba con el gesto fruncido hacia mí.

Levanté una ceja como respuesta y cerré de golpe en su cara, apoyando la espalda en la puerta. A salvo de miradas indiscretas, me dije soltando el aire con los ojos cerrados.

—Qué mala suerte leche —susurré tan bajo que Néstor no lo apreció.

De ello me di cuenta cuando lo miré. Parado a pocos pasos de mí, me observaba sin perder la diversión, a la espera de empezar.

Capítulo 10



—¿Todo bien? ¿O es que hay muchas ganas? —Quiso saber mirándome con intensidad.

—Las hay. —Me mordí el labio inferior por la anticipación.

Ya había tenido suficientes sorpresas por esa noche, totalmente inesperadas, a partir de ese instante todo se daría con la normalidad de siempre, por lo que dejé la mente en blanco apartando lo que había fuera y me centré en Néstor.

Lentamente me separé de la puerta, caminando hasta quedar frente a él. La mirada con la que recorrió mi cuerpo me calentó y más lo hizo cuando con un movimiento rápido me giró, dejando la espalda apoyada contra su pecho.

—Te haces mucho de rogar —susurró inclinado en mi oído.

Cerré los ojos sintiendo como el vello se me erizaba por el contacto de su lengua, recorriéndome el cuello.

—Ya te he dicho que he estado muy liada —suspiré.

—Para estar aquí, para esto… —Posó la palma de la mano cubriendo mi parte íntima haciendo presión, casi sin obstáculos porque la pequeña tela que la tapaba quedaba a ras de ella—. Siempre hay tiempo.

—A veces se me olvida. —Me mordí el labio cuando separó el tanga y coló la mano por dentro, acariciándome.

—Tendré que esmerarme para recordarte los beneficios de terminar la noche saciada. —Apresó el clítoris entre lo dedos.

—Es bien recibido —dije con un jadeo sintiendo el temblor recorrerme.

Después de unos segundos inspeccionando la zona en la que comprobó la reacción de mi cuerpo, por la humedad que me provocó y arrastró cubriéndose con ella, se separó de golpe.

Expectante me giré, admirando como se desprendía de lo único que llevaba, el pantalón. Como era habitual en él, en esa situación, no llevaba ropa interior por lo que se quedó desnudo ante mí, mostrando lo erecto y duro que estaba. Llevó una de sus manos hacia abajo y se acarició lentamente, recorriendo todo el largo de su miembro y parándose en el glande, arrastrando su excitación provocando que la mía aumentara.

—Ven —pidió con voz ronca y lo hice al instante.

Cuando dejó de tocarse subió la mano a mis labios, pasando los dedos húmedos por ellos, los que apresé dentro de la boca. Sus ojos me miraron con intensidad, centrados en como los chupaba, en lo que me recreé.

Sin decir nada los sacó agarrándome de la nuca y acercándome a él. El beso fue tan intenso como lo necesitábamos, un precalentamiento de lo que estaba a punto de suceder. Nos separamos con las respiraciones agitadas y lo seguí con la mirada cuando me dio la espalda, teniendo una perfecta visión de la parte de atrás de su cuerpo.

Se acercó a un armario bajo que había y esperé impaciente, sin moverme.

—Elige —habló sin volverse, abriendo un cajón del que sacó varias cosas que dejó en la parte alta.

Sabiendo a lo que se refería, miré hacia la cama y hacia una especie de sofá o más bien sillón porque era individual. Especie porque no lo era en sí. Por la comodidad sí, pero se diferenciaba por lo alto que era teniendo dos separadores que se ajustaban a las piernas una vez te tumbabas en él, dejándote abierta y expuesta, aparte de que era reclinable y manejable, pudiendo adaptarlo a la posición que se necesitara.

Decidida me dirigí hacia él, subiendo y quedándome sentada, por el momento. Cuando se volvió a mirarme vi la aprobación en sus ojos mientras cogía uno de los consoladores que había sacado. La primera vez que pisé el lugar me costó dejarme llevar porque oye, una era muy limpia y escrupulosa con sus cosas y cuando pusieron delante de mí todos los artilugios que utilizarían, me echó para atrás pensando en qué tipo de higiene tendrían.

Duda que me quedó resuelta por el propio Néstor en ese momento al ver la duda en mí, y por Amanda, la que se reunió conmigo una vez terminada la noche, como solía hacer con las nuevas incorporaciones para quedarse tranquila en la experiencia vivida. Todo lo que se utilizaba era para uso y disfrute de una sola vez, así me lo confirmaron los dos y Amanda amplió la explicación cuando vio mi expresión. Las palabras que me dijo, es que sante todo estaba la seguridad dentro de un ambiente en el que se podía descontrolar, a pesar de que para acceder solicitaba todo tipo de exámenes médicos. Por lo tanto, no escatimaba en que cada vez que alguien terminaba de jugar, el servicio de limpieza desechaba todo lo que había en las habitaciones y en las zonas comunes, haciéndola exhaustiva porque con todos los beneficios que tenía se lo podía permitir. Esas últimas palabras las dijo divertida.

Desde la primera vez que pisé el *Lust* había estado con Néstor, nos conocimos en la barra de la planta inferior y se acercó al verme inquieta después de bastante tiempo observándolo todo y sin decidirme a separarme de ella. Desde el primer instante consiguió tranquilizarme y hacer que poco a poco me relajara ante su presencia, lo que con el tiempo se había convertido en una especie de amistad una vez que traspasábamos las puertas del *Lust*.

Nunca había coincidido con él fuera de allí, sabía de su vida, los detalles que con el paso de los días había dejado salir, al igual que yo, sin entrar en muchos detalles por mi parte, pero lo básico sobre nosotros lo conocíamos y con eso teníamos suficiente creando un núcleo de confianza entre los dos.

Tengo que decir que no solo había estado con él las veces que iba, pero en todas esas situaciones, Néstor nunca había faltado y había estado muy presente, en cierta manera como una presencia protectora por mucho que jugáramos igualmente. Primaba el estar solos, pero de vez en cuando el grupo se ampliaba.

—¿Algo en especial que te apetezca? —preguntó parándose a unos pasos de mí, moviendo la cabeza indicándome con el gesto que me pusiera en posición.

—Para empezar, no tengo predilección por nada. —Me mordí el labio inferior mientras echaba la espalda hacia atrás, sin dejar de mirarlo.

—Entonces me encargo yo —dijo con voz ronca llegando hasta mí y frenando el movimiento de mis piernas para que no las pusiera donde tenían que ir, acariciándomelas mientras dejaba a un lado lo que había cogido.

A esas alturas me conocía muy bien a puerta cerrada, en lo que a sexo se refiere, aunque para sorpresa mía me leyó perfectamente desde el principio, lo que fue de agradecer porque todo se dio natural entre nosotros.

Subiendo las manos sin dejar de rozarme, las llevó hasta los pequeños trozos de tela que cubrían mis pechos y de un tirón los bajó, dejándolos expuestos. Inclinándose sobre mí, los cubrió con la boca y a pesar de la sensación que me produjo sentir sus labios succionándomelos mi mente se fue unos segundos hacia Hana, pensando en cómo le estaría yendo y si lo estaría disfrutando.

Un mordisco en un uno de los pezones me trajo de vuelta encontrándome con los ojos divertidos de Néstor a pocos centímetros de los míos.

—Te has ido y no de la forma que quiero y busco.

—Lo siento. —Hice una mueca removiéndome.

—No te lo tengo en cuenta porque entiendo por lo que es. —Apoyó las manos a los lados de mi cuerpo, adelantándose un poco, lo necesario para clavar su erección sobre mi clítoris.

—Muy considerado por tu parte —dije con un jadeo al sentir las sensaciones que me produjo que se refregara contra mí en ese punto.

—Contigo siempre, preciosa, —Curvó los labios buscando los míos, los que lo recibieron con un beso intenso, pero corto—. Estará bien, conozco perfectamente a Cameron y está avisado de que era la primera vez para ella. —Se separó con un guiño.

—Gracias —susurré embelesada en él y sobre todo confiando en sus palabras.

El calor de sus manos bajó hacia mi cadera, donde subió un poco la tela de la ropa minúscula que llevaba, dejando al aire su objetivo, que no era otro que dejarme expuesta. Introduciendo los dedos en las tiras del tanga lo bajó despacio mientras me separaba las piernas en el recorrido y dejaba caer la cabeza buscando con la boca mi clítoris

Eché la cabeza hacia atrás al sentir el contacto directo de su lengua, haciendo la primera pasada por él, deslizando y deshaciéndose de la ropa interior, la que desapareció y me olvidé de ella cuando sus labios y lengua recorrieron la zona sin dejarse ningún rincón por lamer, centrándose en las partes que me hicieron removerme cerrando los ojos ante la ansiedad que empecé a sentir conforme aceleraba los movimientos.

—Deliciosa —dijo al separarse, relamiéndose, lo que me puso más atacada de lo que estaba.

Acariciando mis muslos los levantó, abriéndome las piernas y colocándolas en los laterales, encajándolas en los salientes mientras me separaba las nalgas para que la apertura fuera máxima. Se separó unos pasos hacia atrás, observándome abierta para él con los ojos cubiertos de deseo, llevando una mano a su miembro, rodeándolo fuerte al igual que varios movimientos que hizo acariciándose.

La sensación era excitante, el que unos ojos ajenos vieran perfectamente y al detalle las partes íntimas, teniendo plena disposición para su disfrute. Cada vez más expectante lo vi lo caminar hacia el armario y coger otras cosas, con las que volvió a mi lado.

Con la mirada incendiada vertió lubricante en el consolador y colocó una de las cosas que había cogido, uniéndolo a él. Cuando lo tuvo montado la ansiedad se apoderó de mí al escuchar la vibración activarse. Con una sonrisa de medio lado lo apoyó entre mis piernas en el sillón, acercándose por el lateral hacia mí. Después de jugar con los dedos en los pezones, cuando estuvieron erectos, apresó el primero con una de las pinzas con las que había complementado el juguete, la que estaba unida por un cable fino al consolador. Lo mismo que hizo con el otro, provocando que retuviera la respiración al sentir la presión que ejercían y la vibración por la sensibilidad.

Despacio, acariciándome con una mano mientras la bajaba, hizo lo mismo con otra más pequeña sobre el clítoris, separándome los labios inferiores con los dedos para que tuviera el agarre necesario, no sin antes pasar la lengua otra vez por él. Con un jadeo fuerte cerré los ojos por la intensidad en todas las zonas. Mi cuerpo vibró al compás del consolador que todavía no me había rozado donde debía, removiéndome con necesidad. Aumentó la velocidad justo cuando lo cogió del hueco de mis piernas y lo pasó arrastrando el lubricante, el que se mezcló con mi excitación que en ese instante era máxima, hasta que lo dejó en la entrada de la vagina, tanteándola mientras lo movía sobre ella.

Varios jadeos intensos salieron de mis labios cuando lo introdujo poco a poco en mi interior, moviéndolo y poniéndome frenética al retroceder despacio sin dejarlo entrar del todo. Así continuó provocando que la zona me doliera ante la necesidad de sentir alivio. El aparato tenía dos salientes, el más pequeño que sobresalía curvado, más fino, lo posicionó para que hiciera presión con el único orificio que tenía libre. Notando todas las sensaciones

electrizantes. Empezando a sentirme llena, dejó las dos partes encajadas en mí, introduciendo la más larga y gorda por fin hasta el final. Me agarré a los laterales del sillón con fuerza, cerrando los ojos mientras jugaba con él y lo movía buscando en mi interior el punto que quería, con la parte que sobresalía hacia la trasera, vibrando en la entrada de mi trasero, estimulando el orificio.

Un calor intenso me recorrió, desesperada cuando frenó mis movimientos con las manos para inmovilizarme. Con todas las terminaciones nerviosas sensibles y al límite, no tardé en correrme en un orgasmo intenso que alargó al mantenerlo todo en su sitio, aumentando la velocidad de la vibración.

Deslizando una mano recorrió mi cuerpo, desde mi boca donde introdujo varios dedos que lamí desesperada, hasta llevarla en sentido descendente, rozándome la piel con ella y haciéndome sentir la humedad de su miembro restregarse contra mi piel. A pesar de haberme corrido, el dolor por la necesidad no frenó porque no aflojó la intensidad.

Mi cuerpo se contradecía en una batalla por vencerme desmadejada, pero sin poder hacerlo al no dejar que me recuperara. Con un movimiento rápido, sacó de la vagina el consolador, dejándolo encajado en la parte trasera, donde hizo presión para introducirlo un poco más.

Tan excitada estaba y tan húmeda tenía la zona junto a la lubricación del aparato, que se coló sin problema provocando que curvara la espalda al sentir al mismo tiempo como tiró de las pinzas que tenía en los pezones.

—Néstor. —Jadeé fuerte.

—Bienvenida de nuevo.

Pocas palabras, y tampoco es que las escuchara muy bien, perdida en el deseo cuando se puso sobre mí, lamiendo y apresando el clítoris, lo poco que sobresalía de la pinza que lo sujetaba mientras sus dedos, al mismo tiempo, ocupaban el lugar donde había estado el consolador, curvándolos hacia él internamente.

Desesperada al sentirlo, fue deslizando la parte trasera hasta que quedó encadada por completo en mí, sintiendo la presión en la zona y sus dedos, con su boca moviéndose sin descanso recorriéndome entera y embebiendo mis fluidos. Llena, esa vez sí, así me sentí explotando en otro orgasmo que me dejó desmadejada cuando perdí su contacto y alejó de golpe las pinzas de los pezones y los dedos de mi interior, dejándome vacía mientras su boca volvía a buscarme acogiendo los restos del orgasmo.

Inquieta por las zonas que todavía tenía cubiertas, en tensión y sin fuerzas, con los parpados pesados, miré hacia abajo encontrándome con sus ojos, los que me pedían más, lo que no tardó en suceder cuando se incorporó y cogió un preservativo, abriéndolo y colocándoselo sin dejar de observarme mientras reducía la velocidad de la vibración que todavía notaba en el clítoris y en la parte trasera, que era en las dos únicas zonas en las que seguía teniendo parte del consolador.

Me mordí el labio cuando pulsó varios botones y el sillón se movió, inclinándose y colocándolo en la posición

perfecta mientras tiraba de mis caderas hacia fuera, dejándome el trasero en el aire.

Con un quejido entre el dolor y el placer ante el roce de sus dedos en la punta del clítoris que sobresalía de la pinza, subió la velocidad de la vibración al mismo tiempo que entró en mí con un movimiento duro y fuerte, provocando que soltáramos un jadeo a la vez.

Loca me volví al sentir cómo empezó a entrar y salir sin descanso, girando en la parte trasera el consolador, haciéndome notar la piel tensa por la intrusión de los dos. Los jadeos nos envolvieron mezclándose con el sonido de la vibración y del choque de nuestros cuerpos. Poco tiempo pasó, ante la intensidad de la velocidad que aumentó, tanto del aparato como de él, en correrme con un gemido desesperado.

Sintiéndome libre, cuando lo retiró todo, cerré los ojos cogiendo aire para controlar la respiración. Curvé los labios al notar los brazos de Néstor cogerme, llevándome con él hasta la cama donde me dejó tumbada. El contacto de la toalla húmeda en mis partes íntimas provocó que se me erizara la piel por lo sensible que las tenía mientras él me lavaba.

Cuando se quedó satisfecho volvió a alejarse, lo que vi con los ojos entrecerrados y pesados, curvando más los labios cuando volvió caminando hacia mí con un bote en alto, haciéndome un guiño. Dejé salir el aire, en la gloria, cuando noté el aceite que se calentó al caer sobre mi piel, cubriéndomela toda con él.

El roce de sus manos, acariciándome mientras lo arrastraba con un masaje relajante y excitante, el que me dio despacio con todo tipo de atenciones por cada zona del cuerpo, sin dejarse ningún rincón por recorrer, me dejó fuera de juego por un instante, disfrutando de las sensaciones que me provocaba.

perfecta mientras tiraba de mis caderas hacia fuera, dejándome el trasero en el aire.

Con un quejido entre el dolor y el placer ante el roce de sus dedos en la punta del clítoris que sobresalía de la pinza, subió la velocidad de la vibración al mismo tiempo que entró en mí con un movimiento duro y fuerte, provocando que soltáramos un jadeo a la vez.

Loca me volví al sentir cómo empezó a entrar y salir sin descanso, girando en la parte trasera el consolador, haciéndome notar la piel tensa por la intrusión de los dos. Los jadeos nos envolvieron mezclándose con el sonido de la vibración y del choque de nuestros cuerpos. Poco tiempo pasó, ante la intensidad de la velocidad que aumentó, tanto del aparato como de él, en correrme con un gemido desesperado.

Sintiéndome libre, cuando lo retiró todo, cerré los ojos cogiendo aire para controlar la respiración. Curvé los labios al notar los brazos de Néstor cogerme, llevándome con él hasta la cama donde me dejó tumbada. El contacto de la toalla húmeda en mis partes íntimas provocó que se me erizara la piel por lo sensible que las tenía mientras él me lavaba.

Cuando se quedó satisfecho volvió a alejarse, lo que vi con los ojos entrecerrados y pesados, curvando más los labios cuando volvió caminando hacia mí con un bote en alto, haciéndome un guiño. Dejé salir el aire, en la gloria, cuando noté el aceite que se calentó al caer sobre mi piel, cubriéndomela toda con él.

El roce de sus manos, acariciándome mientras lo arrastraba con un masaje relajante y excitante, el que me dio despacio con todo tipo de atenciones por cada zona del cuerpo, sin dejarse ningún rincón por recorrer, me dejó fuera de juego por un instante, disfrutando de las sensaciones que me provocaba.

Capítulo 11



Kiran

—¿Qué les has dicho? —Giré la cabeza hacia Amanda cuando Nora y Hana se perdían bajando la escalera.

Justo en el mismo instante en el que las dos dieron la espalda a la sala, Amanda empezó a caminar hacia mí a la par que Nael, desde dos posiciones diferentes. No pude prestar atención a ninguno de ellos, concentrado en la imagen de las dos alejándose de allí.

Demasiado me había desconcertado la situación y el último choque de miradas entre Nora y yo, cuando se giró en las escaleras hacia mí, me había dejado un mal sabor de boca que estaba intentado digerir.

—¡Qué cojones…! —soltó Nael, lo primero que pronunciaba por la sorpresa que se había llevado.

—Otro igual. ¿Qué os pasa? Es muy normal. —Levantó una ceja ella, divertida, mirándonos con atención—. Me he presentado a la nueva y les he ofrecido si querían jugar con nosotros —se dirigió a mí respondiéndome, aguantando el reírse ante nuestros ojos abiertos al máximo.

—¿Qué has hecho qué? —Me levanté despacio, encontrando la coordinación que había perdido momentáneamente.

—¿Por qué tanta sorpresa? —Se cruzó de brazos—. Son dos chicas preciosas y merecía la pena el intento.

—¿No te había quedado clara mi reticencia? A pesar de que te lo he expresado. —Apreté la mandíbula.

—Por eso exactamente lo he hecho. —Curvó los labios.

—No me lo puedo creer. —Se frotó la cara varias veces Nael—. Esto es de locos. ¿A quién cojones te refieres como la nueva? —Reaccionó con la duda en la expresión.

Lo miré de reojo, sintiendo cómo se me removía todo por dentro a la espera de que Amanda contestara lo mismo que me había dicho a mí pocos minutos antes.

—La del pelo cobrizo —respondió ella—. Si las has visto a las dos no creo que tengas duda en ello. —Se encogió de hombros.

—Me cago…

—Pero ¿qué sucede? ¿No estáis vosotros aquí? ¿No habéis iniciado la noche en la que esperáis conseguir el objetivo de siempre? No entiendo por qué ellas no, y vosotros sí. —Arrugó el gesto—. Por lo que estáis dando a entender os conocéis, pero no tengo ni idea de la implicación de ellas en vuestras vidas. No creo que sea mucha porque nada os ha impedido que aparezcáis esta noche.

—No lo entenderías. —Apretó la mandíbula Nael.

—Demasiado lo hace. —Carraspeé empezando a moverme hacia las escaleras, pero me paré girándome hacia ellos—. ¿Con quién? —Dirigí la mirada intensa hacia Amanda.

—Néstor —dio la respuesta que necesitaba y maldije dándoles la espalda, siguiendo mi camino—. ¿Adónde vas? No vayas a hacer una tontería —me pidió con un tono de voz diferente.

¿Me importó? Lo mismo que a ella lo hizo, yendo por libre e ignorando mi petición de que no se acercara a ellas. Nael no tardó en estar a mi lado y lo miré de reojo. Negué con la cabeza al ver la decisión en su expresión, temiendo lo que podía salir de lo que nos íbamos a encontrar. Aceleré el paso para que no fueran muy por delante de nosotros y nos paramos antes de llegar al final de las escaleras, encontrándonos de frente con la escena que se me atravesó a pesar de que las chicas nos daban la espalda y no podíamos verles las caras, pero sí que escuchábamos lo que se decían entre ellos.

Ninguno se dio cuenta de que estábamos allí, ni siquiera Néstor que quedaba de frente, tan centrado que estaba, sobre todo en Nora. Apreté la mandíbula, que como siguiera el ritmo que llevaba, iba a salir de allí a penas sin dientes, por la fuerza que estaba haciendo.

Me tragué sin digerir todo lo que oí, lo que se me atravesó en el estómago aumentando mi nivel de cabreo. A esas alturas ya ni analizaba mi comportamiento, simplemente había optado por dejar a mis impulsos hablar por mí y dejarme llevar porque otra opción no era viable en la situación que nos habíamos encontrado.

—Tenemos que frenarlo —siseó Nael.

Volví a mirarlo de reojo, comprobando como hacia un recorrido por el cuerpo de Hana en el que poca carne quedaba tapada, dando una panorámica trasera perfecta, al igual que su amiga Nora. ¿Acaso iban diferentes al resto? Pues no, todas las mujeres allí vestían igual, quitando a las que directamente en la tercera planta se quedaban como habían venido al mundo, desnudas y preparadas por completo sin ningún impedimento ni adorno para entrar en acción y calentar más la situación.

Pero me tocó los cojones, y de qué manera, el verlas a las dos de esa forma. ¿A quién voy a engañar? Por mi parte era unilateral porque mi comportamiento solo era debido y dirigido hacia una de ellas, a la que solo conocía de unos encuentros breves en la fiesta que organizó Nael.

Atontado estaba por ello, lo que también retiré de mi mente importándome una mierda, solo queriendo llevar mi objetivo a su fin. Impedir que esa noche ellas pudieran disfrutar en la casa, por muy egoísta que sonara desde fuera, así era.

—Pues ya me dirás cómo, a no ser que nos las colguemos al hombro y las saquemos de aquí a la fuerza —susurré dejando que fuera evidente el cabreo.

Ni una cosa ni la otra, lo supe cuando captamos la atención de Nora que se giró unos segundos hacia donde estábamos. Supuse que no habíamos hablado tan flojo como pensábamos o queríamos, por ese motivo se dio cuenta y la sorpresa no tardó en aparecer en su cara otra vez.

Maldije ante sus reacciones rápidas, empujando a Hana hacia los brazos de Cameron, la que desapareció de nuestra vista con él más que satisfecho cerrando la puerta de la sala donde entraron, y con la propia Nora tirando deprisa de Néstor, directa hacia otra.

Bajé varios escalones, dispuesto a lanzarme hacia ella sin coherencia ni lógica, pero me frené cuando antes de cerrar la puerta, ella buscó mi mirada dejándome claro lo que iba a hacer y que ni se me ocurriera intervenir, así lo interpreté cuando cerró de golpe en toda mi cara desde la distancia.

—Joder tío. —Se pasó las manos por el pelo Nael.

—¿Por qué te preocupa tanto? —Me giré hacia él cogiendo aire, el que me había faltado ante la situación.

—¿Qué quieres decir? —Se centró en mí arrugando el gesto.

—Esto que voy a decir solo va en tu dirección, para que te des cuenta de cómo se ve desde fuera. Ni una palabra sobre mí —aclaré.

—No tienes tú guasa ni nada. —Soltó un bufido—. En mi dirección y no la tuya, tiene gracia la cosa.

—Es lo que hay. —Me encogí de hombros.

—Habla. —Carraspeó.

—¿Por qué tu reacción? Amanda ya lo ha dejado claro, es un lugar libre y al igual que nosotros estamos aquí…

—Ya —me cortó mirando fijamente hacia la puerta donde Hana había entrado.

—Que yo sepa es tu empleada. No has tenido contacto directo con ella porque nunca la has mencionado delante de mí. ¿Por qué te escuece tanto? Va a follar, eso tenlo claro y no una vez. —A pesar de la situación y de lo caldeado que me sentía porque en mi cabeza esa palabra, en ese instante, me estaba martirizando a mí, curvé los labios sin poder evitarlo al ver la reacción de su cuerpo por mi aclaración, la que él sabía perfectamente porque no iban a jugar a juegos de mesa ahí dentro.

—Ya era hora de que me enterara, joder. Estabais demasiado herméticos desde que han aparecido. —Nos sobresaltó la voz de Amanda unos escalones hacia arriba.

Apoyada en la barandilla nos miraba sonriente, dejándonos ver que ya había encauzado la única pieza que le faltaba para tener claro lo que estaba sucediendo.

—¿Tú no te habías quedado arriba? —pregunté levantando una ceja.

—¿Y perderme este espectáculo? —Rio sin que sonora muy exagerado para no cortar mucho el silencio que había —. Ha sido muy esclarecedor, chicos, tanto que ya sé a lo que atenerme cuando esas dos señoritas hagan acto de presencia.

—No puedes dejarlas entrar más —exigió con voz seca Nael, lo que provocó que tanto ella como yo nos centráramos en él.

—No puedo hacer eso, ni lo voy a llevar a cabo —negó sin perder la sonrisa, todo lo contrario, la amplió mientras bajaba todos los escalones, pasándonos de largo—. Si tanto te preocupa lo que va a pasar entre la cobriza y Cameron —se giró hacia nosotros— y a ti, entre la castaña y Néstor —me señaló—, haced algo para que solo vosotros entréis entre sus piernas. Conociéndoos tan bien como lo hago, no creo que tengáis ningún problema para ello. —Terminó cantarina.

—No sabes lo que dices, joder —soltó más cabreado Nael.

—El que no sabe cómo se está comportando eres tú. —Levantó una ceja ella—. Ahora mismo pareces un troglodita de las cavernas, solo te falta empezar a moverte como ellos —dijo con una risilla ganándose una mirada de él que la hubiera convertido en piedra en ese mismo instante si tuviera ese poder.

»Interesante, sumamente interesante está siendo esta noche. —Soltó una carcajada—. Vamos, si no tenéis intención de echar las puertas abajo o de llamar como dos caballeros para uniros a sus juegos… —Hizo una pausa — tengo otros sitios más interesantes donde llevaros para que perdáis esas caras de amargados que se os han quedado —nos pidió moviendo las manos para que la siguiéramos.

—Me estás cayendo muy mal ahora mismo, que lo sepas —dije al pasar por su lado, lo que provocó que volviera a reír.

Con un bufido me alejé de ella y no pude evitar pararme frente a la puerta en la que había entrado Nora, centrándome en escuchar si salía algún sonido hacia fuera. Con un suspiro de alivio al no reconocer nada, lo que fue mejor para no terminar por perder la jodida cabeza si llegaban hasta mis oídos sus jadeos, seguí avanzando seguido por Nael y Amanda.

En silencio, así recorrimos el pasillo hasta llegar otra vez a las escaleras para seguir descendiendo, con unas sensaciones, al menos por mi parte, que no encontraba la forma de dejarlas apartadas y me consumían mostrando hacia fuera la mala leche que se había apoderado de mí.

—Sois conscientes de que si queréis…

—Ni lo digas. —Apreté la mandíbula, cortándola.

—Estás loca —negó Nael pensando lo mismo que yo.

—Yo solo quería sugerir, por si se os había olvidado en este arranque de testosterona, que podéis observarlas si queréis. Recordad que todas las salas dan esa posibilidad para el disfrute de la vista, desde el lateral destinado a ello en las contiguas.

—Yo que tú no abría la boca más —siseé.

Solo nos faltaba eso, ser espectadores directos de lo que estaba sucediendo a puerta cerrada. Capaz y tirar el puñetero cristal de separación abajo ante la imagen que llegó a mi cabeza automáticamente, la que intenté borrar para no subir corriendo y hacer lo que había dicho Amanda, no mirar, sino llevarme la puerta por delante. Y no fu el único en pensar en lo mismo porque Nael la fulminó con los ojos apoyando mis últimas palabras sin necesidad de comentar nada al respecto.

Llegamos a la primera planta yendo directos hacia una puerta que nos llevó a otra zona común, pero más privada si no accedías a ella, donde la humedad y el olor característico de lo que había nos rodeó. Parado nada más cerrar detrás de nosotros, observé la piscina enorme, climatizada, que adornaba gran parte de la estancia. No era una piscina común como os la podéis imaginar para nadar, allí todo pasaba a otro nivel porque estaba destinado a lo mismo.

Tenía las mismas dimensiones, sí, hasta ahí bien, estando cubierta de agua en la medida justa que dejaba al descubierto los cuerpos, de la que salía vapor por el contraste de la temperatura. En el interior de ella había banco de obra en varias medidas y alturas, aparte de sujeciones alrededor de ellos para facilitar el balanceo y la estabilidad en las escenas que se estaban sucediendo en ese instante envolviéndolo todo de deseo, con el sonido d los jadeos y los cuerpos en movimiento.

Queriendo calmarme me desprendí del pantalón y de la ropa interior, quedándome completamente desnudo

mientras lo dejaba caer todo en un banco. Nael siguió el mismo camino tomando otra dirección, al igual que Amanda, la que se unió a una pareja que estaba empezando a jugar.

Solo, me metí dentro sin buscar todavía contacto con nadie. Después de rechazar varios acercamientos me dirigí hacia una zona que estaba más apartada, bajando el cuerpo para que el agua me cubriera. Cerré los ojos dejando que los sonidos que me rodeaban me envolvieran.

No sé el tiempo que pasó, ni intención tuve de comprobarlo. Lo único que me indicó que había pasado bastante fue que sentí en ciertas partes del cuerpo la rugosidad que provocaba el contacto con el agua. Con un suspiro abrí los ojos despacio, enfocándolos hacia arriba, pensativo.

Había intentado dejar la mente en blanco, consiguiéndolo en cierta manera, pero en ese instante todo llegó a mí a una velocidad que me hizo maldecir. No entendía una mierda. ¿Cuál era el motivo por el que había reaccionado así? ¿Por qué me había jodido tanto encontrarme con Nora en la casa? Joder, si no la conocía porque los pequeños acercamientos o más bien choques que se habían dado entre nosotros no podía tenerlos en cuenta como para decir que llegaba hasta ese punto.

Increíble que me hubiera puesto de la manera en la que lo había hecho. Impensable para mí la reacción de mi cuerpo ante ella. Me pasé las manos por el pelo varias veces, humedeciéndomelo al sentirme demasiado removido por dentro. Cuando los pensamientos me superaron solté un bufido y me incorporé para salir de la piscina.

Caminé hacia la ropa parándome a coger una toalla con la me sequé un poco y cuando llegué a ella la agarré cabreado, con la intención de alejarme de esa zona. Dirigí la mirada hacia el lateral derecho, donde varios columpios destinados al placer, como lo era todo allí, colgaban de las vigas. Hacia ellos fui quedándome cerca, necesitando desfogar la mala leche que había acumulado para intentar minimizarla con el sexo, ya que la relajación por libre había sido una mierda.

¿A qué estaba esperando? Fue la pregunta con la que conseguí activarme porque para estar allí sin hacer nada, mejor me iba para casa, lo que no entraba en mis planes y menos sin llegar saciado a ella como necesitaba.

Poco tiempo tardé en tener a una chica caminando sensual hacia mí, con la mirada decidida mientras las gotas de agua recorrían su cuerpo y sus ojos hacían lo mismo por el mío. Observé los columpios y la piscina, inclinándome para coger varios condones del bolsillo del pantalón, por primera vez desde que frecuentaba el lugar dudoso en qué utilizar y hacia dónde dirigirme.

Mandaba narices que todo me había afectado hasta ese punto, cuando otro día cualquiera hubiera empezado por el columpio y después seguido dentro de la piscina. Pues no, hasta con eso estuve indeciso y terminé agarrando a la chica de una mano para llevarla de vuelta al agua de donde acababa de salir al igual que yo.

Entré junto a ella, llevándola hacia el mismo rincón en el que había estado intentando relajarme y seguía vacío, quedando apartados a cierta distancia del resto.

—Súbete —pedí con voz ronca refiriéndome al banco de obra que había quedado a su lado mientras me agarraba el miembro que ya empezaba a estar como necesitaba, acariciándomelo despacio ante su atenta mirada.

Dejé los condones encima en la repisa que tenía a pocos centímetros viendo como lo hacía con los ojos cubiertos de deseo, apoyando las rodillas en las almohadillas destinadas a ello. Su culo quedó frente a mis ojos y me agaché para coger las sujeciones, rodeándole cada pierna con ellas, dejándoselas abiertas y ancladas, sin poderlas mover del banco al tirar de una cuerda.

Curvó el cuerpo hacia arriba cuando con las manos dejé caer el agua caliente sobre su espalda, acariciándola cuando las tuve vacías hasta llegar al glúteo, el que masajeé y apreté, separándole las nalgas para tener mejor visión de lo que me ofrecía. Un jadeo salió de sus labios cuando arrastré los dedos por su sexo, tanteando la entrada que estaba abierta, mojada de fluidos y dispuesta por completo, acariciándola y acercándola al orgasmo, pero sin llegar a dárselo.

Me agaché para coger una mini manguera que salía del banco de obra y la enfoqué directamente sobre su clítoris, provocando que se removiera con necesidad, inclinando el cuerpo hacia atrás pidiendo más. Y se lo di, no pude esperar. Colocando la manguera para que siguiera enfocándole hacia ese punto, la dejé fija en la varilla para ello para tener las manos libres, cogiendo un preservativo rápido.

Una vez me lo coloqué la agarré de las caderas y entré en ella de una embestida, con la mandíbula apretada y los ojos cerrados por la imagen que llegó a mi cabeza. La sacudí hacia los lados queriendo borrarla porque en ella no me iba a follar a esa chica, no, en esa imagen yo acababa de entrar dentro del sexo de Nora, lo que me giró la puñetera cabeza y me volvió loco, empezando un baile que llevé al límite de todo, en fuerza y velocidad.

El primer orgasmo le llegó a ella, pero no bajé la intensidad con la mente nublada por el deseo mientras la chica hacía esfuerzos para mantenerse en la posición. Poco tardó en volver a buscarme al apresarle el clítoris entre los dedos acompañando al chorro de agua. Entre jadeos y la respiración sofocada, gritó un segundo orgasmo que la dejó vencida. A punto de irme, a punto de explotar y dejar salir el mío, los ojos se me fueron hacia el lateral al sentir una presencia.

Giré la cabeza hacia esa dirección, encontrándome, sorprendido, a Nora mirándome fijamente mientras mi miembro entraba y salía con fuerza. Entrecerré los ojos pasados unos segundos y me obligué a no correrme todavía sintiendo la tensión de mi cuerpo al límite.

Estática me observó con una expresión que en ese instante no pude analizar por todas las sensaciones que me recorrían. Con rabia, aceleré los movimientos agarrando del pelo a la chica, haciendo solo un poco de presión hacia arriba, gesto que aprovechó una tercera persona.

Un hombre se puso delante de ella y pidiéndole permiso sin hablar, introdujo su miembro dentro de su boca mientras yo la llenaba desde atrás. La escena no me superó, no, nada tuvo que ver en cómo la chica se lo comía desesperada, lamiendo y acogiéndolo mientras yo entraba sin descanso dentro de ella y llevaba una mano a su clítoris provocando que se volviera loca en los movimientos. Lo que lo hizo fue la mirada intensa de Nora, la que

apenas parpadeó y de la que yo no pude apartar los ojos mientras mi cuerpo buscaba aliviarse, frenético.

A pesar de la necesidad que me atravesaba, alargué el momento hasta que el hombre que tenía el miembro en la boca de la chica y la sujetaba por la cabeza acelerando sus movimientos como necesitaba, se corrió en su interior. Ahí apreté la mandíbula y me dejé llevar con intensidad por todo el tiempo que había retrasado el orgasmo.

Durante el tiempo que había durado, los jadeos y los lamentos nos habían rodeado, mezclándose con los del resto. Con la respiración sofocada salí perdiendo el contacto con la chica, que al no tener ningún punto de apoyo cayó hacia abajo, desmadejada.

Con un movimiento rápido la ayudé a incorporarse, sujetándola del cuerpo mientras el otro hombre me ayudaba a quitarle las sujeciones de las piernas. Cada uno en una, la liberamos. La coloqué sentada en el banco de obra y me centré en ella por unos segundos para asegurarme de que estaba bien. No era la primera vez que, debido al calor del agua y el vapor, mezclado con la intensidad de los momentos, alguien se desvanecía y teníamos que intervenir para que volviera en sí.

Me quedé conforme cuando con los ojos entrecerrados se relamió los labios y los curvó, en una especie de agradecimiento. Asentí sin mostrar nada en mi rostro porque me sentía superado a pesar de haberme corrido y dirigí la mirada hacia el hombre que se había unido a nosotros, pidiéndole en silencio que se encargara de ella y la sacara de allí.

Asintió conforme y la cogió en brazos por las pocas fuerzas que seguía teniendo ella. Los seguí hasta que salieron y giré la cabeza despacio, muy lentamente, hacia el cuerpo desnudo de Nora, la que seguía sin moverse. La recorrí entera, parándome más de la cuenta en sus pechos y pezones erectos, bajando hasta su zona íntima en la que me recreé al verla a tan corta distancia.

Busqué sus ojos al ver que seguía sin reaccionar y por un instante me preocupé. Acercándome al poyete me impulsé y salí, poniéndome enfrente de ella.

—¿Estás bien? —pregunté queriendo y necesitando escuchar una respuesta afirmativa.

Después de unos segundos y de varios parpadeos asintió despacio, lo que me tranquilizó. El mismo gesto le devolví sintiéndome sobrepasado por la situación. Sus ojos se movieron, dirigiéndose hacia abajo. Siguió el movimiento de mi mano quitándome el preservativo, del que mi miembro saltó libre y todavía erecto.

A pesar de la intensidad del orgasmo que había tenido, poco había disminuido.

—No sé qué te sorprende tanto —corté el silencio, con un tono que dejó clara la guasa con la que lo decía—. Aquí tienes que estar más que acostumbrada a verlos. —Me referí a mi miembro, del que no había apartado la atención.

Como si mis palabras sirvieran para activarla, levantó la cabeza de golpe, frunciendo el gesto.

—Exacto, no tienes nada especial que no haya visto ni disfrutado. —Curvó los labios y apreté la mandíbula.

No por el significado del inicio de su frase, la que me pasaba por los cojones porque poco me importaba a lo que hacía referencia, mi reacción tuvo que ver con la última palabra que había dicho, provocando que la tensión en mí se acrecentara.

Di varios pasos hacia delante, poco a poco, provocando que ella los diera hacia atrás evitando mi acercamiento. L agarré de la muñeca y la acerqué de golpe hacia mí, provocando que nuestros cuerpos chocaran y se quedaran unidos piel contra piel. Curvé los labios al ver la sorpresa en su cara y me clavé en su abdomen para que fuera muy consciente de cómo seguía estando.

—No tienes las agallas para disfrutar de este. —La rodeé con un brazo, pegándola más a mí—. ¿O me equivoco?

¿Qué cojones estás haciendo? Esa pregunta retumbó en mi mente, la que aparté respondiéndome a mí mismo que exactamente lo que necesitaba para cortar por lo sano lo que me estaba sucediendo con esa chica. Estaba seguro de que una vez que estuviera en la intimidad con ella se me quitarían todas las tonterías después de probarla en todos los sentidos.

—Suéltame —siseó removiéndose nerviosa, por lo que mi miembro palpitó clavado en ella y me excité más. Al notarlo paró los movimientos.

—Respóndeme y lo haré. Queda mucha noche para disfrutar como dices, y si no es contigo, será con varias más.

Noté un movimiento a un lado y ladeé la cabeza en esa dirección, encontrándome con la presencia de Néstor, el que tenía una ceja levantada observándonos. Negué casi imperceptiblemente, dándole a entender que no se acercara, lo que supo interpretar y retrocedió varios pasos alejándose de nosotros.

Éramos bien conocidos, hasta el punto de hacerlo fuera de la casa. Por ese motivo me había jodido tanto que Nora estuviera con él. No porque tuviera algo en contra de Néstor, pero sí que me tocó la fibra sensible el conocerlo fuera de allí y saber parte de su vida.

—Exacto, no tienes nada especial que no haya visto ni disfrutado. —Curvó los labios y apreté la mandíbula.

No por el significado del inicio de su frase, la que me pasaba por los cojones porque poco me importaba a lo que hacía referencia, mi reacción tuvo que ver con la última palabra que había dicho, provocando que la tensión en mí se acrecentara.

Di varios pasos hacia delante, poco a poco, provocando que ella los diera hacia atrás evitando mi acercamiento. La agarré de la muñeca y la acerqué de golpe hacia mí, provocando que nuestros cuerpos chocaran y se quedaran unidos piel contra piel. Curvé los labios al ver la sorpresa en su cara y me clavé en su abdomen para que fuera muy consciente de cómo seguía estando.

—No tienes las agallas para disfrutar de este. —La rodeé con un brazo, pegándola más a mí—. ¿O me equivoco?

¿Qué cojones estás haciendo? Esa pregunta retumbó en mi mente, la que aparté respondiéndome a mí mismo que exactamente lo que necesitaba para cortar por lo sano lo que me estaba sucediendo con esa chica. Estaba seguro de que una vez que estuviera en la intimidad con ella se me quitarían todas las tonterías después de probarla en todos los sentidos.

—Suéltame —siseó removiéndose nerviosa, por lo que mi miembro palpitó clavado en ella y me excité más. Al notarlo paró los movimientos.

—Respóndeme y lo haré. Queda mucha noche para disfrutar como dices, y si no es contigo, será con varias más.

Noté un movimiento a un lado y ladeé la cabeza en esa dirección, encontrándome con la presencia de Néstor, el que tenía una ceja levantada observándonos. Negué casi imperceptiblemente, dándole a entender que no se acercara, lo que supo interpretar y retrocedió varios pasos alejándose de nosotros.

Éramos bien conocidos, hasta el punto de hacerlo fuera de la casa. Por ese motivo me había jodido tanto que Nora estuviera con él. No porque tuviera algo en contra de Néstor, pero sí que me tocó la fibra sensible el conocerlo fuera de allí y saber parte de su vida.

Capítulo 12



Nora

Oh, joder, piensa, me dije sin tener todavía mis facultades normales a disposición para actuar. Lo que había estado evitando yo misma lo había terminado de buscar cuando me había quedado en *shock* al encontrarme con ese hombre en plena acción dentro de la piscina.

Ni cuenta me di cuando entré adelantándome a que Néstor que se paró a hablar con una mujer fuera. Caminé tranquila hacia un banco y me desprendí de la ropa, buscando un lugar donde ponernos para relajarnos. Después de los primeros orgasmos y del masaje relajante que terminó con otro por mi parte cuando Néstor me masturbó con la boca, las manos y otras partes de su cuerpo, habíamos reposado un poco hasta recuperarnos.

Habían sido varias las sesiones y orgasmos intensos que habíamos disfrutado después de eso y ante el agotamiento del último, con el que caí en la cama desplomada, optamos por acercarnos a la piscina para pasar los últimos momentos sin más intención que disfrutar del agua, al menos en lo que a mí se refiere porque solo quedaba una hora para que fueran las cuatro y tenía que encontrarme con Hana.

Sorprendida me había quedado y embobada, todo hay que decirlo. Totalmente aturdida e inmóvil, mi cuerpo había dejado de funcionar como debía mientras las neuronas se me fundían ante lo que veía. Y para colmo de males, había sido desde tan cerca que todas las sensaciones del acto me habían traspasado, erizándome el vello sin poder apartar la vista, siendo espectadora directa del sexo que ese hombre había tenido junto a los otros dos.

Embelesada había observado su cuerpo en tensión, cada fibra de él en movimiento de una manera que… parpadeé varias veces, centrándome y apartando mis pensamientos.

—No me interesa —respondí por fin, apoyando las palmas de las manos sobre su pecho.

Ante el contacto, bajé la mirada hacia ellas. Su piel estaba mojada contraponiendo a la sensación de calor que transmitía y sin darme cuenta las moví un poco, recreándome en la sensación de acariciar su pecho, el que se me antojó de una manera que me sorprendió dejándome aún más descolocada.

—Puedes decirlo mil veces si quieres —susurró inclinándose hacia mí y levanté la cabeza de golpe,

encontrándome a pocos centímetros de su cara—, pero todo en ti contradice lo que sale de tu boca.

Contuve la respiración cuando llevó la mano libre detrás de mi nuca, posándola en ella con fuerza acercándome más a él. El roce de su cuerpo no me dejaba actuar como era habitual en mí, sobre todo cierta parte baja, la que tenía muy presente al estar apoyada, caliente y dura, sobre mi piel.

—No creo que sea la primera vez que pruebas con alguien más que no sea con el que te he visto. —Apretó la mandíbula—. Voy a volver a preguntártelo y créeme que no doy segundas oportunidades… piensa bien la respuesta porque si das la misma, no habrá otra oportunidad.

—No quiero escucharla. —Fruncí el gesto intentando apartarlo, que era el motivo por el que había puesto encima suyo las manos, pero al hacerlo se me había olvidado el motivo por el que lo había hecho.

—Tú te lo pierdes. —Curvó los labios soltándome de golpe y dando varios pasos hacia atrás.

Frío, eso fue lo que sentí al perder su contacto, pero no un frío corporal por su alejamiento. El escalofrío que me recorrió nada tuvo que ver con ello, sino con algo interno que me sobresaltó más, provocando que dudara en si había obrado bien o no.

Fui consciente en ese instante de que no podía engañarme a mí misma porque en realidad deseaba lo que había propuesto. ¿Cómo no iba a hacerlo? El hombre que tenía delante era digno de ver y te giraba la cabeza. Atractivo al máximo y con todas las características que os podáis imaginar para caer en la tentación que suponía.

Pero ya era demasiado tarde para recular, mis palabras habían tenido el efecto que había buscado al pronunciarlas, todavía desconcertada con la situación. Al igual que él, retrocedí varios pasos, haciendo más grande nuestra distancia.

Ninguno de los dos dijo nada más, lo único que hicimos fue observarnos, a conciencia. Me recreé en cada parte de él, lo mismo que recibí. No tardó en girarse y en mi mente quedó grabada su imagen trasera, viendo toda su musculatura moverse conforme caminaba hacia el fondo de la sala. Sin poder apartar la vista de su cuerpo lo vi llegar a un banco de donde cogió la ropa y se dirigió hacia la puerta de salida.

Con el pomo en la mano, se paró y giró en mi dirección. Sus ojos me atravesaron con intensidad, motivo por el que otro escalofrío me recorrió. No me inmuté, me mantuve serena y observándolo para no mostrar la manera en la que me afectaba e intimidaba.

La última expresión de su cara mostró una ceja levantada, hasta que abrió de golpe y desapareció. Cuando la puerta se cerró detrás de él, solté el aire que había estado conteniendo y me maldije sin saber el motivo en ese instante. Ello fue provocado por la sensación de vacío que se me quedó, sin llegar a entender que me pasaba cada vez que ese hombre aparecía.

Por Dios que apenas lo conocía, ni eso, porque todavía no sabía ni su nombre, cuando él el mío sí. Moviendo la cabeza despacio di varios pasos hacia atrás, hacia la pared donde había un banco y me dejé caer en él por el temblor que sentía.

Después de tomarme unos segundos para recuperarme me centré en la piscina, dejando vagar la mirada por ella. En ese instante agradecí que Hana no estuviera conmigo, cuando encontré en ella a Nael en plena faena, ajeno a lo que lo rodeaba mientras practicaba sexo con una mujer. Sacudí la cabeza para intentar dejar de pensar y desvié los ojos para que esa imagen no se me quedara grababa en la memoria porque si no cada vez que Hana me hablara de él…

Con un suspiro me incorporé para salir de allí. Las ganas de relajarme se me habían quitado y preferí ir hacia el vestuario para ver si Hana estaba en él. Si no era el caso, me daría otra ducha porque la primera me la había dado en la sala donde había estado con Néstor y bajaría a la planta inferior, la principal, para tomarme algo mientras ella aparecía.

Cuando empecé a andar me paré al darme cuenta de la presencia de una persona que me observaba. Amanda tenía los brazos apoyados en el poyete, con la barbilla encima de ellos y los labios curvados en mi dirección. Me pregunté cuánto tiempo llevaría ahí, ni cuenta me había dado por todo lo que había sucedido. Pero por lo visto, por su expresión y diversión, me dio a entender que había sido testigo de todo.

Con un gesto de la cabeza como despedida pasé por su lado, el que me devolvió.

—Pasad por mi despacho antes de iros —me recordó cuando me estaba alejando—. En diez minutos estoy fuera de aquí.

—Vale. —Medio giré hacia ella y asintió conforme sin perder la sonrisa.

Con todo dicho fui hacia mi ropa y me la coloqué antes de salir de la sala. Cuando lo hice me dirigí en esa misma planta hacia el vestuario, en el que entré y tres mujeres me saludaron, amables, saludo que les devolví comprobando que no había rastro de mi amiga.

Tomándome mi tiempo saqué todas mis pertenecías de la taquilla y me metí en la ducha, cogiendo a mi paso una de las toallas que estaban distribuidas por el vestuario para quien las necesitara. Al igual que ese servicio, en cada ducha había lo necesario para salir impoluta de la casa después de las sesiones que vivieras, como en las salas individuales.

Cerré los ojos cuando el agua caliente cayó por mi cabeza, apoyando la espalda en las baldosas. Me sentía intranquila y cuando los abrí, los agrandé al ser consciente de que mi zona íntima estaba dolorida, pero no por todo el sexo que había tenido, no, sino pidiéndome algo con cierto hombre que me dejó fuera de juego.

—¿Ya te vas? —Escuché la voz de Néstor cuando cerré la puerta del vestuario.

Me giré hacia él, sonriendo. Apoyado en la pared me observaba de la misma manera.

—Sí, he quedado con Hana a las cuatro —asentí.

—Me ha encantado disfrutar esta noche contigo. —Se impulsó separándose—. Que no pase tanto tiempo para la próxima vez. —Me acarició la mejilla.

—A ver cómo se da el día a día —susurré.

—¿De qué conoces a Kiran?

—¿A quién? —Fruncí el gesto sin caer en ese instante a quien se refería.

—¿No sabes su nombre? —preguntó divertido— El hombre con el que te he encontrado en la piscina.

—Kiran —repetí al saber por fin cómo se llamaba.

—Eso mismo. —Curvó los labios—. Pensé que por vuestro acercamiento…

—No pienses tanto —negué varias veces.

—Vale, ¿tema tabú? —Ladeó la cabeza.

—Por completo —susurré—. Bajo ya. —Miré la hora en el móvil que llevaba en la mano, comprobando que eran las tres y media—. ¿Sabes algo de Cameron?

—Sí —asintió—, no tardará en dejar sana y salva a tu amiga en la puerta del vestuario. Quédate tranquila, ya te he avisado de ello. Ella solo lo va a alabar —dijo con un guiño.

Asentí sonriendo y más tranquila por ello, aunque estaba por ver si era del todo cierto como me estaba dando a entender. Solo necesitaría unos segundos, los que me llevaría ver de primeras a Hana para coincidir con su versión o no.

—Que tu amigo se proteja sus partes íntimas hasta que yo dé el visto bueno sobre ello —solté en tono de humor, pero con mucha verdad, lo que provocó que Néstor soltara una carcajada.

Me acerqué a él para darle dos besos de despedida hasta la próxima vez que no sabía cuándo se daría y me alejé dándole la espalda directa hacia las escaleras. Viendo que Hana tampoco estaba en la barra, me acerqué hasta ella y me senté en un taburete, llamando la atención del camarero que no tardó en ponerse frente a mí.

—Kiran —susurré sin darme cuenta cuando tuve el vaso delante, removiendo el hielo, pensativa—. Oh, por favor —Me llevé las manos a la cara, tapándomela.

El motivo de esa reacción no fue otro que a mi mente llegó su imagen, desnuda, perfectamente clara. Veinte minutos después, mientras sentada le daba la espalda a la barra porque estaba observando hacia las escaleras, curvé los labios al ver aparecer a Hana.

Pues sí, me dije satisfecha, mejor no había podido irle por lo que mostró su expresión. Intenté no reír al verla acercarse los últimos metros saltarina sobre los tacones.

—No hace falta que te pregunte. —Solté una carcajada cuando se colgó de mi cuello, provocando que se uniera a mí riendo.

—Oh, nena, es que no sé ni cómo calificarlo. —Se abanicó con las manos—. Ha sido… —Bufó sin terminar.

—No me hacen falta los detalles —ladeé la cabeza—, me hago una idea.

—Joder, he vivido en la ignorancia hasta ahora. No sabía que había tantas posibilidades para disfrutar, solo me ha faltado hacer el pinto puente y gracias a Dios que no me lo ha pedido porque hubiera tenido que recoger del suelo mis pedazos, que una es flexible hasta cierto punto.

Solté otra carcajada viéndola beber un buen trago de mi refresco.

—¿Quieres uno o nos vamos?

—Mejor nos vamos, estoy destrozadita. —Hizo un puchero y más me reí.

—Antes vamos al despacho de Amanda. La he vuelto a ver y me ha recordado lo tu pase. —Me levanté.

—Oh, ya te digo que lo quiero. ¡Qué pícara! Cómo sabía ella que mi opinión cambiaría al final de la noche. —Reímos—. Aunque no pienso venir sola.

—Quién sabe, lo mismo cuando yo no pueda o no me apetezca…

—Ah, no. Aunque no estés a mi lado necesito saber que estás bajo este mismo techo. Confío en que, si grito y no precisamente de placer, tirarás la puerta abajo siendo mi heroína. Que nunca se sabe —dijo seria.

—Eres consciente de que lo haré si eso sucede. —Solté una carcajada.

—Pues por eso. —Se colgó de mi brazo, caminando ligera, por lo que no pude parar de reír.

. Frente a la puerta, donde yo estuve la primera vez que accedí a la casa, di unos golpes con los nudillos para hacernos notar.

—Adelante. —Escuchamos su voz—. ¿Qué tal? —Se apartó del teclado y recostó la espalda en la silla, sonriente, pasando la mirada de una a otra.

—Solo te digo que quiero mi pase —le contestó Hana rápido, provocando que nos riéramos.

—No lo dudaba —confirmó haciéndole un guiño cuando se tranquilizó—. Aquí tienes, todo tuyo. —Lo sacó de un cajón y lo arrastró por la mesa.

Nos acercamos, quedándonos en el centro del despacho, al menos yo porque Hana continuó hasta llegar frente a ella y cogió lo que le ofrecía, guardándoselo.

—Me complace veros así —asintió—. Espero veros pronto.

—Como siempre, mejor no ha podido ir —confirmé agradecida—. No te molestamos más, hasta la próxima vez. Gracias por todo, Amanda —comenté y después de verla corresponder a mis palabras con un gesto, sin perder la sonrisa y de que Hana también comentara algo parecido a lo que yo había dicho, nos giramos para salir.

—Nora. —Me llamó, sorprendiéndome—. Memorizo todos los nombres —aclaró con un guiño cuando me volví a mirarla—. ¿Puedes quedarte un momento? Quiero comentarte una cosita.

Me puse en tensión al instante porque después de todo lo que había sucedido estando ella presente no pude evitar pensar en qué sería esa «cosita» que quería decirme solo a mí.

—Hana, ¿nos dejas unos minutos solas? —Se dirigió a ella al ver que no se movía.

Mi amiga me miró, pero sin tener la misma sensación que yo porque no tenía ni idea por dónde iba el asunto. Asentí para que lo hiciera y sonreí cuando me dijo que se quedaba apoyada en la puerta. Conociéndola, no tenía ninguna duda de que lo haría con la oreja bien pegada.

—Tú dirás. —Me acerqué un poco cuando cerró, sin llegar a hacerlo del todo.

—Me he preguntado varias veces —se levantó despacio, haciendo una pausa hasta que se puso delante de la mesa y se apoyó, dejándose caer—, el motivo de ciertas reacciones de las que he sido testigo directa.

—No sé a qué te refieres —respondí mostrando tranquilidad hacia fuera, mientras por dentro me empezaba a cagar en todo porque no quería recordar nada ni que indagara en lo que había presenciado—. Lamento haber rechazo tu propuesta al principio, pero ya tenía comprometida la noche.

—Por eso no hay problema —negó sonriendo—. Cada uno es libre de elegir lo que le apetece y con quién. —Acompañó a sus palabras con un guiño—. Sabes perfectamente a lo que me he referido.

—Lo sé, sí, como también tú has deducido por mi respuesta que no quiero hablar de ello. —Levanté una ceja, provocando que soltara una carcajada.

Mira qué bien, me dije, más diversión no podía tener. Pues yo ya me sentía revolucionada por dentro, pero intentando calmarme porque no tenía que pagar mi mala leche contra ella.

—Es evidente. —Se separó de la mesa—. No sé qué te une a Kiran —continuó y tragué saliva, por lo que curvó los labios al ver perfectamente mi reacción al escuchar únicamente su nombre—. Si me permites un consejo… —Se puso delante de mí.

Al no responderle continuó entendiendo que tenía vía libre para darlo, otra cosa, lo que le dejó claro mi expresión, es que lo fuera a tener en cuenta dado a lo que se iba a referir.

—Como ya he dicho, no sé lo que te une a Kiran —puso una mano en mi brazo descubierto, acariciándomelo. Llevé los ojos hacia ese gesto, hasta que me centré en ella otra vez—, pero ninguno de los dos os estáis dando cuenta de lo que está sucediendo.

—Como ya he dicho no sé a qué te refieres. —Seguí en mis trece sin dar el brazo a torcer.

Cabezota que era una para según qué cosas. Con esa condición había nacido y con ella llegaría hasta el final de mis días.

—Que lo niegues no significa que no seas consciente de ello —sonrió pícara al ver mi reacción—. Ha quedado claro el volcán que sois juntos, una pena que no hayáis entrado en erupción. —Puso un dedo sobre mis labios para evitar que hablara, dejándome con ellos abiertos—. Has perdido una oportunidad grandiosa, créeme. Dentro de poco desaparecerá durante una buena temporada y no volverás a verlo por aquí.

—¿Por qué? —Dejé salir las palabras de mis labios sin darme cuenta a tiempo de que lo estaba verbalizando, reprendiéndome cuando fui consciente del interés que había mostrado.

—Busca la respuesta donde debes. —Se separó despacio, sonriendo—. No me pertenece a mí dártela.

—No quería hacer la pregunta, yo… —Me froté la frente, nerviosa.

—Y tanto que la querías hacer, por una vez no te has contralado. —Rio—. Déjame decirte que no olvidarás esta noche por mucho empeño que pongas en ello, y no me refiero al maratón de sexo que has tenido con Néstor. —Me dio la espalda caminando hacia la silla, ocupándola—. Recuerda bien estas palabras…

—¿Cuáles de todas? —Tragué saliva.

—Lo harás con todas, pero sobre todo con estas… la próxima vez que vuestros caminos se crucen, la próxima vez que delante de ti aparezca otra posibilidad… no dudes en hacer todo lo posible para llevar a cabo lo que realmente deseas y te has negado hasta la saciedad hoy. —Repiqueteó la mesa con los dedos—. Elige bien.

Sentí una sensación que me dejó descolocada y pensativa, concentrada en observarla. No supe el motivo por el que fue, pero a mi mente llegó automáticamente el recuerdo de la mujer que me leyó el futuro en el viaje que hice con Hana y que me puso la carta encima de la mano, la misma que se perdió de nuestra vista de una forma que me dejó de la misma manera en la que me quedé en ese instante.

—Buenas noches o buenos días, Amanda. —Fue lo único que pude pronunciar, sin apartar la vista de ella.

, —Igualmente, Nora —asintió sin perder la sonrisa—. Nos veremos por aquí.

Sin más qué decir me giré hacia la puerta y salí, encontrándome con Hana separándose unos pasos. Moví la cabeza, sonriendo al no haberme equivocado porque había estado intentando escuchar nuestra conversación y por la pregunta que me hizo no se había enterado de nada.

—¿Qué te ha dicho? —Quiso saber en cuanto empecé a caminar hacia la sala principal, para salir de allí.

—Lo de siempre. —Carraspeé—. Quería saber qué tal había ido la noche, si todo había sido de mi agrado… esas cositas y otras más que ya te contaré. —La miré de reojo y supe que no insistiría al estar observándome con atención.

—Ah, cuando tú quieras. —Reaccionó pensativa y sonreí agradecida, esa vez colgándome yo de su brazo.

ı

No es que le ocultara nada, pero en ese instante todavía tenía que gestionar y digerirlo todo, porque me pesaba más de una cosa. En silencio salimos de allí, directas en busca del taxi que ya tenía que estar esperándonos por la zona donde nos habían dejado. Durante el tiempo que estuve esperando a Hana en la barra había llamado para reservarlo.

Después de hacer una primera parada en casa de Hana, ya que su piso era el que quedaba más cerca, la que se adormeció en el trayecto y se despidió de mí medio sonámbula, el taxista continuó la ruta hasta llegar al mío. Nada más entrar fui hacia la habitación y en ella, me quedé observando el cajón de la cómoda donde había guardado la carta de la misteriosa mujer del viaje.

Sacudí la cabeza y me quité la ropa, poniéndome el pijama para descansar. Una parada en el baño, otra mirada de reojo hacia la cómoda y me metí en la cama apagando la luz sintiéndome agotada por todas las experiencias que había tenido.

—Mierda. —Me tapé la cara con el brazo porque hasta que no hiciera lo que tenía en la cabeza…

De mala leche retiré lo que me cubría y me levanté encendido la lámpara que tenía en la mesita de noche. Caminé hacia la cómoda y abrí el cajón que necesitaba. Aparté las camisetas y la carta apareció en el fondo, tal y como la había dejado nada más volver del viaje.

La cogí con cuidado, como temiendo su contacto. Con un suspiro la levanté observándola por las dos caras, como si al verla más de cerca y con atención fuera a decirme algo. Así estuve un rato, embelesada y concentrada en ella hasta que puse los ojos en blanco y la volví a dejar en el mismo sitio, cerrando rápido el cajón.

Me tomé unos segundos sin separarme con unas sensaciones que me alteraron, sin entender el motivo del porqué tenía esas reacciones.

—Joder, qué de tonterías estoy pensando esta noche —me lamenté yendo hacia la cama, de donde no tendría que haber salido.

Me giré dándole la espalda a la cómoda, cerrando los ojos con fuerza, queriendo dormirme para desprenderme de mis pensamientos. ¿Lo conseguí? Pues no, había sido una noche en la que había tenido de todo y era complicado dejarla atrás.

Sin poderlo evitar traje de vuelta a mi memoria varias escenas y, sobre todo, la última conversación con Amanda. Con todo ello en la cabeza, removida interiormente y atormentándome, el tiempo pasó hasta que, por el agotamiento, al final, me dejé atrapar por el sueño. Un sueño que fue muy húmedo, picante y caliente en el que hubo dos protagonistas. Una fui yo, el otro del género masculino ya sabéis la respuesta.

—Mierda. —Me tapé la cara con el brazo porque hasta que no hiciera lo que tenía en la cabeza…

De mala leche retiré lo que me cubría y me levanté encendido la lámpara que tenía en la mesita de noche. Caminé hacia la cómoda y abrí el cajón que necesitaba. Aparté las camisetas y la carta apareció en el fondo, tal y como la había dejado nada más volver del viaje.

La cogí con cuidado, como temiendo su contacto. Con un suspiro la levanté observándola por las dos caras, como si al verla más de cerca y con atención fuera a decirme algo. Así estuve un rato, embelesada y concentrada en ella, hasta que puse los ojos en blanco y la volví a dejar en el mismo sitio, cerrando rápido el cajón.

Me tomé unos segundos sin separarme con unas sensaciones que me alteraron, sin entender el motivo del porqué tenía esas reacciones.

—Joder, qué de tonterías estoy pensando esta noche —me lamenté yendo hacia la cama, de donde no tendría que haber salido.

Me giré dándole la espalda a la cómoda, cerrando los ojos con fuerza, queriendo dormirme para desprenderme de mis pensamientos. ¿Lo conseguí? Pues no, había sido una noche en la que había tenido de todo y era complicado dejarla atrás.

Sin poderlo evitar traje de vuelta a mi memoria varias escenas y, sobre todo, la última conversación con Amanda. Con todo ello en la cabeza, removida interiormente y atormentándome, el tiempo pasó hasta que, por el agotamiento, al final, me dejé atrapar por el sueño. Un sueño que fue muy húmedo, picante y caliente en el que hubo dos protagonistas. Una fui yo, el otro del género masculino ya sabéis la respuesta.

Capítulo 13



Tres semanas después…

—¡¡Nora!!

—¿Qué pasa? —Levanté la cabeza de golpe, sobresaltada por el grito de Sara desde la puerta.

Alterada entró en mi despacho y cerró tras de sí. Observándola esperé a saber a qué había venido esa reacción.

—Joder, que se ha vendido la casa. —Se abanicó con las manos.

—¿Cuál? —pregunté sin caer en ese instante de la que estaba hablando.

—La casa en mayúsculas. —Remarcó, levantando los brazos dándole más énfasis.

—¿En serio? —Me levanté de golpe, agrandando los ojos.

—Bueno al menos eso creo.

—¿Qué quieres decir? ¿Se ha vendido o no? —Quise saber expectante.

—Tienes que leer el correo que hemos recibido. —Caminó ligera hasta ponerse a mi lado, apartándome del ordenador y haciéndose con él. Entró en su cuenta de correo e intenté no reír al verla concentrada porque desde el mío que estaba abierto podía verlo igualmente—. Aquí está, desde hace diez minutos. —Señaló hacia la pantalla cuando lo abrió.

Me incliné hacia delante, acercándome para leer el texto que estaba en inglés. Conforme fui avanzando me alteré por momentos por lo que decía.

—Joder. —La miré sorprendida—. Pues parece que sí.

—Lo llevo yo, pero es obra tuya. —Aplaudió.

—De eso nada —negué.

—¿Cómo qué no? Has sido tú la que la has gestionado hasta hace poco.

—Exacto, después pasó a tus manos y ahora este correo. —Levanté una ceja, sonriendo.

—Ya, pero estoy segura de que tus correos al comprador interesado han sido el motivo por el que ha tomado la decisión final. Porque lo ha hecho, ¿verdad?

—Tengo que responder y tendremos la respuesta asegurada. Es que quedan cosas en el aire y dan margen a dudar —dije pensativa mirando hacia la pantalla—. Me pongo con ello y te digo.

—Dios mío, estoy alucinada. —Se llevó las manos a la cabeza.

Asentí dándole la razón. Os pongo un poco en antecedentes para que entendáis qué estaba sucediendo. Mi trabajo era en una inmobiliaria, de la que era dueña. Mis dolores de cabeza me había dado el negocio, pero nunca sin llegar a perder el potencial que habíamos conseguido en el sector.

Era un referente para quien buscara comprar o alquilar inmuebles, era uno de los nombres que salía de las primeras opciones cuando alguien buscaba en internet, porque aparte de hacerlo sobre terreno nacional, también trabajábamos a nivel internacional.

Bastantes eran las viviendas y naves que ofrecíamos fuera de España y precisamente de eso estábamos hablando. En concreto sobre una casa con unas dimensiones considerables en Edimburgo que nos había puesto nerviosas ante la posibilidad de que el comprador que llevaba un tiempo interesado en ella, pero sin decidirse a dar el paso, por fin parecía que lo había hecho.

La posible venta suponía un cuantioso beneficio para la empresa porque el precio era muy elevado. No conocía personalmente con quien había estado hablando a través de los correos, pero no tuve duda de que tenía un gran poder adquisitivo para asumir esa inversión.

—¿Tú crees que será un futbolista el que quiere comprarla? —Me centré en Sara, riendo por su comentario.

—¿Y por qué un futbolista precisamente?

—Ay yo que sé, un obrero seguro que no es.

—Hay muchas personas, con otros oficios que nada tienen que ver, que disponen del capital suficiente para interesarse en ella. —Moví la cabeza, divertida.

—Jo, te imaginas que es alguien importante, de esos que salen en la prensa y solo vemos desde una pantalla o revista —dijo con un suspiro.

—Pues ni idea, la verdad. —Me encogí de hombros—. Solo sé su nombre.

—Oh, sí, como para olvidarlo. —Juntó las manos, emocionada, apoyándose en el filo de la mesa—. Ethan, qué bien suena en mis labios.

Solté una carcajada y asentí para darle la razón.

—Voy a escribirle a ver si es lo que pensamos —dije deslizándome con la silla hacia delante.

—Vale, te dejo tranquila para que lo hagas. Madre mía que como lo sea me voy contigo para allí a cerrar el contrato —dijo cantarina caminando hacia la puerta.

Divertida esperé hasta quedarme sola y salí de su correo para entrar en el mío, donde también debía estar porque iba dirigido a la cuenta general de la empresa puesto a mi atención, siguiendo la cadena de todos los que nos habíamos enviado.

Y le di a responder y redacté el correo queriendo saber todas las dudas que habían quedado en el aire. Cuando terminé pulsé la tecla de enviar con una sensación de que estábamos a nada de conseguirlo, al menos las impresiones parecían favorables.

Eran cerca de las tres de la tarde, rozando la hora en la que se terminaba la jornada en la oficina, aunque a mí aún me quedaba bastante día por delante, pero trabajando desde casa a intervalos. Con la intención de llegar a ella, comer y descansar un poco antes de continuar para comunicarme con todos los posibles clientes que teníamos a la espera, y para rastrear nuevas adquisiciones que viera interesantes para hacerme con ellas, decidí que era hora de irme.

Apagué el ordenador y recogí, saliendo y dejando cerrado. Me despedí de mis empleados, diez en total, los que no tardarían en dejar el trabajo apartado hasta el día siguiente y me dirigí hacia la calle para llegar hasta el coche.

Subida en él sonreí al recibir un mensaje de Hana, el que leería cuando llegara. Conduje y después de veinte minutos estaba aparcando. Caminando por la acera me decidí por hacerle una llamada directamente, para ver qué novedades tenía que contarme porque desde la noche en el *Lust* para ella había sido una odisea esquivar a su jefe, a Nael.

Me hacía gracia de que anteriormente pocas veces fueron las ocasiones que habían coincidido ya que estaban en plantas diferentes, añadiéndole que desde que Hana entró a trabajar en su empresa, a excepción de la primera toma de contacto con una entrevista el primer día, no había vuelto a pisar el despacho de Nael sin contar la noche de la

fiesta en la que nos colamos las dos en él. Con un motivo totalmente razonable y de peso, vaya por delante.

Todo eso había cambiado como por arte de magia. Cada noche cuando descolgaba la llamada de Hana lo primero que escuchaba eran quejas sobre su querido jefe, el que se encontraba más de lo habitual durante la jornada e incluso habían sido varias las llamadas para que fuera ante su presencia, lo que ella intentaba evitar por todos los medios inventándose sobre la marcha cualquier excusa, postergando los momentos.

Un marrón tenía encima según ella. Al menos yo en ese sentido podía estar tranquila porque no me cruzaba ni tenía nada que ver con las personas que reconocía del *Lust* ya que no formaban parte de mi día a día, ni estaban implicados en mi vida fuera de ese ambiente.

Un nombre pasó fugaz por mi cabeza, sobre el que me tiré encima para aplacarlo, para no pensar de más ni alterarme. Durante el tiempo que había pasado ese había sido el objetivo que me había propuesto y hasta el momento lo estaba consiguiendo con honores.

Otra cosa era lo que pasara una vez que cerraba los ojos, ahí ya no podía contralar una mierda porque todo iba por libre. Más de una mañana me había despertado removida por dentro y húmeda, sí, en el sentido en el que pensáis. Sorprendida me quedé la primera vez que me sucedió porque en la vida me había ocurrido.

Esos despertares anticipaban días en los que tenía que mentalizarme ya que por normal general, era mejor olvidarlos cuando llegaba la noche. ¿El motivo? Amanecía girada y cabreada conmigo misma por haberme permitido en sueños lo que estando consciente evitaba, por lo que los días iban de mal en peor al no aguantarme n yo.

—¿Sabes dónde estoy? —habló rápido y en tono bajo nada más descolgar sin darme tiempo a saludarla.

—Ni idea, sorpréndeme —respondí intentado no reír—. Hola, por cierto.

—Déjate de saludos que hablamos cada día y nos tenemos muy vistas —dijo de carrerilla y negué divertida—. Estoy escondida detrás de la fotocopiadora —susurró.

—¿Qué dices? —Solté una carcajada.

—Cállate leches. —Bufó.

—Te van a oír antes a ti que a mí. —Puse los ojos en blanco—. ¿Se puede saber qué haces ahí?

—Nael ha entrado en mi planta. Estaba fuera del despacho y lo he visto, por suerte, porque si no, me hubiera encontrado con él. Ay, Nora, qué desgraciadita que soy, ¿por qué tenía que encontrarlo en esa casa? Me cago en todo.

—¿Hasta cuando vas a continuar así? No es por nada, pero como no dejes el trabajo te queda…

—Ya lo sé. —Lloriqueó—. Que no puedo mirarlo a la cara, jolines. Bueno a la cara ni a ningún sitio porque es tenerlo cerca y solo veo su pecho descubierto. Oh, qué imagen, mierda.

—Hazte a la idea de que lo has visto en la playa. —Reí.

—No sé dónde le ves la gracia.

—La tiene Hana, de verdad —negué entrando al portal, empezando a subir las escaleras—. Sal de ahí y enfréntalo. Cuando lo hagas te quedarás tranquila y seguramente no vuelva a suceder.

—Que no. —Volvió a lloriquear.

—Pues entonces plántate delante de él y dile lo que sientes.

—¿Qué te has tomado? Tú no estás bien hoy, ¿eh? No me estás ayudando en nada.

—Es que no puedo hacerlo, solo me queda aconsejarte, pero nada de lo que digo te parece bien.

—Es que estás teniendo ideas de bombero —se quejó.

—No me refiero a hoy precisamente. —Puse los ojos en blanco—. ¿Qué temes? Joder, que solo coincidisteis en un lugar abierto al público, al que acceden cientos de personas. Ni que tuvieras que darle explicaciones de lo que haces en tu vida privada.

—¿Cuándo volvemos? —Cambió de tema de golpe mostrándose entusiasmada.

Solté otra carcajada abriendo la puerta del piso, en el que entré y me deshice de los zapatos caminando hacia el sofá.

—No tengo pensado hacerlo por el momento —dije cerrando los ojos.

—¡Pero si sabes que no te vas a encontrar con Kiran! —se quejó.

Sí, a esas alturas me había sincerado con ella, sobre lo que sucedió aquella noche y estaba informada de todo, incluso de que Nael la vio ya que no lo supo en ese instante. Cuando ella se dio cuenta de su presencia, paradas en la escalera, él no estaba mirando en nuestra dirección y pensó que había conseguido librarse de ser vista, un error que le aclaré y por el que llevaba escondiéndose desde entonces.

—No saques su nombre. —Esa vez la que bufé fui yo—. Él no tiene nada que ver con lo que acabo de decir. Si

estuviera y tuviera ganas de ir, su presencia no me iba a impedir disfrutar, ya te lo digo. ¿Por qué no vas tú?

—Ah, no. Kiran no estará, pero ¿y si mi querido jefe sí? —dijo con retintín.

—Lo mismo sirve para que todo explote a vuestro alrededor, quién sabe —negué.

—Mierda, te dejo, tengo que cambiar de escondite.

Me separé el móvil escuchando los pitidos de la llamada cortada y sonreí imaginándola en la situación. A saber, hacia dónde iría y de qué manera, muchas posibilidades, las que no dudé que podía llevarlas a cabo, me hicieron reír. Con hambre me levanté y en el camino recogí los zapatos dirigiéndome hacia la habitación en la que los dejé y me puse las zapatillas para ir hacia la cocina a preparar la comida.

Terminando de comer estaba cuando cogí el móvil que tenía al lado al sonar una notificación, nerviosa, viendo de quien era el correo. Dejé el tenedor a un lado y abrí la respuesta de Ethan. Pegué un salto de la silla para celebrar lo que en él especificaba, gritando «¡vendida!», mientras iba de un lado al otro sin poder estarme quieta.

Cuando se me pasó la euforia le respondí a todo lo que quería saber, una de esas cosas era el día que podíamos reunirnos en Edimburgo para finalizar la compraventa y dejarlo todo cerrado. Así solía llevarlo a cabo fuera del territorio nacional, yo era la que se desplazaba hacia donde estaba el inmueble con toda la documentación. Según me comentó tenía que planificarse y cuadrarse conmigo porque en ese momento se encontraba viajando.

Después de darle varias opciones mirando los vuelos disponibles, quedamos para una reunión seis días después er la dirección de la casa. Satisfecha cuando terminamos de enviarnos mensajes, dejé el móvil a un lado y me eché en el sofá para cerrar los ojos un poco antes de seguir trabajando.

Esa fue mi intención sin saber si lo conseguiría por lo nerviosa que me sentía. Al final, después de encender el televisor y bajar el volumen, solo para que me hiciera compañía observándolo para ver si me entraba sueño, conseguí cerrar los ojos poco a poco, sin darme cuenta.

Desperté adormilada con una sonrisa porque había soñado con casas enormes muy parecidas a la que habíamos vendido, hasta llegar a una en concreto. Me vi en el interior, perdiéndome por los pasillos enormes con una presencia acompañándome mientras le mostraba por última vez la que iba a ser su casa. Un cuerpo al que mi mente le dio forma sin ponerle cara, solo refiriéndome a él como Ethan.

estuviera y tuviera ganas de ir, su presencia no me iba a impedir disfrutar, ya te lo digo. ¿Por qué no vas tú?

—Ah, no. Kiran no estará, pero ¿y si mi querido jefe sí? —dijo con retintín.

—Lo mismo sirve para que todo explote a vuestro alrededor, quién sabe —negué.

—Mierda, te dejo, tengo que cambiar de escondite.

Me separé el móvil escuchando los pitidos de la llamada cortada y sonreí imaginándola en la situación. A saber, hacia dónde iría y de qué manera, muchas posibilidades, las que no dudé que podía llevarlas a cabo, me hicieron reír. Con hambre me levanté y en el camino recogí los zapatos dirigiéndome hacia la habitación en la que los dejé y me puse las zapatillas para ir hacia la cocina a preparar la comida.

Terminando de comer estaba cuando cogí el móvil que tenía al lado al sonar una notificación, nerviosa, viendo de quien era el correo. Dejé el tenedor a un lado y abrí la respuesta de Ethan. Pegué un salto de la silla para celebrar lo que en él especificaba, gritando «¡vendida!», mientras iba de un lado al otro sin poder estarme quieta.

Cuando se me pasó la euforia le respondí a todo lo que quería saber, una de esas cosas era el día que podíamos reunirnos en Edimburgo para finalizar la compraventa y dejarlo todo cerrado. Así solía llevarlo a cabo fuera del territorio nacional, yo era la que se desplazaba hacia donde estaba el inmueble con toda la documentación. Según me comentó tenía que planificarse y cuadrarse conmigo porque en ese momento se encontraba viajando.

Después de darle varias opciones mirando los vuelos disponibles, quedamos para una reunión seis días después en la dirección de la casa. Satisfecha cuando terminamos de enviarnos mensajes, dejé el móvil a un lado y me eché en el sofá para cerrar los ojos un poco antes de seguir trabajando.

Esa fue mi intención sin saber si lo conseguiría por lo nerviosa que me sentía. Al final, después de encender el televisor y bajar el volumen, solo para que me hiciera compañía observándolo para ver si me entraba sueño, conseguí cerrar los ojos poco a poco, sin darme cuenta.

Desperté adormilada con una sonrisa porque había soñado con casas enormes muy parecidas a la que habíamos vendido, hasta llegar a una en concreto. Me vi en el interior, perdiéndome por los pasillos enormes con una presencia acompañándome mientras le mostraba por última vez la que iba a ser su casa. Un cuerpo al que mi mente le dio forma sin ponerle cara, solo refiriéndome a él como Ethan.

Capítulo 14



Kiran

Me llevé la taza a los labios, dándole un sorbo al café que acababa de prepararme. Apoyado en el marco de la cristalera del salón que estaba abierta y daba a una terraza, observaba el cielo nublado con el que había amanecido ese día.

Hacía dos semanas que estaba allí. Había alquilado una casa para el tiempo que me llevara trabajar en esa nueva capital. Todo lo que había descubierto de ella en el poco tiempo libre que había tenido me había gustado, perdiéndome por sus calles para descubrirla. Con lo grande que era poco había visto, pero tenía mucho tiempo por delante para disfrutar de ella.

Por cómo iba avanzando el proyecto estaba más que satisfecho, el que acaparaba mis días enfrascado y emocionado, dándole forma a lo que había plasmado en el boceto final. Le di otro sorbo al café viendo cómo las primeras gotas de agua empezaban a caer y me moví para activarme y salir de la casa, directo hacia la construcción que ya empezaba a tener forma.

Después de dejar la taza en el fregadero me dirigí hacia la habitación para coger todo lo que necesitaba llevarme, lo que había dejado preparado después de vestirme para salir a hacerme el café. Colocándome el abrigo el sonido del móvil me hizo mirar hacia la cama que era dónde lo había dejado. Caminé hacia él y sonreí al leer el nombre que aparecía en la pantalla.

—Buenos días, preciosa. —Saludé a Amanda.

—Buenos días, cariño. ¿Cómo está mi chico preferido?

—Yo bien, tú dormida —dije divertido al escuchar su voz—. ¿Tanta prisa tenías para llamarme? ¿Nada más despertar? Me extraña que a esta hora estés despierta.

—Te diré, como no te pille antes de que empieces a trabajar, después te metes tanto en ello que pasan los días que da gusto sin saber de ti. —Bufó—. ¿Por qué no te pones un horario? Anoche te llamé a las once y todavía estabas trabajando.

—No eres exagerada, ¿no? —Reí—. Lo tengo, pero precisamente ayer tuve dos reuniones y la última se alargó más de la cuenta. Simplemente coincidió, no te pienses que ese es el horario que suelo tener. También me tomo m tiempo y voy descubriendo la ciudad. ¿Cómo va todo?

—Tú lo que necesitas es que te haga una visita que te alegre la vida. —Rio.

—Ya sabes que no tienes ni que decírmelo si es lo que quieres, pero ten presente que no podré estar contigo durante el día. Al menos no todos.

—Tranquilo que me las sé apañar solita —soltó un suspiro.

—No me cabe duda, pero como te conozco…

—Oye, oye… ¿Eso qué quiere decir?

—Que me perseguirás para que afloje en el trabajo y te acompañe para visitar la ciudad.

—Es un detalle por tu parte.

—Eso precisamente no va a suceder —negué saliendo de la habitación.

—Tengo mucho poder de persuasión —dijo cantarina.

—No conmigo ni de la manera en la que estás insinuando. —Reí al escuchar sus protestas.

—Esta conversación ha sido perfecta para que te vayas preparando.

—Vamos, que ya has reservado el vuelo —dije convencido.

—Efectivamente. —Soltó una carcajada—. En cuatro días estoy a tu vera.

—Pues intentaré adelantar trabajo, al menos para poder estar durante el primer día contigo.

—Mmm… no esperaba menos.

—Te has hecho la tonta. —Dejé caer.

—¿Qué dices? ¿Yo?

—No, mi tía la del pueblo que no tengo. —Reí, pero cambié el tono de voz para continuar—. Te he preguntado

cómo va todo y te has quedado muda sobre ello.

—Hay poco que contar —murmuró—. El *Lust* como siempre, ¿te interesa saber si he visto a…?

—Eso te lo puedes ahorrar —interrumpí que siguiera en esa dirección, parándome en medio del salón—. Ni se te ocurra ir por ahí. Sigues sin responderme a lo que sabes que va dirigida la pregunta y me estás haciendo pensar de más.

—No ha vuelto a venir, todavía —soltó y maldije, haciéndola reír.

—Cuando llegues te vas a enterar —dije cabreado, pero con una sensación después de haberla escuchado…

Ni pensar en ello quise, lo único que os puedo decir es que sentí alivio por sorprendente que pareciera. Miré el reloj y comprobé la hora, por lo que salí de la casa dirigiéndome hacia el taxi que ya me esperaba a pocos metros de distancia. Así lo tenía hablado con el taxista, para que cada mañana estuviera allí.

—Te dejo. —Me paré para despedirme antes de subir—. Voy ya de camino al trabajo. Esta noche te llamo y no vas a evitar responderme, que lo sepas.

—Está bien —soltó un suspiro—. No te canses mucho, cariño.

—Igualmente, preciosa.

—De eso nada, yo sí quiero terminar agotada. —Rio.

—No tienes remedio —negué divertido al recordar que era viernes y la noche sería fuerte en el *Lust*.

Colgamos y entré en el taxi saludando al conductor, el que, sin necesidad de hablar más, emprendió la marcha hacia mi trabajo, al que desde hacía casi dos semanas estaba llevándome.

Recostado en el asiento miré a través de la ventanilla. La lluvia seguía cayendo, tomando poco a poco intensidad. Esperaba que no apretara mucho más porque entonces sí que el día de trabajo terminaría antes de empezarlo, al menos sobre el terreno porque desde casa podía ir haciendo cosas, más relajado.

Nos paramos en un semáforo y sin creerme lo que me pareció ver al girar la cabeza hacia la ventanilla, parpadeé varias veces, entrecerrando los ojos dirigidos hacia el coche que quedó al lado del que yo iba.

—No me jodas —murmuré descolocado ante la imagen.

Justo en ese instante la mujer que había llamado mi atención se giró hacia la suya, riendo por algo que había dicho el hombre que tenía sentado al lado, del que solo vi parte del traje que llevaba, sin poder distinguir nada más. Me

atraganté cuando nuestros ojos se encontraron, los suyos abiertos al máximo, reflejando la sorpresa al reconocerme.

El coche en el que iba, que era otro taxi, empezó a circular al ponerse el semáforo en verde, adelantándose al mío al tener el carril más libre. Bajé la ventanilla para sacar un poco la cabeza para seguirlo con la vista, incrédulo por la situación.

Antes de que se alejara pude ver como ella giró despacio hacia atrás, haciendo lo mismo que estaba haciendo yo en ese instante, observarla.

—Mierda. —Me senté recto en el asiento, pasándome las manos por el pelo—. ¿Puede seguir a ese taxi? —Me incliné entre los asientos, señalándole al conductor al que me refería porque había varios a nuestro alrededor.

—¿Quiere que me desvíe de la ruta? —Me miró por el espejo retrovisor.

—Eso mismo quiero. —Apreté la mandíbula sin dejar de observar al taxi circulando.

—No sé si podré, hay mucho tráfico —dijo con duda.

—Inténtelo —asentí, volviendo a ponerme bien en el asiento.

Mandaba cojones las reacciones que tenía cada vez que esa mujer se cruzaba en mi camino. Imposible buscar una lógica a todos mis comportamientos que se salían de lo normal cada vez que la veía. Sí, la que iba en el otro taxi era Nora, como habréis intuido por mi reacción.

Cagándome en todo e impaciente, a saber por qué jodido motivo, vi como mi taxista ocupaba el carril por el que iba el otro y hacía el intento de mantenerse cerca. Intento porque era hora punta, añadiéndole la lluvia que complicaba aún más la situación porque todo estaba colapsado.

¿Qué cojones hacía en Edimburgo? ¿Por qué mierda me había cruzado con ella con lo enorme que era la capital? ¿Quién narices era el que iba a su lado por el que ella estaba sonriente? ¿Y a mí que mierda me importaba todo eso y por qué había pedido que la siguiera? Preguntas y más preguntas que provocaron que la sangre me hirviera sin sentido aparente y que me cabreara ante la situación inesperada.

—Hasta aquí puedo llegar. —Llamó mi atención el taxista, parando el coche después de casi media hora—. Es una zona privada. —Señaló unos metros hacia delante.

—No se preocupe, espéreme aquí, no tardaré —le pedí abriendo la puerta y saliendo.

Caminé bajo la lluvia dirigiéndome hacia una gran puerta de hierro que estaba abierta. Lógicamente no me iba a colar porque como bien había dicho el hombre la zona era privada. Me paré justo al llegar a ella, observando

cómo, el taxi en el que iba Nora, hacia lo mismo debajo del techado de una casa enorme.

De la parte delantera del coche salió una mujer que no reconocí al girarse, y de la que ni siquiera me había dado cuenta de que estaba, seguida por el hombre que iba en la parte trasera al lado de Nora, al que solo vi de espaldas. Los dos se adelantaron un poco hacia la entrada principal de la casa, conversando.

Dejé los ojos puestos en la puerta por la que tenía que salir ella, distinguiendo su cabeza dentro. Después de tomarse un tiempo en el interior, salió despacio, de la misma manera en la que se giró hacia mí, dándome a entender que había sido consciente de que la jugada que le había pedido a mi taxista no había surtido efecto para pasar desapercibido como solía suceder en las películas.

No, había sabido en todo momento que íbamos detrás de su taxi. Con la mandíbula apretada y el cuerpo en tensión la observé a conciencia. Llevaba el pelo suelo, cayéndole lacio por encima del abrigo que se ajustaba a su cuerpo y el que terminaba en los muslos dejando ver las medias, hasta terminar en los zapatos de tacón.

A pesar de la distancia pude apreciar todos los detalles mientras la lluvia caía sobre mí, sin importarme una mierda, en ese instante, que estuviera mojándome.

No sabría decir el tiempo que pasamos mirándonos, con los ojos fijos el uno en el otro, sin hacer ningún movimiento. Hasta que ella fue la primera en hacerlo. Levantó una ceja, reaccionando por fin, y se giró rápido hacia la entrada principal.

Aturdido vi como cerró, volviendo a mirarme mientras empujaba la puerta con las manos, de esa manera desapareció de mi vista. Recorrí todo lo que se veía de la casa, con expresión dura preguntándome de quién cojones sería. Sintiéndome tonto porque la situación no daba a otra sensación, conseguí moverme y volver hacia el taxi.

Entré pasándome las manos por el pelo para quitarme el exceso de agua, ante la mirada del taxista que esperaba que le dijera hacia dónde dirigirse.

—¿Todo bien? —preguntó antes, mostrando desconcierto.

—No lo sé —susurré observando a través de la ventanilla.

Así era, no sabía una mierda. Ni lo que había sucedido, ni lo que iba a suceder dentro de las paredes de esa casa, por lo que apreté los puños sobre los muslos, y mucho menos me entendía a mí mismo. Todo ello me había girado la cabeza y seguiría haciéndolo hasta que encontrara respuestas y una lógica a la que echar mano. Por el momento no supe ni pude dar otra respuesta al taxista porque ni yo mismo estaba en disposición de ella.

—Vaya a mi trabajo, como cada mañana —le pedí.

Asintió y se puso en movimiento, mientras, yo intentaba digerirlo todo. Joder, joder, que a la mente solo me vinieron imágenes del cuerpo desnudo de Nora, tal y como la vi en la piscina del *Lust*.

—Mierda. —Apoyé el brazo en la puerta y me tapé la cara para apartarla de mi cabeza porque la tenía muy grabada, al detalle.

Hasta vi la ropa volando hacia todos los lados, y no solo la de ella. Estaba jodido, pero que bien jodido por todo lo que ello me hizo sentir. Sin sentido porque a ver quién me decía a mí si lo que pasaba por mi cabeza era lo que iba a suceder dentro de esa casa. Anda que no podían darse posibilidades, pues no, yo elegí y me encabezoné en una sola, la de tres cuerpos desnudos dándose placer y follándose sin descanso mientras los jadeos los rodeaban.

Perdido me sentí por la repercusión que tuvo en mí pensar en ello y atormentado al máximo. Tenía mucho en lo que pensar, por lo que maldije interiormente porque si algo me había quedado claro, aunque hubiera puesto todo mi empeño en taparlo hasta ese momento, es que a partir de ese instante removería todo el puñetero Edimburgo hasta dar con ella.

¿Por dónde empezar? Al menos tenía la dirección a la que habíamos llegado y si se me complicaba la búsqueda podía tirar de ella. ¿Cuánto tiempo permanecería allí? ¿Y hacer qué, cuando la encontrara? ¿Con qué intención aparecer delante de ella? Sobre las dos últimas lo tuve claro, imagino que vosotros también con mis desvaríos. Sí, no se me iba a escapar, como que me llamaba Kiran que la iba a tener frente a mí y que después de eso saltara todo por los aires en la dirección que se propiciara.

Todo podía ser que termináramos en una batalla campal, enfrentándonos, o que lo lleváramos a otro nivel que para qué iba a decir lo contrario, lo estaba deseando más que el respirar, y eso ya era sobrepasar muchos límites.

Asintió y se puso en movimiento, mientras, yo intentaba digerirlo todo. Joder, joder, que a la mente solo me vinieron imágenes del cuerpo desnudo de Nora, tal y como la vi en la piscina del *Lust*.

—Mierda. —Apoyé el brazo en la puerta y me tapé la cara para apartarla de mi cabeza porque la tenía muy grabada, al detalle.

Hasta vi la ropa volando hacia todos los lados, y no solo la de ella. Estaba jodido, pero que bien jodido por todo lo que ello me hizo sentir. Sin sentido porque a ver quién me decía a mí si lo que pasaba por mi cabeza era lo que iba a suceder dentro de esa casa. Anda que no podían darse posibilidades, pues no, yo elegí y me encabezoné en una sola, la de tres cuerpos desnudos dándose placer y follándose sin descanso mientras los jadeos los rodeaban.

Perdido me sentí por la repercusión que tuvo en mí pensar en ello y atormentado al máximo. Tenía mucho en lo que pensar, por lo que maldije interiormente porque si algo me había quedado claro, aunque hubiera puesto todo mi empeño en taparlo hasta ese momento, es que a partir de ese instante removería todo el puñetero Edimburgo hasta dar con ella.

¿Por dónde empezar? Al menos tenía la dirección a la que habíamos llegado y si se me complicaba la búsqueda podía tirar de ella. ¿Cuánto tiempo permanecería allí? ¿Y hacer qué, cuando la encontrara? ¿Con qué intención aparecer delante de ella? Sobre las dos últimas lo tuve claro, imagino que vosotros también con mis desvaríos. Sí, no se me iba a escapar, como que me llamaba Kiran que la iba a tener frente a mí y que después de eso saltara todo por los aires en la dirección que se propiciara.

Todo podía ser que termináramos en una batalla campal, enfrentándonos, o que lo lleváramos a otro nivel que para qué iba a decir lo contrario, lo estaba deseando más que el respirar, y eso ya era sobrepasar muchos límites.

Capítulo 15



Nora

Escuché de fondo, lejanas, las risas de Sara y Ethan por alguna parte de la casa. No pude moverme cuando cerré la puerta, teniendo que apoyar la frente en ella al sentir que el cuerpo me temblaba, cogiendo el aire que me había faltado desde que había chocado con la imagen de Kiran al pararnos en un semáforo, lo que había intentado disimular para que nadie se diera cuenta del cambio que me provocó.

Desconcertada me había quedado al verlo a través de la ventanilla, tanto, que por un momento hasta pensé que debía tener un hermano gemelo o mellizo. Una idiotez porque si ese hubiera sido el caso, por muy increíble que pudiera parecer, no habría mostrado ninguna reacción frente a mí. Y lo había hecho, y tanto que sí, solo con la intensidad con la que estaba mirándome cuando me encontré con sus ojos, lo que me transmitió al hacerlo…

—Joder, no me lo encuentro en España y lo tengo que hacer aquí. Es muy fuerte —me lamenté.

Conseguí moverme, pero no separarme de la puerta en la que apoyé la espalda mirando hacia delante. La entrada de la casa era impresionante, siguiendo la línea de toda ella. Una escalera de grandes dimensiones quedaba enfrente y hasta llegar, el espacio era más grande que el salón y cocina de mi piso, por duplicado.

Tragué saliva sintiendo todavía las piernas temblorosas, descolocada con su reacción. Ya no solo por cómo se había quedado por la coincidencia de verme, no, sino porque me había seguido hasta allí y para colmo, había salido bajo la lluvia hasta llegar a la reja que limitaba la casa, buscándome.

Me llevé una mano a la cara, frotándomela. ¿Cómo podía tener ese efecto en mí? A la mierda todos los intentos que había estado haciendo desde la noche en el *Lust* porque se habían ido todos por el desagüe y había tirado de la cadena varias veces, tomando las sensaciones que me provocaba una intensidad que me habían dejado medio lela.

—¿Estás bien? —Me sobresalté al escuchar la voz de Ethan al lado.

Tan metida en mis pensamientos e intentado recuperarme estaba, que ni había escuchado sus pasos en el suelo de mármol.

—Sí —respondí sin separarme del apoyo de la puerta, con las manos extendidas en ella.

—¿Seguro? Estás blanca y tu cara…

—¿Nora? —Apareció Sara, extrañada y preocupándose al verme.

—Me he mareado un poco, pero ya se me está pasando. —Le quité importancia poniéndome recta contra la puerta —. En nada estoy perfectamente —sonreí.

—Si no te encuentras bien os llevo al hotel. No hay prisa y esto podemos hacerlo en otro momento —sugirió Ethan.

—De eso nada, claro que la hay. Con lo ocupado que estás… —negué consiguiendo separarme y mantener mi propio peso—. ¿Veis? Perfecta ya. —Abrí los brazos.

Después de unos segundos en los que me analizaron los dos, Ethan se adelantó pasando un brazo por mi cintura para llevarme con él en la visita que le íbamos a hacer en el interior. Intenté no reír al escuchar el suspiro de Sara porque por cada gesto que hacía Ethan se le caían las bragas, tal cual. Y más ímpetu puse para no soltar una carcajada cuando la miré de reojo y le salían corazoncitos de emoción al observarlo.

La entendía, hasta cierto punto. Era un hombre muy atractivo que daba una visión que alegraba a cualquiera. Alto con el cuerpo perfecto para el pecado como diría Hana y con una planta espectacular. Hasta ese punto era entendible, el que no lo era es que yo no conseguía reaccionar como Sara ante su presencia, por muy perfecta que fuera. Cogí aire sin que se notara mucho porque, aunque me fastidiara, solo un hombre conseguía alterarme hasta perder mis facultades.

En ese instante me pregunté qué hubiera pasado si Kiran y yo hubiéramos coincidido de otra manera, en otras circunstancias. El primer encuentro o choque entre nosotros no fue bueno, aunque podía igualarlos a los siguientes con el añadido de las condiciones en las que se dieron.

Quién sabía, lo mismo si Hana no me hubiera arrastrado en su misión aquella noche nunca lo habría conocido y seguramente nos hubiéramos encontrado en el *Lust*, pero pasando desapercibidos el uno para el otro al no saber quiénes éramos, y ni mucho menos nuestras miradas se habrían cruzado como lo hicieron.

—¿Qué tal? —Me paré cuando bajamos el último escalón, después de un buen rato recorriendo cada estancia de la casa por lo grande que era.

—Estoy convencido para seguir con la compra. La recordaba perfectamente —dijo con un guiño Ethan.

—Es increíble —suspiró Sara.

—¿El qué? ¿La casa o yo? —Me atraganté ante la salida de Ethan porque hasta ese momento sus comentarios habían sido muy formales.

Pero era lógico porque no es que el comportamiento de Sara solo fuera evidente para mí, que la conocía, no, lo dejaba a la vista de cualquiera y no hacía falta mucho tiempo a su lado para ser consciente en qué dirección iba. De ahí la duda de Ethan que ruborizó a Sara, pero que no impidió que contestara curvando los labios.

—Los dos, más el segundo.

Él soltó una carcajada y viendo que no le había molestado me uní a las risas, incluida Sara, pero ella lo hizo nerviosa porque él no volvió a comentar nada al respecto. Se centró en mí comentándome que nos iba a llevar a su empresa para que formalizáramos la compra en su despacho, cómodos y en las condiciones que él quería.

Conformes con ello, salimos de la casa y nos dirigimos hacia el taxi que se había quedado esperándonos por petición de Ethan. Nada más llegar nosotras al aeropuerto, bien temprano porque el vuelo había llegado a las siete de la mañana, nos había dado encuentro ya que hasta eso había coordinado para coincidir.

Él hacía poco que también había aterrizado, por ese motivo cogimos un taxi, pidiéndonos disculpas porque si hubiera estado en Edimburgo disponiendo de más tiempo nos habría recogido con su coche. Detalle al que le quitamos importancia porque no la tenía. Lo mismo nos daba.

Durante la media hora que duró el trayecto hasta el edificio del que era dueño Ethan, estuve inquieta observando por la ventanilla a cada coche que se cruzaba con nosotros. Menuda tontería porque no cabía la posibilidad de volver a coincidir de esa manera con Kiran.

La empresa de Ethan se alzaba imponente en el centro de Edimburgo. Nos bajamos del taxi y nos despedimos del conductor cuando sacó las maletas del maletero. Protegidos de la lluvia por un saliente al lado de la entrada, Sara y yo nos quedamos admirándolo porque bien merecía la pena.

—Veo que os gusta —dijo divertido.

—No es para menos. —Lo miré sonriendo.

—Me alegro de ello. Vamos, ha refrescado bastante. —Nos dio paso con una mano y nos adelantamos accediendo a él.

Nada más entrar llamó a un hombre para que se hiciera cargo de las tres maletas y seguimos avanzando. Después de ir parándose cada pocos pasos para saludar a los empleados que se le acercaron, salimos del ascensor en la quinta planta que era donde tenía el despacho. Más saludos, más sonrisas, hasta que llegamos.

—Poneros cómodas, enseguida llegará Peter, el notario con el que siempre trabajo —nos pidió caminando hasta

llegar a su silla—. Si os parece bien cuando terminemos os llevo a comer.

—Perfecto —respondió rápido Sara, sin querer perder la oportunidad.

Él sonrió mirándola para luego centrarse en mí. Asentí conforme con ello. Varios golpes se escucharon en la puerta y giramos cuando Ethan dio paso. Un hombre de entre los cuarenta y cincuenta años apareció sonriente, el que se presentó como Peter, dándonos la mano. Con todo en orden y preparados para empezar, saqué del maletín la carpeta donde tenía los papeles de la compra. Los dejé encima de la mesa y el primero que los cogió fue Ethan, seguido por Peter cuando él terminó haciendo su trabajo.

—Ya está —dijo Ethan soltando el bolígrafo después de la última firma—. Voy a ordenar que hagan la transferencia ahora mismo. —Descolgó el teléfono fijo que reposaba a su lado, pero antes de marcar se dirigió al notario—. Peter, como siempre ha sido un placer. —Le hizo un guiño y por el gesto que él le devolvió nos dejaron claro la complicidad de amistad que había entre ellos.

Peter se despidió de nosotras y nos dejó solos mientras Ethan hablaba con la persona encargada para que realizara la transferencia, enviándole un correo con todos los datos que necesitaba para hacerla. Después de pedirle que cuando la tuviera hecha se lo notificara, salimos del despacho.

Nos hizo una visita guiada por varias plantas, haciendo tiempo para no movernos de allí hasta que recibiera la llamada. Diez minutos después cuando estábamos en la planta inferior, la recibió.

—El dinero tardarás unos días en tenerlo y la casa ya será mía —sonrió haciéndome un guiño—. Ahora me enviarán el justificante de la transferencia, en cuanto lo tenga te lo hago llegar.

—Muchas gracias y enhorabuena. —Curvé los labios mientras Sara también lo felicitaba.

—Quiero pediros algo —habló para las dos, pero centrándose en mí—. Voy a cambiar la decoración y a hacer algunas remodelaciones. Me gustaría que no os vayáis de Edimburgo hasta que pueda enseñaros cómo quedará —esa vez nos miró a las dos—. No creo que lleve más de unos días, calculo que una semana.

—¿Una semana? —Me sorprendí, no porque me pareciera poco tiempo para lo grande que era la vivienda, sino porque para permanecer yo allí sí que era bastante.

—Sé que estás muy liada, pero me haría especial ilusión que vieras el resultado final.

—Bueno —empecé a decir, pensativa—. Supongo que puedo tomarme una semana de vacaciones. —Me encogí de hombros haciéndole sonreír—. Aprovecharé para mirar inmuebles, lo mismo cuando me vaya de aquí he aprovechado el tiempo.

—Seguro que sí, yo puedo ayudarte con eso. Si quieres dejarte guiar por mí…

No fue en sí lo que dijo, porque enfocado al trabajo era de agradecer al no conocer nada de la zona, fue la forma en la que dijo la última parte y el tono que utilizó acompañándolo con la expresión. Dudé unos segundos pensando bien en lo que iba a responder.

—Si me ayudas te lo agradeceré. Nada mejor que alguien que conozca el lugar —dije lo más profesional que pude, asintiendo.

—Perfecto, pues vamos a comer.

Lo seguimos hacia el ascensor en el que marcó la planta inferior, el primer nivel del *parking* subterráneo. Accedimos a él y nos dejamos guiar hasta el coche que abrió a distancia antes de acercarnos.

—Ahora sí. —Medio giró hacia nosotras, haciéndonos un guiño—. Los equipajes están en el maletero.

—Es una pasada —dije al admirarlo—. Gracias.

—Uno de los varios que tengo.

—No me extraña, con la casa que acabas de comprar. —Silbó Sara, impresionada.

Soltamos una carcajada y nos montamos en él. Nos llevó a un restaurante precioso y nos dejamos aconsejar por todo lo que nos sugirió. La comida estuvo deliciosa y dos horas después paraba frente a la puerta del hotel.

—Cuando quieras mirar lo de los inmuebles llámame —me pidió mientras sacaba nuestras maletas.

—No quisiera molestar.

—Para nada lo harás —dijo poniéndose frente a mí—. Ha sido un placer hacer negocios contigo, Nora.

—Lo mismo digo, Ethan —sonreí.

—Nos veremos pronto. —Nos miró a las dos y se despidió con un beso para cada una.

—Madre mía —suspiró Sara, viendo como el coche se alejaba.

—Con eso has hecho un resumen perfecto para ti desde que lo has visto. —Reí tirando de la maleta hacia la puerta principal del hotel.

—¿Tú has visto cómo está? —preguntó con voz ahogada.

—Tengo ojos en la cara —negué divertida.

—Pues entonces no entiendo cómo no te has desmayado cuando te ha rodeado con el brazo para ayudarte en la casa. —Se abanicó.

—En ese momento estaba para poco, la verdad. —Carraspeé sin querer volver al motivo por el que me había ayudado—. Aunque ya te digo que desmayos los justos. —Reí al mirar de reojo su cara de sorpresa, sin creerse mis palabras.

Nos acercamos a la recepción y después de que nos tomaran los datos nos dieron las llaves de dos habitaciones.

—¿Sería posible alargar la estancia? —le pregunté al chico que nos estaba atendiendo— Nos ha surgido algo y estaremos una semana aquí, más o menos.

—Un momento —nos pidió y se centró en la pantalla del ordenador—. Todo está en orden, la reserva se amplió a primera hora de la mañana. Tienen reservado para diez días y no habrá problema si dejan el hotel antes —nos sonrió.

—¿Cómo? —Me sorprendí.

—Y lo han abonado por anticipado —continuó.

—Joder —soltó Sara.

—Muchas gracias —susurré, porque ¿qué iba a decirle al chico?

Nos dirigimos hacia el ascensor y una vez dentro marqué el número dos que era donde teníamos las habitaciones.

—Dios mío, es el hombre perfecto. —Se recostó en la pared del ascensor Sara.

—Pues no sé qué decirte —dije con el gesto fruncido.

—¿Qué quieres decir? —Agrandó los ojos.

—No me gusta que dirijan mi vida —la miré de reojo—, y mucho menos alguien que no conozco. Sí, ha sido muy amable, simpático y hemos podido ver una pincelada pequeña de lo que es su vida, pero hasta ahí. Demasiada libertad se ha tomado en hacer lo que ha hecho por su cuenta, sin saber la respuesta que daríamos. La llamada al hotel ha sido al poco de llegar a Edimburgo, con mucho tiempo de antelación de su proposición.

—Ah —dijo pensativa—. Pero igualmente ha sido un detalle, ¿no?

Interiormente respondí que estaba por ver. Me quedé callada porque me había tocado la moral que diera por sentado cosas. Ethan sabía desde el principio en el hotel que nos quedaríamos porque había sido una pregunta que nos había hecho cuando íbamos desde el aeropuerto hacia el centro de Edimburgo en el taxi.

Llamadme rara, pero me había chocado el detalle, la confianza, o como queráis decirlo, aventurándose a hacer lo que él había querido sin ni siquiera habernos preguntado, porque según la información del recepcionista la llamada había tenido que hacerla cuando hicimos una parada para desayunar antes de ir hacia la casa.

—Bueno, sea como sea, ahora sí que podemos considerarlas unas mega vacaciones —dijo Sara con una risilla mientras me seguía al salir del ascensor.

—Descansa un poco. Si esta tarde no llueve podemos empezar a ver la zona de alrededor del hotel, ¿te parece bien?

—Claro. Tenemos que hacernos con dos paraguas. —Hizo una mueca, haciéndome sonreír.

—Luego lo solucionamos. Estoy a dos de ti. —Señalé hacia la habitación que me había tocado.

Nos despedimos y no tardé en estar dentro de ella. Sonreí parándome en medio. Era grande y con muchos detalles Con un suspiro dejé encima de la cama todo lo que llevaba, incluida la maleta para deshacerla, pero antes de ponerme a ello me senté buscando el móvil en el bolso.

Localicé el número que quería y marqué, llevándomelo al oído.

—Dime que estás sana y salva y no tengo que correr para rescatarte —habló Hana desde el otro lado, haciéndome reír.

—Te he enviado un mensaje nada más aterrizar.

—¿Y qué? ¿Cuántas horas han pasado desde entonces? Jolines, ni un ok, ni una cara sonriente, ni un por ahí te den… podías haberme hecho saber que seguías bien.

—Te quieres tranquilizar —sonreí dejándome caer de espaldas en la cama, comprobando lo cómoda que era—. Tengo una proposición para ti.

—Dios, dime que es indecente y lo dejo todo —habló casi gritando y solté una carcajada a la que se unió.

—No sé si la considerarás indecente o no, pero… creo que vas a tener que ponerte delante de Nael. —Carraspeé.

—¿Qué yo qué? —Esa vez sí que gritó y con ganas teniéndome que apartar el teléfono del oído.

—Ya te lo explicaré bien, pero voy a estar una semana aquí. Vente. Tienes vacaciones atrasadas.

—¿Qué me dices? ¿Se ha complicado lo de la venta?

—No, eso ha salido perfecto. Hace unas horas la hemos cerrado. —Me tapé los ojos con un brazo.

—¿Y entonces?

—¿Qué parte de que ya te lo explicaré no has pillado? —dije divertida.

—Oh, joder, cualquier cosa para que no vuelvas a sugerir que me ponga delante de mi jefe —remarcó las últimas palabras.

—Pues notificaselo al departamento de personal directamente, qué sé yo. —Puse los ojos en blanco incorporándome sentada—. A ver si esto te convence, tienes la estancia pagada —continué, intentando no reír porque sabía…

—Mierda, ¡qué me voy a Edimburgo! —volvió a gritar haciéndome reír.

—Ya te lo explicaré bien, pero voy a estar una semana aquí. Vente. Tienes vacaciones atrasadas.

—¿Qué me dices? ¿Se ha complicado lo de la venta?

—No, eso ha salido perfecto. Hace unas horas la hemos cerrado. —Me tapé los ojos con un brazo.

—¿Y entonces?

—¿Qué parte de que ya te lo explicaré no has pillado? —dije divertida.

—Oh, joder, cualquier cosa para que no vuelvas a sugerir que me ponga delante de mi jefe —remarcó las últimas palabras.

—Pues notificaselo al departamento de personal directamente, qué sé yo. —Puse los ojos en blanco incorporándome sentada—. A ver si esto te convence, tienes la estancia pagada —continué, intentando no reír porque sabía…

—Mierda, ¡qué me voy a Edimburgo! —volvió a gritar haciéndome reír.

Capítulo 16



Kiran

De pie, con los brazos cruzados, observaba hacia delante, más concretamente hacia la salida por donde aparecía la gente de los vuelos que habían aterrizado.

Habían pasado cuatro días desde la conversación con Amanda, y según la información del panel, su avión ya estaba en pista. Me hubiera dado tiempo a ir a por un café, a pasar por el servicio, a dar una vuelta por el aeropuerto, a mil cosas porque conociéndola como lo hacía, estaba seguro de que, a pesar de que según ella no se iba a quedar mucho tiempo, llevaría consigo una mega maleta que habría tenido que facturar.

Veinte minutos después, sin apartarme de donde estaba, curvé los labios al verla aparecer ligera, mirando hacia todos los lados para encontrarme. Cuando lo hizo apretó el paso sonriente, directa hacia mí. Me extrañó que saliera sin ningún equipaje, lo que no tardé en entender, sorprendiéndome cuando miré detrás de ella y vi a Nael.

No me lo esperaba, ninguno de los dos me había dicho que él se había animado a acompañarla. Solté una carcajada por los resoplidos que iba dando, tirando de los equipajes. El de él de cabina, el de Amanda, como había pensado. Evidentemente no me había equivocado en mi suposición sobre ese aspecto, pensé, mientras me adelantaba unos pasos para darles encuentro.

—Mi chico preferido. —Me agarró de la cara, emocionada, dándome dos besos ruidosos por los que rio cuando se separó.

—Bienvenidos —sonreí mientras me acercaba a mi amigo para saludarlo con un abrazo—. Menuda sorpresa, qué calladitos habéis estado. —Le apreté el hombro.

—Que conste que me ha tenido amenazado. Ahí tienes todo lo que necesitas para saber el motivo por el que no he abierto la boca. —Puso los ojos en blanco.

—Me alegro de teneros aquí. —Le di una palmada mientras le quitaba de las manos la maleta de Amanda—. Mínimo te quedas un mes, ¿no? —Quise saber con guasa, dirigiéndome a ella.

—Hombres. —Bufó, haciendo un gesto con la mano—. No lo entenderéis en la vida.

—Puedes apostar a que no —se quejó Nael—. Y lo peor es que la señorita en cuanto me ha visto se ha olvidado de ella poniéndomela al lado. A nada he estado de dejarla por cualquier rincón tirada. —Me miró de reojo y soltamos una carcajada a la vez.

—Anda que quien os escuche pensará que está llena de piedras. —Se cruzó de brazos con el gesto fruncido.

—Vamos a coger un taxi. —Empecé a caminar.

—¿No piensas alquilar un coche para el tiempo que estés aquí? —Se colgó de mi brazo, sonriente.

—¿Para qué? Solo salgo al trabajo y cuando quiero visitar algo, lo más práctico también son los taxis para no preocuparme del aparcamiento. Es una tontería, a no ser que piense salir unos días de Edimburgo. He pactado un precio muy razonable con el chófer que me recoge siempre. —Me encogí de hombros.

—Mirándolo así.

—No hay otra manera de verlo. —Me separé de ella para pasar el brazo por encima de sus hombros, apretándola contra mí—. Vamos directos a la casa para dejar las maletas, por esa zona hay muy buenos restaurantes.

Les propuse porque eran las dos y media y no nos llevaría mucho tiempo hacerlo.

—Perfecta la idea, estoy que devoro.

—Pues no será porque no has comido nada. —Rio Nael, y miré en su dirección por encima de la cabeza de ella.

—El desayuno en el aeropuerto ya no cuenta, lo tengo en los pies —dijo con una risilla.

—Claro y la bolsa de patatas chips y los cacahuetes que he sacado de la mochila y me has quitado de las manos no cuentan, ¿no? Solo me has dejado olerlos.

—Madre mía, que mal te sienta viajar. —Giró la cabeza hacia él, sorprendida.

—Todos los méritos tuyos, preciosa. —Puso los ojos en blanco él.

Solté una carcajada a la que no tardaron en unirse, de esa manera salimos del aeropuerto. Localizamos un taxi y después de que ayudáramos al conductor con las maletas, nos subimos en él.

—Qué bien te lo montas, ¿no? —Silbó Amanda en medio del salón.

—No está mal —negué— y para el tiempo que voy a estar aquí, mejor que un hotel.

—Se ve muy bien —asintió Nael haciendo una pasada rápida.

—Si no hay habitaciones para los dos me pido dormir con alguno de vosotros, nada de sofá. —Nos miró con las manos en las caderas.

—Esa decisión está descartada. —Me impulsé de la pared en la que estaba apoyado—. Hay habitaciones de sobra —confirmé dirigiéndome hacia el pasillo.

—A la mierda los roces nocturnos. Yo que quería meteros mano. —Bufó haciéndonos reír.

—Las manitas quietas que la liamos —soltó Nael.

—Te podrás quejar cuando te las he puesto encima. —Lo miró pícara.

—Para nada, preciosa, por eso mismo lo digo. Eres demasiada tentación. —Rio él.

—Quien os entienda, que os compre. —Levantó una ceja—. Me encanta. —Entró siguiéndome en la habitación que dio por hecho que sería para ella al dejar su maleta en medio.

Todo lo que estaban diciendo se quedaba en bromas para picarse. Como ya he comentado en alguna ocasión, éramos muy conscientes de que entre nosotros tres nunca volvería a pasar nada. Ninguno traspasaríamos esa línea nunca más, como desde hacía mucho tiempo había sido.

—Toda tuya. —Le hice un guiño y se colgó de mi cuello llenándome la cara de besos.

La dejamos sola y acompañé a Nael a otra. Abrí la puerta y le di paso, siendo de las mismas características.

—¿Todo bien? —Me apoyé en el marco cruzando los brazos, siguiéndolo con los ojos mientras llevaba la maleta la cama.

Se giró hacia mí y su expresión me dio la respuesta sin necesidad de hablar. La pregunta había sido muy específica, dirigida a lo que él no tuvo problema en saber, de ahí su reacción.

—¿Y a ti? ¿Qué tal te va? —Se sentó en la cama.

—Todo sigue igual desde que hablamos hace dos días. —Me encogí de hombros.

—No la has encontrado —aseguró.

Estaba al tanto del descubrimiento que había hecho en Edimburgo, con el que me di de frente.

—No la he buscado todavía, que es diferente.

—¿Y eso? Joder, con lo tocado que te quedaste.

—El trabajo me ha absorbido. He tenido que hacer más horas que un reloj para poder tener días libres por la llegada de Amanda, y ahora por la tuya también —sonreí.

—Entiendo. —Se levantó despacio—. Te ayudaré a ello.

—Tranquilo, estos días son para vosotros —aseguré.

—No tienes ni idea de cuánto tiempo estará aquí, ¿y si se va?

—Pues que le vaya bien —comenté tranquilo—. Vamos a buscar un restaurante.

La decisión de apresurarme a encontrarla se había enfriado debido a lo que le acababa de comentar, como también a que me había dado tiempo a digerirlo y a pensar con calma los pasos que quería dar. Lo haría, o al menos esa era la intención, pero si cuando me decidiera a ello daba con nada, haría borrón y cuenta nueva.

—Estás dejando demasiadas cosas en el aire, al destino. —Carraspeó siguiéndome.

—Ahora no te pongas profundo. —Lo miré de reojo.

—Vale me callo, no soy el más indicado para hablar. —Bufó.

—Ahí le has dado. —Reí—. Amanda —dije en alto para avisarla porque no la habíamos visto al pasar por enfrente de su habitación.

a

—Cinco minutos —nos pidió gritando.

Fueron más, con lo que ya contamos al escucharla. Cuando salió al salón nos fuimos de la casa. Recorrimos un poco las calles al llevarlos hacia uno de los restaurantes que quedaban más apartados, pero bien merecía la pena porque de los que había descubierto, hasta ese momento, era el que más me gustaba.

—Entonces, tienes unos días libres, ¿no? —Me miró Amanda mientras le daba un sorbo al vino.

—Sí —confirmé.

—Perfecto. —Aplaudió cuando dejó la copa—. Tengo varios planes y no podéis faltar.

—Imagino que es visitar Edimburgo y…

—Por ahí vas bien —me cortó recostando la espalda en la silla—, pero el plato fuerte es otro. —Curvó los labios, pasando la vista de uno a otro.

—¿Tenemos que temblar? —Apoyó los brazos en la mesa Nael—. Porque tus platos fuertes ya nos los conocemos. —Levantó una ceja.

—Entonces sabéis que solo os hago disfrutar. Hasta dentro de dos días no voy a decir nada más. —Rio al ver nuestras caras.

—Habla claro o vuelvo al trabajo mañana —le pedí mirándola con intensidad.

—Tan poca paciencia como siempre —se quejó.

Nos hizo esperar para saber a qué se estaba refiriendo. Con calma y divertida sabiendo que tenía toda nuestra atención se tomó su tiempo comiendo del postre que estaba en la mesa. Nael y yo levantamos una ceja al observar cómo se esmeró en chupar y relamer la cuchara que dejó más brillante que si la hubieran lavado.

Soltó una carcajada por ello, satisfecha con la situación.

—A ver —dijo dejándola a un lado, buscando nuestros ojos—. Ha llegado a mis oídos algo que quiero comprobar y hasta dentro de dos días no podré hacerlo.

—¿Aquí en Edimburgo? ¿De qué se trata? —pregunté extrañado.

—Exactamente, casualidades de la vida —dijo pensativa—. Ya lo sabréis, confiad en mí —dijo sonriente.

Desvié la conversación porque tan bien como la conocía, sabía que me iba a dar lo que quedaba de día intentando sonsacarle más detalles sin conseguir nada. Pasé de calentarme la cabeza porque si algo hacíamos era confiar en ella, aunque a veces nos diera más de un dolor de cabeza que gestionábamos cuando sucedía.

Cuando salimos del restaurante dimos un paseo para que se familiarizaran con el lugar en el que descubrieron los primeros encantos. Tres horas y media más tarde, sin luz del día, decidimos a regresar a la casa para continuar al día siguiente.

✣ ✣ ✣

—¿Todo bien? —Salió a la terraza Nael.

—Sí, una tontería de trabajo. —Levanté el móvil mientras se sentaba en una silla a mi lado.

—¿Todavía no ha soltado prenda? —Se refirió a Amanda.

Hacía dos días que estábamos juntos y supuestamente, por lo poco que nos contó ella cuando fuimos a comer nada más llegar del aeropuerto, ese día era el segundo al que se había referido, misteriosa.

—Qué va. —Cerré los ojos, relajado.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

—¿Y por qué no? —Giré la cabeza hacia él.

—Joder, yo la temo cuando se pone así —negó haciéndome sonreír.

—A mí me da igual. Si me parece bien diré que sí, si es, al contrario, tendrá mi negativa. ¿Dónde está el problema?

—¿Te has dado cuenta de las llamadas que ha hecho a escondidas? Y ya no digamos de la expresión con la que volvía después de colgar. Espeluznante, tío —dijo serio y solté una carcajada.

—¿Sabes algo de Hana? —Corté por lo sano el tema, aunque estaba seguro de que prefería seguir con él antes de tocar lo que le había preguntado.

—Una mierda sé. —Frunció el gesto—. Cogió unos días libres, ¿y a ti te ha dicho algo? Joder, que soy su jefe, su jefe —repitió remarcándolo—. Ni para eso ha podido enfrentarse a mí. ¿Qué piensa hacer cuando no tenga más remedio que ponerse delante?

Hice todo lo posible para evitar reír, al menos lo intenté porque terminé fallando, consiguiendo que me fulminara con la mirada. Lo había dicho todo con muecas y tan rápido que hasta se había atragantado, por lo que cualquiera hubiera tenido la misma reacción que yo.

—Se le pasará. —Carraspeé.

—¿En qué siglo? —Bufó.

—Hasta ahí no llegó —negué.

—Estoy por despedirla —soltó.

—¿Qué dices? ¿Y por qué motivo?

—Acaso necesito uno. —Me miró de reojo, curvando los labios—. Sería con lo único que podría sentarla frente a mí.

—Puedes hacer más que eso, en el instante en el que quieras —comenté.

—Pero ¿tú me escuchas cuando hablo? —Se giró cabreado.

—Cada una de las palabras que dices —sonreí—. Por eso mismo no entiendo cómo no la has sentado encima de tus piernas ya, pasando de ponerla frente a ti.

—Mira qué gracioso. —Rio, pero fue una risa irónica—. Si parece una ninja, pues no es escurridiza.

—Mejor te lo pasarás. —Solté una carcajada—. Propóntelo cuando regreses, no dudo de que lo conseguirás.

—Eso es porque no estoy yo allí. —Nos giramos al escuchar a Amanda a nuestras espaldas.

—¡No me digas! —Levantó una ceja Nael—. ¿Y qué supuestamente ibas a hacer tú estando en mi empresa?

—Provocar irremediablemente que ella sea la que llame a tu puerta o la eche abajo. —Levantó las dos cejas.

—Yo me lo pensaría —continué divertido—. Sabes que lo consigue.

—Mejor que nos cuente lo que quiere hacer hoy. —Le dio la espalda, pensativo.

—¿Es el día? —Probé suerte.

—Lo es —confirmó caminando hasta ponerse delante de nosotros—. Veo mucha curiosidad.

—¿Me ves nervioso? —Levanté una ceja.

—No, pero lo estarás. —Soltó una carcajada y fruncí el gesto, analizándola—. Id a prepararos guapos, como solo vosotros sabéis hacer. No os voy a dar muchos datos todavía, solo os digo que tenéis que poneros más cañones de lo que soléis estar porque va a ser una noche apoteósica, en muchos sentidos.

Con esas palabras corrió hacia el interior sin darnos tiempo a seguir indagando. Nael y yo nos miramos, sabiendo perfectamente qué era una noche apoteósica para ella y con los pocos detalles que nos había dado…

—Pues sí que se presenta interesante. Al final vamos a tener que agradecérselo, lo veo —dijo levantándose.

—Hasta que no sepamos de qué se trata está por ver —negué sin moverme.

—Según cómo salga vestida… —dijo mirando hacia el salón.

—No necesito verla para saber cómo lo hará —sonreí incorporándome, poniéndome a su lado.

—Pues nada, voy a ponerme como un pincel. —Me apretó un hombro.

—Yo ahora entraré —murmuré.

Cuando me quedé solo caminé hacia el final de la terraza, apoyándome en la barandilla que separaba la zona del césped. La vista no se me podía ir mucho porque a pocos metros había un muro de obra de la parte trasera de otra casa igual a la que yo había alquilado.

Dejé la vista fija en el césped, pensativo, tomándome un tiempo en soledad muy necesario porque por mucho que no lo mostrara hacia fuera, seguía teniendo una sensación que no me dejaba estar tranquilo. Cerré los ojos al venirme a la cabeza el nombre de Nora y ni hice el intento de apartarlo o bloquearlo.

¿Para qué? Aparecía constantemente, aunque me lo callara. No se lo había dicho tan claro a Nael, pero estaba seguro de que ya había perdido la oportunidad de encontrarla. Habían pasado muchos días desde que la vi dentro del taxi y de que la siguiéramos hasta la propiedad privada, a saber, dónde estaba.

—¿Aún no te has arreglado? —sonreí al escuchar a Amanda detrás de mí, rodeándome con los brazos.

—Hay tiempo, ¿no? —Ladeé la cabeza buscando su confirmación.

—Lo hay —asintió con la barbilla apoyada en mi espalda—. Tampoco necesitas mucho para estar impresionante.

—Vaya, gracias —respondí al halago divertido—. ¿No sé cómo tomarme este endulzamiento?

—Como lo que es, la verdad —dijo con una risilla.

—Ven aquí. —Me separé de la barandilla y la atrapé con el brazo, acercándola a mí—. Gracias, pequeña. —Le di un beso en la cabeza.

—La noche va a ir bien, o eso espero. Primero os voy a llevar a cenar a un restaurante del que he escuchado habla muy bien.

—No lo dudo —murmuré—. Estás impresionante. —Silbé separándome de ella al darme cuenta de que ya estaba casi preparada.

—¿Sí? —Miró hacia abajo, hacia el vestido que llevaba—. Pues estaba dudando, me he cambiado varias veces.

—Con el primero que te has puesto estoy seguro de que estabas igual —negué sin margen de error.

—Si es que por algo eres mi chico preferido. —Empezó a besarme en la cara, haciéndome reír.

—Entra dentro porque nos vas a hacer esperar —le pedí.

—Ya será para menos. —Me dio un golpe en el brazo, divertida.

—Ya te lo diré cuando suceda. —Caminé hacia el interior llevándola conmigo.

Una hora después, en la que tuvimos que esperarla tomándonos algo como había adelantado, salíamos de la casa dirigiéndonos hacia el taxi que había reservado. Estuvimos los tres de acuerdo con los comentarios positivos que recibía el restaurante al que nos llevó, donde disfrutamos con calma de todos los platos y el vino que pedimos.

Cerca de la medianoche el taxi paró en el lugar donde le indicó Amanda. Me quedé el último para salir y cuando lo hice fue con la vista fija en lo que tenía a pocos pasos, sintiéndome observado por ellos a la vez que yo analizaba lo poco que se veía de adónde nos quería meter.

—¿Caminamos? —Llegó a mi lado y por lo que distinguí en su voz desvié la atención hacia ella, despacio.

Asentí de la misma manera y Nael y yo empezamos a andar bastante rápido para seguir el ritmo que marcó por delante de nosotros.

—¿Alguna prisa en especial? —Llamé su atención porque parecía que le entraron de repente.

—Sí y nada mejor que hacer esto con vosotros junto a mí. Os necesitaba para ello —susurró provocando que nos mirásemos extrañados—. Vamos a joder un poco la noche para finalizarla con honores. —Terminó de rematarlo poniéndonos más en alerta.
Con gesto serio la analicé, ofreciéndole el brazo para que se apoyara cuando me puse a su altura, lo que hizo sin dudar, aferrándose con fuerza a mí. La decisión y determinación se habían apoderado de ella, más de lo que era habitual, por lo que volví a mirar hacia el frente preguntándome, o más bien preparándome para lo que significaba el cambio que había dado.

r

—Con el primero que te has puesto estoy seguro de que estabas igual —negué sin margen de error.

—Si es que por algo eres mi chico preferido. —Empezó a besarme en la cara, haciéndome reír.

—Entra dentro porque nos vas a hacer esperar —le pedí.

—Ya será para menos. —Me dio un golpe en el brazo, divertida.

—Ya te lo diré cuando suceda. —Caminé hacia el interior llevándola conmigo.

Una hora después, en la que tuvimos que esperarla tomándonos algo como había adelantado, salíamos de la casa dirigiéndonos hacia el taxi que había reservado. Estuvimos los tres de acuerdo con los comentarios positivos que recibía el restaurante al que nos llevó, donde disfrutamos con calma de todos los platos y el vino que pedimos.

Cerca de la medianoche el taxi paró en el lugar donde le indicó Amanda. Me quedé el último para salir y cuando lo hice fue con la vista fija en lo que tenía a pocos pasos, sintiéndome observado por ellos a la vez que yo analizaba lo poco que se veía de adónde nos quería meter.

—¿Caminamos? —Llegó a mi lado y por lo que distinguí en su voz desvié la atención hacia ella, despacio.

Asentí de la misma manera y Nael y yo empezamos a andar bastante rápido para seguir el ritmo que marcó por delante de nosotros.

—¿Alguna prisa en especial? —Llamé su atención porque parecía que le entraron de repente.

—Sí y nada mejor que hacer esto con vosotros junto a mí. Os necesitaba para ello —susurró provocando que nos mirásemos extrañados—. Vamos a joder un poco la noche para finalizarla con honores. —Terminó de rematarlo poniéndonos más en alerta.
Con gesto serio la analicé, ofreciéndole el brazo para que se apoyara cuando me puse a su altura, lo que hizo sin dudar, aferrándose con fuerza a mí. La decisión y determinación se habían apoderado de ella, más de lo que era habitual, por lo que volví a mirar hacia el frente preguntándome, o más bien preparándome para lo que significaba el cambio que había dado.

Capítulo 17



Nora

—Vamos a terminar mal la noche —se lamentó Sara removiéndose en el taburete.

—No veo por qué tiene que suceder eso —dije con tranquilidad mientras removía con una caña la bebida de mi copa.

—La compra está cerrada y es irrevocable, ¿verdad? —continuó.

—Así es y hace días que la transferencia está en la cuenta de la empresa —seguí tan tranquila como me sentía.

—¿A qué vienen esas dudas? —Se asomó Hana por encima de mí hacia ella.

—Le preocupa que Ethan se pueda echar para atrás si se ha ofendido —aclaré llevándome la copa a los labios.

—Anda, que yo sepa es un país libre, bueno, este ni idea. —Se quedó pensativa, haciéndome sonreír.

—Si no lo es, nosotras sí que lo somos. —Giré hacia ella haciéndole un guiño.

—¿Tú crees que ese tío…?

—Ni lo sé, ni me importa, ni mucho menos me preocupa. —Me encogí de hombros.

—Se masca la tragedia. —Lloriqueó Sara.

—Pues quien la vea de cerca que la mastique y la digiera. —Miré hacia el otro lado, hacia Sara—. Tranquilízate.

—¿Cómo lo voy a hacer? ¡Sabes lo que ponía en la nota! —Se llevó las manos a los mofletes, apretándoselos.

Reí negando porque por mucho énfasis que pusiera no transmitía la supuesta preocupación que dejaba ver con sus

palabras.

—Lo sé perfectamente, sé leer. —Me deslicé en el taburete dándole la espalda a la barra, apoyándome en ella cruzando las piernas.

—Joder chica, yo hago eso y vuelco. —Rio Hana.

—Ni que hubiera hecho una pirueta. —Puse los ojos en blanco.

—Nora… —empezó a decir Sara.

—Si vas a estar así y a continuar, apuramos aquí el tiempo y cuando salgamos nos vamos al hotel —avancé porque no tenía intención de seguir la noche de esa forma al verla tan intranquila.

—¡Ni que tuviéramos que darle explicaciones a ese tal Ethan! —Bufó Hana.

—Exacto —asentí súper, mega, extra relajada, curvando los labios.

—Bueno si no puede echarse para atrás en la compra… que le den. —Cogió fuerza Sara—. Joder, con lo bueno que está qué desperdicio no verlo esta noche —soltó un suspiro.

—Nadie ha dicho que no lo vayas a ver. —La miré de reojo—. Lo único que lo vamos a hacer a nuestra forma, a nuestro tiempo y en las condiciones que nos dé la gana.

—Solo faltaría. Chica me tienes intrigada con ese tío, ¿tan impresionante es? —Quiso saber Hana.

—No te lo detallo, mejor lo ves por ti misma —le respondió Sara.

—No lo vas a cambiar por tu amado —aseguré divertida hacia Hana.

—Ah, es que eso es imposible. —Movió las manos en el aire.

—Coño, ¿quién es tu amado? No sabía que tenías uno. —Se inclinó hacia delante Sara para verla bien porque yo estaba en medio de las dos.

—Las únicas que lo sabemos somos nosotras dos —me señaló y a ella misma, riendo—, y ahora tú. Él vive su vida, ajeno a ello.

—Mierda. —Dio un respingo en el taburete Sara—. Es él, ¿verdad? —Se refirió a la melodía de mi móvil que empezó a sonar.

—Pues seguramente, hay muchas posibilidades para ello porque no espero la llamada de nadie y menos a estas horas —asentí sin intención de sacarlo del bolso.

—¿Cuántas llamadas perdidas tienes ya? —Se interesó Hana y me encogí de hombros.

—Lo que yo diga, vamos a dejar Edimburgo con honores. —Bufó Sara.

—Que no me hubiera tocado la moral. —Medio giré para agarrar la copa y le di un buen trago.

—Es que no te conoce. —Soltó una carcajada Hana—. No se le hubiera pasado por la cabeza exigirte el cómo vestirte, marcarte cada paso que tenías que dar, el exigir horarios, … coño ¡que ha enviado hasta la ropa interior! ¡Para las tres!

—La verdad es que lo que ponía en la nota ha sido…

—Ya, se la he enviado de vuelta para que la relea bien, con alguna anotación —dije intentando no reír.

—¿Alguna? Has escrito más de medio folio. —Soltó una carcajada Hana.

—Los puntos hay que dejarlos muy claros, siempre. —Me uní a ella en las risas.

—Pues yo creo que lo mejor es que nos olvidemos de ir hacia donde nos ha pedido —negó varias veces Sara.

—¿Por qué? —La miramos.

—¿Cómo que por qué? Joder, ¿cómo nos va a recibir si aparecemos? Aparte de la nota retocada, le has devuelto todooo lo que ha enviado al hotel. Vaya por delante que a pesar de la prepotencia y de la forma en la que lo ha hecho, ha sido todo un detalle que nos haya hecho llegar tres vestidos impresionantes, uno para cada una. —Levantó un dedo.

—Por muy impresionantes que fueran, yo tengo mi propia ropa, al igual que vosotras. —Levanté una ceja.

Ya os he comentado que era cabezota por naturaleza, ¿verdad? Pues nadie iba a pasarme por encima por mucho dinero que tuviera, cambiando lo que tenía arraigado como lo correcto.

—¿Acaso lo conozco más allá de la compra de la casa y los momentos que me ha servido de guía para enseñarme inmuebles? —continué— Momentos que han sido contados y de corta duración, vaya por delante. Pues no, a mí las confianzas las justas si precisamente no las hay. Que se atreviera a alargar nuestras estancias y hacerse cargo por su cuenta de los gastos no le da ningún derecho a nada. Si lo hizo fue porque quiso, punto, y tengo intención de abonárselo el último día que estemos aquí porque no voy a deberle nada a alguien que no conozco.

—Estoy deseando ponerle cara —rio Hana— y, sobre todo, verle la que se le queda cuando te vea. —Se frotó las manos.

—Si se piensa que puede tener lo que quiera con un chasquido de los dedos va apañado, al menos no con nosotras —Bebí apurando la bebida y dejando la copa detrás de mí.

—¿Eso también va por mí? —preguntó disimulando Sara, provocando que soltáramos una carcajada.

—Vas incluida en el lote, sí —negué—. Al menos mientras estés bajo mi cargo que no me perdonaría nunca fallarle a Magdalena —me referí a su madre con la que tenía muy buena relación—. Cuando tú vayas por libre, cuando estés en España o viajes sola, haz lo que quieras, pero como estás junto a mí, hemos venido a un viaje de trabajo y no conocemos de nada a la gente, en este caso a Ethan, pues eso.

—Mi madre ya quiere que te lleve a todos los viajes conmigo. —Rio contagiando a Hana, yo la observé sonriendo.

—Vamos —dije de repente, bajándome del taburete.

—¿Adónde? —preguntó con un pequeño grito Sara.

—Ya lo sabes. —Reí alejándome de la barra ya que las consumiciones estaban pagadas.

No me había parado a llamar a ningún taxi. El taxista que nos llevó hacia la zona donde se agrupaban los bares y pubs ya nos adelantó que no tendríamos problema en conseguir uno porque se movían mucho por esa zona al ser muy transitada de noche. Lo que sucedió al poco de salir a la calle, donde nos abrigamos. Paramos al primero que vimos acercándose y nos subimos, sentándonos las tres en la parte trasera.

Quince minutos después el taxista nos dejaba en la dirección que le indiqué, pagamos y nos despedimos.

—¿Qué haces? —Me sorprendí al ver a Sara.

—Santiguarme y hacer una llamada a todos los ángeles de la guarda que tengamos para que estén con nosotras.

Hana y yo soltamos una carcajada que ella no entendió. Nos agarramos de los brazos y empezamos a caminar hacia nuestro destino. Me paré cerca de la entrada provocando que ellas hicieran lo mismo, observando a los dos guardias de seguridad que estaban en la puerta. Echando un vistazo rápido vi un letrero que colgaba discreto y cas imperceptible a la vista, al quedar en una esquina en alto, el que llamó mi atención.

Si no estabas casi encima de él ni se veía. Interiorizando el significado lo entendí todo, detalle que mis amigas no vieron y me callé para continuar hasta comprobar cómo iría la primera impresión.

Acercándonos a los de seguridad les dimos nuestros datos y por un instante pensé que no nos darían paso. Pensamiento que descarté cuando uno de ellos abrió la reja y entramos.

—Sara. —La llamé mientras avanzábamos hacia la puerta principal, comprobando la cantidad de coches que había aparcados en los laterales.

—¿Sí? Tranquila que estoy bien. —Se apretó contra mí, contraponiendo a sus palabras.

—No te separes de nosotras y ni del móvil —le pedí tranquila, pero dejando ver la seriedad para que se lo tomara de esa forma.

—¿Y por qué yo sola? ¿Y Hana?

—Ella no lo hará —sonreí—, y aunque lo haga ya ha tenido alguna toma de contacto con lo que creo que hay dentro y sabrá enfrentarlo. —Señalé hacia la puerta.

—¿Eso qué quiere decir? —Nos miró extrañada.

Me giré hacia Hana que se mantenía callada y por cómo lo hice supo interpretarlo todo, por lo que abrió los ojos y la boca sorprendida.

—Bienvenidas, señoritas. —Nos saludó un hombre trajeado y le correspondimos.

En cuanto estuvimos dentro la música suave nos envolvió, viendo a varias personas ir de un lado al otro.

—Coño, cuando dijo que lo iba a remodelar no imaginé que sería de esta manera. —Soltó un jadeo Sara, mirándolo todo con atención—. ¿Lo ha convertido en un pub? ¿En una discoteca?

—¡Ay!, no se aproxima para nada a eso y podría hacer perfectamente una rima con el «eso». —Soltó una carcajada Hana a la que me uní—. Agárrate bien a la estabilidad de los zapatos no te vayas a caer desplomada —la avisó nerviosa.

—Me estáis poniendo nerviosa —se quejó.

—Pues no tienes por qué, vamos. —Me adelanté tirando de ellas porque seguíamos unidas por los brazos. Nos dirigimos hacia la puerta por la que salía la música.

—¡Ostras! —Se paró de golpe Sara nada más entrar y la miré de reojo, sonriendo.

—Vaya, vaya, parece que os habéis dignado a venir. —Escuchamos una voz a nuestra espalda que nos sobresaltó por lo alto que habló y lo cerca que sonó.

Nos giramos encontrándonos con Ethan y miré de reojo a Hana, curvando los labios al no verla impresionada por su presencia, lo que sí hizo Sara. Estuve a punto de sacar un pañuelo y ponérselo debajo de la barbilla para atrapar las babas, reí interiormente al visualizarlo.

—Nos invitaste, pues aquí estamos. —Me centré en él sonriendo con un poco de irónica, lo que provocó que levantara una ceja.

Me quedó claro su semblante serio tirando a molesto, el que me importó poco o nada por no decirlo de otra manera. Con las manos en los bolsillos del pantalón del traje nos miró a las tres. Por un instante se centró en Hana presentándose, ya que era a la única que no conocía, al menos en persona porque sí que le había comentado de pasada que una amiga se había reunido con nosotras para pasar esos días allí.

—¿Estabas detrás de la puerta esperando? ¡Qué rapidez! —Dejé caer como si nada y levanté una ceja cuando recorrió mi cuerpo de arriba abajo.

—Podría decirse que sí, pero no literal. Estaba en mi despacho y os he visto aparecer por la cámara. Ahora te enseñaré cómo lo han dejado todo. —Curvó lo labios.

—Ya me he hecho una idea, seguro que ha quedado impresionante. La casa en sí se da para ello.

—¿Me estás esquivando? —Frunció el gesto.

—¿Yo? ¿De dónde sacas eso? Para nada. —Le quité importancia con un gesto de la mano.

—Estás preciosa, lo estáis las tres. —Rectificó a tiempo de que dijéramos algo al respecto—. Aunque pensaba que recibiríais mis regalos como un halago y me alegrarías al quedároslos.

—Te lo agradecemos —asentimos las tres por ello—, pero no hacían falta tantas molestias —negué—. He pedido que te hagan llegar todo. —Carraspeé.

—Ya lo tengo conmigo —confirmó con gesto serio.

—No lo dudo —sonreí de medio lado—. Así se lo pedí al recepcionista del hotel, que lo enviara directamente aquí y como por lo visto eres bastante conocido…

—Después comentamos la nota que me has devuelto.

—Iba todo muy claro, pero si te ha creado alguna duda…

—No es duda, sino más bien aclaración. —Levantó las dos cejas.

Sara se removió inquieta e intentó apartar la atención mientras Hana seguía con detalle la conversación, analizándolo.

—Vamos a por una copa. —Me puse de lado para cortar por el momento la situación, parándome a observar el ambiente que había—. ¿La inauguración perfecta, ¿no? Ha empezado bien la noche. —Hice referencia a toda la gente que había.

Recorrí toda la sala, la que me trajo muchos recuerdos. Para la hora que era, poco más de la medianoche, estaba bastante llena. Sonreí al escuchar una canción que me gustaba y la empecé a tararear hasta que me quedé con los labios entreabiertos frenando los ojos en un punto exacto.

Una sensación electrizante me recorrió el cuerpo y maldije porque cómo no iba a estar esa presencia allí teniendo en cuenta la temática del lugar. Kiran estaba apoyado en la barra y me quedé por unos instantes sin respiración al chocar con su mirada, la que tenía puesta en mí, observándome con intensidad desde la distancia.

Mierda y más mierda por las casualidades grité en pensamientos cuando se acercaron a él dos personas que reconocí. Nael y Amanda le dijeron algo a lo que no atendió, sin perder la concentración en mi presencia, traspasándome con la mirada.

Me giré rápido dándoles la espalda, cogiendo una gran bocanada de aire.

—Ven. —Más sorprendida me quedé cuando Ethan me agarró con firmeza de la mano y tiró de mí, dirigiéndose hacia la puerta por la que habíamos entrado.

—¿Adónde? —Intenté pararlo, sin resultado.

—Voy a enseñarte cómo ha quedado todo —respondió sin inmutarse y pegué un tirón fuerte para soltarme.

Esa vez sí que se frenó, medio girando hacia mí con el gesto fruncido.

—He venido con mis amigas. —Dejé claro porque esa noche y fuera de lo que era conocido para mí no pensaba alejarme de ellas, al menos si la noche no se encaminaba hacia otra dirección más familiar.

—No pasa nada, te esperamos aquí tomando algo —intervino Hana para que no tuviera ningún problema con él.

Bien supe que ese fue el motivo y me centré en ella viéndola con una expresión que dejaba claro que la actitud de Ethan no le estaba gustando nada, con Sara a su lado desconcertada.

—Ya la has oído. —Volvió a agarrarme, esa vez del brazo, empezando a caminar otra vez.

—Enseguida vuelvo, no os mováis de aquí hasta que llegue. —Fue lo único que dije dirigido a mis amigas sabiendo que lo harían.

Para él tenía otras que se me estaban atravesando y que me callé sin mostrar ninguna reticencia más para no llamar la atención, pero tenía todas las palabras en la punta de la lengua y cuando viera el camino libre, porque lo tendría, le iba a dejar más de una cosa clara. Para empezar que ni se le volviera a ocurrir poner sus manos encima de mí de esa manera, imponiéndose.

Conforme nos alejábamos la sensación de cosquillo no desapareció y ladeé disimuladamente la cabeza en una sola dirección, hacia donde había visto a Kiran. Transmitiéndome una sensación rara se me quedó marcado su gesto serio, frío y con el ceño fruncido mientras daba un paso hacia delante sin dejar de mirarme.

—Enseguida vuelvo, no os mováis de aquí hasta que llegue. —Fue lo único que dije dirigido a mis amigas sabiendo que lo harían.

Para él tenía otras que se me estaban atravesando y que me callé sin mostrar ninguna reticencia más para no llamar la atención, pero tenía todas las palabras en la punta de la lengua y cuando viera el camino libre, porque lo tendría, le iba a dejar más de una cosa clara. Para empezar que ni se le volviera a ocurrir poner sus manos encima de mí de esa manera, imponiéndose.

Conforme nos alejábamos la sensación de cosquillo no desapareció y ladeé disimuladamente la cabeza en una sola dirección, hacia donde había visto a Kiran. Transmitiéndome una sensación rara se me quedó marcado su gesto serio, frío y con el ceño fruncido mientras daba un paso hacia delante sin dejar de mirarme.

Capítulo 18



Kiran

—¿En serio? —Me giré cabreado hacia Amanda.

—¿Qué? —Reaccionó extrañada.

—Acabo de ver a Ethan —siseé apretando la mandíbula.

—¡No me jodas! —Se sorprendió Nael—. ¿Por eso nos has traído aquí?

—Está. —Se giró rápido para buscarlo—. Un poquito de calma. —Levantó las manos delante de nosotros después de dejar la copa encima de la barra.

—Los cojones calma. —La fulminé con la mirada—. ¿Esto es lo que llegó a tus oídos? —Señalé hacia el techo por señalar algo, refiriéndome a la casa—. ¿Qué ese tío iba a abrir un negocio en la misma línea que el tuyo?

—Sabéis cuánto tiempo he estado intentando localizarlo. ¿Os imagináis el peligro que ello conlleva? Vi el cielo abierto cuando me dijeron esta posibilidad y no se equivocaron. Lo removí todo hasta dar con la información exacta. Es muy escurridizo y difícil de encontrar porque no se mantiene mucho tiempo en un mismo lugar, pero estaba segura de que no se perdería la oportunidad de estar bajo este techo. —Empezó con mucha fuerza, perdiéndola poco a poco bajando el tono de voz.

—Ahora entiendo por qué me suenan muchas caras. —Me apreté la frente cerrando los ojos.

—El idiota ha echado mano a todos mis contactos llegando a los clientes. —Hizo una mueca ella.

La miré de reojo y solté un suspiro al ver sus ojos más brillantes de lo normal. Joder, me dije. La agarré y la acerqué a mí, abrazándola.

—Está bien, ya está —susurré con la barbilla apoyada en su cabeza—. Tendrías que habernos informado.

Si me había descolocado el llegar a la vivienda privada en la que vi entrar a Nora cuando la seguimos con el taxi… bueno, más que descolocado me había quedado aturdido, por la puñetera coincidencia. Como decía, si había reaccionado de esa manera cuando supe hacia dónde nos había llevado Amanda, poco a poco esa sensación fue a más al traspasar la puerta.

Fue evidente lo que se iba a llevar a cabo en el interior, para lo que estaba destinada esa casa por lo que nada más leer el letrero de la entrada y acceder a ella, me autoconvencí en que mis pensamientos no fueron desencaminados a la imagen que recreé de cuerpos desnudos en el momento en el que Nora entró y me quedé bajo la lluvia.

Para nada, era lo que iba a suceder en cualquier instante o ya se estaba llevando a cabo en las plantas superiores. Ni puñetera idea si ya había comenzado la acción porque desde que entramos en la sala principal no nos habíamos movido, donde los acercamientos y las conversaciones se daban solas para tantear un posible encuentro más arriba.

Me había chocado ver bastantes caras conocidas e incluso habíamos hecho varios comentarios cuando se habían acercado a nosotros para saludarnos, sobre todo a Amanda que era la dueña y señora del *Lust*, lugar que frecuentaban todos ellos. El asombro había ido dirigido en muchas direcciones.

Y ya el remate final se había dado con la aparición estelar de Nora junto a la chica que no conocía y a Hana. Sorprendido me había quedado, tanto que casi ni había pestañeado sin poder apartar la vista de ellas, o más bien de ella, de Nora. No sabéis hasta qué punto me tocó los cojones la presencia de Ethan, hablándoles directamente, girándome la cabeza por lo que representaba ese tío y el tenerlo a pocos pasos.

Y ya no digamos cuando había agarrado a Nora llevándosela con él. Ni puñetera idea del porqué no había prendido todo a mi alrededor al sentir el fuego consumirme y del que mis amigos, Nael y Amanda, fueron muy conscientes al ser evidente. El cabreo había ido a más cuando ella se soltó y no de buena manera ante la imagen que daban, lo que no le sirvió de nada al cogerla otra vez. No había podido evitar que mi cuerpo se moviera solo en esa dirección, dando varios pasos con un objetivo fijo.

—¿Y qué intención tienes? ¿Plantarte delante de él? —Cortó el silencio que se había creado Nael.

—Ella no lo sé, pero yo sí —aseguré en tensión.

—Y yo, ese es el motivo por el que... Ahora que tengo la posibilidad. —Se separó de mí Amanda, buscando algo dentro del pequeño bolso que llevaba.

—¿Qué vas a hacer? —Puse la mano encima del móvil que sacó—. Aquí no puedes actuar así, sabes de sobra que no estamos en el terreno correcto. —Descarté que hiciera la llamada que quería.

—Tiene razón, para que salga bien tendríamos que estar en casa —me apoyó Nael—. Con el poder adquisitivo que tiene ese tío… ¡no me jodas! —Exclamó de repente.

—Ya la has visto —dije convencido—. Tienes que sacarla de aquí, esto no se va a aparecer una mierda al *Lust*.

—Me cago. —Se llevó las manos a la cabeza, moviéndose hasta ponerse frente a mí—. ¿Qué cojones hace Hana aquí? ¿Para esto quería las puñeteras vacaciones?

—Pues es evidente, está Nora. —Di la respuesta más lógica.

—¿Vuestras chicas? —Se sorprendió Amanda y nuestras cabezas giraron hacia ella a la misma vez, por el significado de la pregunta—. Oh, por favor, dejad de negar lo evidente. Los únicos que no lo sabéis o no queréis creéroslo sois vosotros. —Puso los ojos en blanco—. Hay que sacarlas, sí. —Las buscó y señalé disimuladamente hacia el lateral donde estaban para que las encontrara porque las había seguido mirándolas de reojo—. Coño, el que acaba de acercárseles es Néstor.

—No me extraña, con todos los que hay del *Lust*. —Apreté la mandíbula ante el recuerdo de verlo con Nora—. Joder.

—Vamos —dijo decidida Amanda, dirigiéndose hacia ellos.

La seguimos sin hablar más y a pesar de todo lo que me recorría y de la necesidad de ir buscar a Nora y encontrarla, me tomé ese pequeño espacio de tiempo para hacer de apoyo a Nael. Por un instante intenté no reír porque tanto que ella lo había esquivado, se iba a dar de frente contra él en el lugar más inesperado. Con tranquilidad nos pusimos a sus espaldas.

Néstor que quedaba frente a nosotros levantó la cabeza y en su gesto mostró el desconcierto al vernos.

—¡Qué casualidad! —dijo reaccionando—. Kiran, Nael, Amanda… —Nos saludó, dejando los ojos fijos en ella.

—¿Qué? —Escuchamos el tono agudo de Hana—. ¿Por qué dices esos nombres? —Se acercó a él.

—Porque están detrás de ti. —Nos señaló centrándose en ella divertido por la expresión con la que lo estaría mirando.

—Claro, seguro. —Soltó una carcajada, sin creérselo.

—Y tan seguro —habló Nael remarcándolo.

El respingo de Hana no tardó en darse, hasta que después de unos segundos en los que apoyó la mano en el brazo de Néstor se giró hacia nosotros, quedando de frente.

—No puede ser —dijo con los ojos abiertos al máximo y empezó a mover la cabeza hacia los lados.

—¿Pensando hacia dónde escapar o dónde esconderte de mí? —Levantó una ceja Nael, sin apartar la atención del contacto entre Néstor y ella.

Miré de reojo a mi amigo, divertido al máximo conteniéndome.

—¿Perdona? ¿De dónde saca esas ideas, jefe? Por favor. —Movió las manos en el aire.

—Serán invenciones mías, ¿verdad empleada? —Se cruzó de brazos.

—Hola. —habló levantando una mano la chica que no conocíamos—. Me llamo Sara y soy amiga de Hana y de Nora.

La correspondimos presentándonos y cuando terminamos ya tuve bastante, urgiéndome el salir de allí hacia mi objetivo.

—Llévatela. —Le apreté un hombro a Nael que asintió serio—. Néstor —llamé su atención— ¿puedes llevar a Amanda a…?

—Sí —me cortó rápido, asintiendo—. No sé qué está pasando, pero…

—Yo pido un taxi —dejó caer Amanda para salir del paso—, pero antes tengo…

—Te he dicho que no es el momento, no aquí. —Le quité la intención.

—Lo pedirás, pero irás conmigo en él. —Le dejó claro Néstor, entrecerrando los ojos.

—Perfecto —comenté satisfecho, volviendo a contenerme ante ellos dos—. Amanda te dará la información para que lo comprendas —asentí como agradecimiento hacia él, obteniendo el mismo gesto por su parte.

—Yo voy al hotel… —Empezó a decir Sara, pero Nael la cortó.

—¿Estás en el mismo que Hana?

—Sí.

—Pues te vienes con nosotros —aseguró—. Tienes toda la casa para ti. —Se dirigió a mí—. Me quedo en el hotel —aclaró por si no me había quedado claro, rematándolo con expresión de satisfacción.

—Perdona, ¿y adónde voy yo? —intervino Amanda.

—Esa respuesta te la dará Néstor —respondió con guasa.

—Un momento, un momento. —Se echó hacia atrás Hana—. Yo no pienso irme de aquí y mucho menos contigo. —Lo señaló—. No sé por qué estáis dándolo por hecho, no pienso moverme hasta que no llegue Nora —negó.

—De ella me encargo yo. —Fue lo último que dije empezando a alejarme de ellos.

—¿Qué dices? ¡Estáis todos locos! Coño, ¿qué haces? ¡Que me sueltes! ¡¡Socorro que me secuestran!! Soy española, ¡ayudadme! ¡Ah!

Medio giré hacia atrás y solté una carcajada al ver a Nael caminar decidido detrás de mí, haciéndome un guiño con Hana sobre su hombro como si fuera un saco, manteniendo la palma de la mano al límite de su trasero, seguido por Sara que no sabía hacia dónde mirar, descolocada por la situación. La reacción a sus gritos fue miradas divertidas porque Nael como triunfador iba levantado el dedo pulgar ante todos.

Al llegar a la puerta esperé hasta que pasaron por mi lado. Dándole una palmada en el hombro que tenía libre me despedí de él, esperando hasta verlos salir por la puerta principal. Antes de desaparecer eché otro vistazo hacia el interior de la sala, curvando los labios al ver a Amanda y a Néstor en el mismo sitio del que no se habían movido, retándose con los ojos.

Tranquilo porque ya estaba todo encaminado me alejé de allí y me dirigí hacia el pasillo que tenía más cerca, mirando de reojo hacia las escaleras porque como a ese tío se le hubiera ocurrido subir a Nora…

El descontrol fue evidente porque hasta en el pasillo me fui encontrando a personas enfrascadas en la tarea de darse placer. Ni llegarían a las salas habilitadas para ello, esos de ahí no pasaban, pensé pasando cerca de ellos sin pararme mientras observaba el interior de varias salas que estaban vacías, al estar las puertas abiertas.

Llegué hasta una corredera y la abrí. El aislamiento me envolvió cuando la cerré y entendí el motivo al fijarme en lo que había. No se escuchaba ninguno de los sonidos que había fuera de allí, entre jadeos, música y el murmullo de las voces que se habían oído hasta ese momento.

Miré con atención. Era una sala enorme, con una decoración moderna en la que varias camas grandes ocupaban parte de la zona central, con dos bañeras de hidromasaje funcionando en un lateral. Las dimensiones de ellas eran considerables, nada que ver con lo que podáis imaginar. En la parte opuesta había potros con cadenas, cuerdas que colgaban del techo y varios listones grandes de madera que se alzaban formando una equis, con todo lo necesario para llevar a cabo esas prácticas que estaba seguro de que, dirigido por la mano de Ethan, sobrepasarían los límites que consolidaba ese estilo de obtener placer. De ahí la insonorización de esa estancia.

Tan en silencio estaba que pude apreciar unos sonidos. Giré la cabeza hacia la izquierda, empezando a caminar hacia la puerta que había. Estaba entrecerrada, por lo que esperé sin hacerme notar escuchando lo que se decía desde el otro lado.

—¿No te sorprende todo lo que has visto? —habló Ethan dejando salir la diversión que le provocaba, por lo que contuve las ganas de abrir de golpe.

—Es tuyo, yo no opino sobre ello —respondió Nora—. ¿Quieres decirme algo más? Ya me has enseñado cada rincón de la planta inferior y quiero volver con mis amigas.

—Aún falta el plato fuerte, las dos de arriba.

—Ya me hago una idea, no necesito verlas para saberlo. Seguro que serán tan impresionantes como lo que he visto hasta ahora —comentó con un tono de ironía que me tranquilizó.

Lo hizo, sí, al ser testigo de que no se la había camelado con alguna mentira o estrategia que más tarde le pudiera perjudicar. Pude respirar un poco más tranquilo porque, aunque no pudiera verlos, la tensión era palpable por las formas en las que se hablaban.

—Pensé que tu reacción sería otra. —Se escuchó el ruido de una silla arrastrándose—. Ven —exigió.

—Estoy bien aquí. Ethan quiero continuar la noche —soltó un suspiro que pareció cansado.

—Creía que serías de las que se dejan llevar, aunque me costara un poco al principio. —Rio él—. Va a ser más interesante de lo que había pensado en un principio.

—Lo que tú pienses… —hizo una pausa Nora— o hayas podido creer, me trae sin cuidado. No me conoces de nada Ethan, no te las des como si fuera el caso por poco que intuyas que lo has hecho.

—No me decepciones, Nora. —Cambió el tono de voz.

—No me importa hacerlo porque respecto a ti no tengo que hacer nada. Estás sacando demasiadas cosas de contexto y fuera de lugar. Me has traído hasta aquí, parándonos al lado de los que están teniendo sexo para ver mi reacciones.

»Quizás te pensabas que iba a salir corriendo, pero si lo hago no será por ese motivo insignificante y que me paso por una zona en concreto. No, si me alejo de aquí es por lo que me estás transmitiendo y por cómo te estás comportando.

»El señor con dinero, el que todo lo puede y caen a sus pies… lo llevas claro si en algún momento se te ha pasado por la cabeza que yo… ¿qué haces? ¡Suéltame!

Hasta ahí llegué abriendo tan fuerte la puerta que chocó con la pared, rebotando en ella. Sorpresa, eso es lo que me encontré cuando di un paso hacia dentro y no precisamente porque durara por el sobresalto que se habían llevado por el estruendo de la puerta.

La expresión de Ethan fue para enmarcarla. Me deleité en ella satisfecho, pero la cambió demasiado rápido. La de Nora fue… pues no sé si mezclando el alivio y el asombro, a saber.

—¿No la has oído? ¿O te lo tengo que repetir yo? —Me paré tranquilo en medio de la habitación, observando cómo la tenía sujeta por las muñecas.

—Kiran… —pronunció Nora.

—¿Qué narices haces tú aquí? —Apretó la mandíbula él—. ¿Cómo te has enterado…?

—Preguntas como si te fuera a responder a algo. —Solté una carcajada fuerte, provocando que Nora agrandara los ojos y a él se le atragantara—. No veo que la hayas soltado. —Di un paso al frente, levantado una ceja—. Tienes una habilidad extraordinaria para tocarme los cojones siempre, eligiendo lo que me toca de cerca. Muy mal Ethan, yo que tú me pensaría muy bien los pasos que vas a dar porque te tengo muchas ganas.

—¿Lo conoces? —Se dirigió hacia Nora con voz fría, apretándole las muñecas.

—No te importa —hizo fuerza ella para soltarse— y es evidente que sí. Leches, apártate ya. —Bajó los brazos con un movimiento rápido deshaciéndose de su contacto, dándole un empujón.

—Ven —pedí dirigiéndome a ella, metiendo las manos en los bolsillos.

Sin dudar, se acercó poniéndose a mi lado, lo que me hizo soltar el aire que había retenido ante una posible negativa. Conociéndola, lo poco que lo hacía, la posibilidad de que se diera había sido enorme y precisamente en ese instante era lo último que necesitaba.

—Protégete las espaldas Ethan, ahora más que nunca —siseé fulminándolo con los ojos—. Créeme que nuestro reencuentro se dará muy pronto.

s—Llévatela —gritó y sonreí al verlo perder los nervios—. No sirve ni para follar.

Todo en mí estalló al escuchar sus últimas palabras, provocando que me lanzara sobre él y lo acorralara contra una mesa que había, tumbándolo hacia atrás. El impacto fue fuerte al no habérselo esperado, con mi peso haciendo presión.

—Ni aun lavándote la boca hables de ella. El que no sirve para follarse a nadie eres tú, frustrado de mierda —siseé apretándome contra él—. A ver cuando te enteras de que no existe mujer que no sepa follar, sino hombres que no saben llevar la situación.

—Kiran… —susurró Nora y el apuro y los nervios en su voz fueron evidentes, por lo que me separé de golpe.

—Vamos. —Llegué hasta ella y la agarré de una mano para sacarla de allí—. Recuerda este momento, Ethan. —Me paré antes de hacerlo—. Márcalo en tu calendario porque te has sentenciado más de lo que estabas.

Queriendo alejarla de ese lugar tiré de ella, en silencio. Curvé un poco los labios cuando acomodó la mano a la mía, haciendo una unión perfecta. Sin prestar atención a nada la llevé hasta la salida donde el aire fresco alivió un poco la mala leche que me estaba consumiendo.

—Tengo que ir a por mis amigas —susurró.

—No están —respondí cortante por todas las sensaciones que me recorrían.

—¿Cómo? —Se paró preocupada queriendo que yo hiciera lo mismo.

—Se han ido con Nael al hotel, y Amanda con Néstor por libre —respondí para que se tranquilizara sin dejar de andar, arrastrándola.

—Ah. —Fue lo poco que dijo, descolocada por todo.

Con ganas de partirle la cara y más que eso al que dejaba atrás, así caminé ligero hacia la reja. Ganas que iba acumulando, pero no había sido el momento queriendo apartar a Nora de su lado, lo que había primado esa vez.

Haciendo un gesto con la cabeza hacia los guardias de seguridad como despedida, empezamos a caminar por la acera, dejando atrás la mierda que iba a ser ese lugar en poco tiempo.

—Vamos. —Llegué hasta ella y la agarré de una mano para sacarla de allí—. Recuerda este momento, Ethan. —Me paré antes de hacerlo—. Márcalo en tu calendario porque te has sentenciado más de lo que estabas.

Queriendo alejarla de ese lugar tiré de ella, en silencio. Curvé un poco los labios cuando acomodó la mano a la mía, haciendo una unión perfecta. Sin prestar atención a nada la llevé hasta la salida donde el aire fresco alivió un poco la mala leche que me estaba consumiendo.

—Tengo que ir a por mis amigas —susurró.

—No están —respondí cortante por todas las sensaciones que me recorrían.

—¿Cómo? —Se paró preocupada queriendo que yo hiciera lo mismo.

—Se han ido con Nael al hotel, y Amanda con Néstor por libre —respondí para que se tranquilizara sin dejar de andar, arrastrándola.

—Ah. —Fue lo poco que dijo, descolocada por todo.

Con ganas de partirle la cara y más que eso al que dejaba atrás, así caminé ligero hacia la reja. Ganas que iba acumulando, pero no había sido el momento queriendo apartar a Nora de su lado, lo que había primado esa vez.

Haciendo un gesto con la cabeza hacia los guardias de seguridad como despedida, empezamos a caminar por la acera, dejando atrás la mierda que iba a ser ese lugar en poco tiempo.

Capítulo 19



Nora

—¿Adónde vamos? —susurré al no saber la dirección que le facilitó Kiran al taxista.

—No falta mucho para que lo veas. No te preocupes, si cuando lleguemos no te sientes a gusto y quieres irte, yo mismo llamaré a un taxi.

Asentí sin dejar de observar a través de la ventanilla. Desde que nos habíamos montado en el coche el silencio nos había rodeado, esas habían sido las primeras palabras rompiendo un poco el hielo. Me sentía un poco superada por su cercanía, a pesar de que más pegada hacia la puerta no podía ir. Con un suspiro me giré hacia él.

—Me llamo Nora. —Extendí la mano.

Levantó una ceja ante mi salida. Era consciente de que lo sabía, pero no por mí.

—Kiran. —Me correspondió agarrándomela.

Bajé la mirada hacia el roce de sus dedos sobre mi piel, sintiendo el calor que me envolvió. Era la segunda vez que nuestras manos se unían en un breve espacio de tiempo. Hice el intento de soltarme y levanté la cabeza de golpe al no poder hacerlo porque apretó un poco el agarre para que no me separara, percibiendo que se ponía tenso.

—¿Estás bien? —Quiso saber y también fue la segunda vez que me hacía esa pregunta. La primera la pronunció a borde de la piscina del *Lust*, cuando me quedé embelesada viéndolo en acción.

—Sí —asentí y aflojó la tensión, soltándome lentamente.

—Me alegro. —Desvió la mirada hacia delante.

Observé su perfil con atención, sin creerme todavía que estaba con él, en un taxi y a saber hacia dónde. Detalle que no me preocupó, así me lo transmitía y me fiaba al cien por cien de mi intuición.

—¿De qué conoces a ese tío? —preguntó y el cambio en su voz llamó mi atención.

—¿A Ethan? —susurré.

—No hace falta que lo nombres. —Apretó la mandíbula.

—Hace pocos días que le he vendido la casa en la que hemos estado esta noche. —Empecé a explicar y ladeó la cabeza hacia mí—. Trabajo en una inmobiliaria, soy la dueña. Por ese motivo, Sara, que trabaja para mí, y yo, vinimos para cerrar la venta.

—¿Lo conocías de antes? —Buscó mis ojos con intensidad.

—No, bueno… sí que había tenido contacto con él con los intercambios de correos, pero sin salirnos de la línea del trabajo. Todo muy profesional. —Bajé la mirada hacia las manos, uniéndolas encima de las piernas.

—¿Cuándo te vi…?

s
r—Hacía poco que habíamos llegado a Edimburgo y fuimos directos hacia la casa, para que volviera a verla antes de firmar. —Me encogí de hombros—. Después de eso nos llevó hasta su empresa para formalizar la venta y nos invitó a comer para celebrarlo. Lo vi varias veces los siguientes días porque se ofreció para enseñarme inmuebles de aquí —comenté con naturalidad, sin que me costara sincerarme con él.

—Entiendo. En esa primera vez que te vi no lo reconocí. Dentro del taxi quedaba tapado por tu cuerpo y cuando os vi entrar en la casa me dio la espalda en todo momento. Si lo hubiera sabido. —Con la reacción que tuvo por las últimas palabras dejó la evidencia de lo que le provocaba.

—¿De qué lo conoces tú? Por cómo le has hablado… ¿hace mucho tiempo de ello? —Me aventuré pensando en que si yo había sido sincera, él me correspondería de la misma manera y así fue.

—Es largo de contar. —Dejó caer la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos—. Hace tiempo tenía los negocios y vivía en España, desapareció con el rabo entre las piernas porque no le quedó otra opción.

l
—¿A qué te refieres? —murmuré.

—Era habitual del *Lust*, ahí coincidí con él la primera vez. No es que tuviéramos un acercamiento a nivel personal, pero sí compartimos horas de sexo, juntos y por separado. A juntos me refiero…

—Ya, no hace falta aclaración. —Carraspeé, provocando que curvara los labios sin moverse ni abrir los ojos.

—No necesité mucho tiempo para saber que no se le podía quitar la vista de encima.

—¿Por qué?

—Sus prácticas no te gustarían. —Los abrió para mirarme de reojo y fruncí el gesto—. Es agresivo, le gusta llevar a las mujeres al límite del dolor, saltándose todas las reglas y poco le importa las suplicas una vez te encierras con él. ¿Entiendes?

—Sí.

—Con la primera toma de contacto de la que fui testigo directo puse en aviso a Amanda y a partir de ese momento, los siguientes días que aparecía, nos fuimos turnando para que siempre hubiera alguien de confianza junto a él, para verlo en acción y frenarle los pies si era necesario. Hasta tu amiguito Néstor —remarcó con retintín— presenció lo que es capaz de hacer.

—No sé porque utilizas ese tono para referirte a él.

—¿No practicas sexo con él? —Se puso recto, levantando una ceja.

—Es evidente, al igual que tú con muchas otras. —Contraataqué seria.

—Hemos llegado. —Escuchamos la voz del taxista y nos dimos cuenta de que estábamos parados.

Kiran se inclinó hacia delante y le pagó a través de un cristal de protección, el que nos había dado privacidad para hablar en tono bajo.

—Vamos —me pidió.

Al bajar miré con atención la zona y las casas que había en ella. Hacia una se dirigió. Buscó las llaves y abrió, dándome paso después de encender la luz.

—Aquí vivo provisionalmente —comentó cerrando, después de pasar por su lado.

—¿Sueles estar fuera de España a menudo y por largo tiempo?

—Desde hace una temporada la veo muy de lejos, sí, pero tengo intención de cambiarlo cuando termine el trabajo que me ha traído hasta aquí. Quiero aflojar un poco. Yo también soy dueño de una empresa y por lo que sé no te gusta como trabajo, por tu comentario tan agradable la primera vez que nos vimos —comentó y me ruboricé un poco, sintiéndome apurada, pero su expresión divertida me calmó.

—Es que vaya tela la distribución que tiene la empresa de Nael. —Puse los ojos en blanco.

—La que él eligió, yo solo trabajé sobre sus ideas. —Rio.

—Ah. —Me ruboricé más al haberlo señalado como el autor de ello—. ¿Y qué se supone que hago aquí? —Recorrí el salón sintiendo la temperatura agradable que desprendía el suelo, por lo que entendí que la calefacción venía de ahí.

—Por ahora hablar… —dijo mientras se quitaba el abrigo e iba hacia una silla para dejarlo—. Dame el tuyo —me pidió alargando una mano.

—¿Y qué pasó en el *Lust*? —Se lo ofrecí.

—Cometimos un error —negó—. Hasta ese momento Amanda no pudo negarle la entrada porque de todas las chicas que estaban con él, ninguna dijo nada negativo. ¿Quieres algo de beber? ¿Un poco de vino u otra cosa?

—El vino me parece bien —asentí.

Me quedé sola mientras él iba a lo que supuse que era la cocina y fui hacia el sofá, sentándome en él para esperarlo.

—A mí me pilló estando de viaje —siguió explicando mientras dejaba las copas encima de una mesa pequeña, abriendo la botella—. Y Nael aquella noche, como muchas otras, no fue. —Vertió el vino y cuando terminó se sentó a mi lado, ofreciéndome una copa, la que cogí dándole un sorbo.

»Los que sí estuvieron muy presentes fueron Amanda y Néstor, pero no lo suficiente, porque sin saber cómo sucedió, ya que ella tenía avisados a todos sus trabajadores para que le notificaran si aparecía, se coló sin que se dieran cuenta. —Acarició la copa con la vista fija en ella—. Por eso digo que no fue suficiente porque cuando dieron con él el mal ya estaba hecho, terminado y lo empeoró.

—¿Qué hizo? —susurré descomponiéndome.

—Llevó al límite a una mujer, con la que estuvo a puerta cerrada y ella no lo pudo resistir.

—¿La mató? —pregunté con voz aguda y me recorrió de todo por el cuerpo cuando asintió.

—Y no solo eso, la primera en llegar fue Amanda porque la alertaron de que de una de las salas se escuchaban sonidos que se contradecían con el placer. Cuando se aventuró a entrar para saber qué estaba sucediendo, se llevó el impacto de ver la escena de la chica ensangrentada con Ethan a sus pies mientras seguía dándole golpes con un látigo. Al verla la tomó con ella. —Apretó la mandíbula.

—¿Le hizo daño también? —Me removí nerviosa.

—Sí, más del que te imaginas. —Se bebió el vino de golpe y dejó la copa con fuerza en la mesa—. Fue Néstor el

que se encontró la escena final y se echó encima de él para proteger a Amanda. Ethan desapareció por el alboroto que se formó y porque Néstor tuvo que centrarse en Amanda que era la que respiraba en ese momento, al no dejarla en buenas condiciones.

»Fue demasiado tarde para que no le quedaran cicatrices, las del cuerpo desaparecieron, pero las internas… esa todavía son una carga muy pesada para ella, junto con el recuerdo de la chica que sacaron sin vida de la casa. Durante un buen tiempo el mundo se le vino encima y el *Lust* permaneció cerrado.

—Si no conoces la historia es impensable imaginárselo, por cómo se muestra ante los demás —dije pensativa.

—Así es —negó curvando los labios, pero dejando ver tristeza—. Ni lo mostrará ante nadie que no sea de su confianza, y aun así, muchas veces tengo que presionarla para que se abra. Es un tema muy delicado, como lo fue lo que le afectó.

—Qué dolor.

—Cuando recibí la llamada de Nael informándome de lo que había pasado me volví loco. —Dejó caer la cabeza en las manos—. Regresé, fui directo hacia el hospital y su imagen… removí cielo y tierra para encontrar a ese desgraciado, pero se escapó demasiado rápido abandonando el país.

—¿Por eso esta noche estabais ahí?

—Eso es lo gracioso, al menos Nael y yo desconocíamos ese dato. ¡Qué nos íbamos a imaginar esa situación! —Soltó un bufido—. Ha sido todo obra de Amanda, nos ha llevado con la certeza de que lo había encontrado, pero sin saber si haría acto de presencia. Es tan prepotente y le va tanto el vicio que no ha podido resistirse a estar. Hijo de…

—¿No tendríamos que llamar a la policía? Por si sucede…

—Dudo que después de lo que ha pasado esta noche sobrepase nada, a saber, si ya se ha vuelto a esconder. En el taxi le he enviado un mensaje al policía que lleva el caso y con el que sigo teniendo contacto porque no lo han cerrado.

—Ah… si ya están informados —dije pensativa, removida por dentro por todas las sensaciones al saber la verdad —. Nunca confié en él, su mirada transmitía… —comenté provocando que se girara hacia mí—. Algo me tiraba para atrás y por todo lo que hacía y de la forma en la que lo llevaba a cabo…

»Sara y yo no teníamos intención de alargar el viaje más allá de lo que nos llevara cerrar la venta, quizás un día más ya que estábamos aquí, pero para de contar. La sorpresa fue mayúscula cuando comentó que quería hacer unas reformas y nos propuso que permaneciéramos para que pudiéramos verlas.

»En ningún momento imaginé para qué estaría destinada la casa, la primera idea que se tiene siempre es que ser para uso personal. Cuando nos dejó en el hotel después de salir del restaurante al que nos llevó después de la firma, y al haber aceptado, porque tampoco lo vimos mal para disfrutar de Edimburgo a nuestro aire, me quedé

loca cuando le pregunté al recepcionista si nos podía alargar la estancia.

—¿Por qué?

—Por su respuesta. Según nos dijo, desde bien temprano ya habían modificado la reserva para diez días más. —Me encogí de hombros—. Lo hizo con menos de una hora de vernos al haberle comentado en qué hotel nos quedaríamos. La propuesta fue varias horas después, lo tenía todo pensado.

—Desgraciado. —Se levantó de golpe.

—¿Lo pillarán alguna vez? —Dejé la copa junto a la de él.

—Espero que sí, no quiero pensar en otra posibilidad. —Caminó delante de mí, intranquilo.

—Tendríamos que haber gritado antes de irnos que el dueño es un sádico y asesino, para que llegara a oídos de todos y estuvieran informados para poder tomar la decisión de permanecer o irse —solté un suspiro.

—Ya te digo que solo hubiéramos obtenido risas y nadie se hubiera movido —negó—. Quédate tranquila, estoy más que convencido que esta noche no se irá de control.

—¿Y las demás? —Me incorporé nerviosa al imaginar lo que podía llegar a suceder siendo él el propietario.

—A quien debía avisar ya está informado. —Se acercó hacia mí y levanté la cabeza hacia él por la diferencia de estatura—. Por nuestra parte hemos hecho todo lo que está en nuestras manos. Amanda consiguió dar con él y ya es un paso muy importante porque pueden tirar de hilos para seguirle la pista. El desgraciado se baña en billetes, pero no tiene nada a su nombre para evitar ser localizado.

—¿Entonces cómo darán con él? La compra de la casa la hizo a su nombre. —Fruncí el gesto, pensativa.

—No puedo responderte a lo que no sé, pero ese dato da más fuerza a lo que he dicho. Me aferro a la idea de que cometa algún otro fallo, el primero ha sido el de la casa, seguramente pensándose que pasaría desapercibido.

—Vale. —Hice una mueca.

—Ponte cómoda, ahora vengo. —Contuve la respiración ante el contacto de sus dedos sobre mi boca.

La acarició centrándose en ella, hasta que levantó la vista encontrándose con la mía.

—¿Quieres irte? —susurró.

—No —respondí rápido y segura.

Sus labios se curvaron acortando más la distancia entre nosotros.

—¿Sabes realmente lo que te estoy proponiendo? ¿Lo que significa? —Se inclinó quedándose a pocos centímetros, calentándome con su aliento cuando volvió a hablar— ¿Eres consciente de lo que…?

—Lo sé todo y lo soy —murmuré.

Sin dejar de observarme pasó la lengua por mis labios, lamiéndolos despacio. Se separó de golpe alejándose de mí, dejándome temblorosa y excitada.

—Sigue en el sofá cómoda, ahora salgo —dijo sin volverse, perdiéndose por el pasillo.

Con un suspiro me dejé caer de golpe en él, intentando recomponerme por lo poco que había sucedido.

—Joder, si me he puesto así por esa tontería… —Cogí la copa y vacié el vino en la garganta.

La rellené y volví a hacer lo mismo sintiéndome superada por la ansiedad de la anticipación de lo que iba a suceder, lo que llevaba demasiado tiempo deseando sin reconocérmelo a mí misma.

Sus labios se curvaron acortando más la distancia entre nosotros.

—¿Sabes realmente lo que te estoy proponiendo? ¿Lo que significa? —Se inclinó quedándose a pocos centímetros, calentándome con su aliento cuando volvió a hablar— ¿Eres consciente de lo que…?

—Lo sé todo y lo soy —murmuré.

Sin dejar de observarme pasó la lengua por mis labios, lamiéndolos despacio. Se separó de golpe alejándose de mí, dejándome temblorosa y excitada.

—Sigue en el sofá cómoda, ahora salgo —dijo sin volverse, perdiéndose por el pasillo.

Con un suspiro me dejé caer de golpe en él, intentando recomponerme por lo poco que había sucedido.

—Joder, si me he puesto así por esa tontería… —Cogí la copa y vacié el vino en la garganta.

La rellené y volví a hacer lo mismo sintiéndome superada por la ansiedad de la anticipación de lo que iba a suceder, lo que llevaba demasiado tiempo deseando sin reconocérmelo a mí misma.

Capítulo 20



Kiran

Dejándola en el salón caminé hacia la habitación que quería. Entré y sonreí acercándome a lo que reposaba en una esquina. Me agaché y lo cogí, yendo hacia el centro. La estancia era bastante grande y estaba vacía, sin muebles, por lo que había mucha libertad de movimiento. Lancé hacia arriba una cadena sin obtener el resultado que quería Con dos intentos más conseguí colgarla de una de las vigas que quedaban al aire como decoración, y no sabía el arquitecto que diseñó la vivienda lo bien que me iba a venir para hacer lo que deseaba.

Ajusté la cadena y lo preparé, saliendo y cerrando tras de mí para dirigirme a mi habitación. Nada más entrar me desprendí de toda la ropa que llevaba, quedándome desnudo por completo. De esa manera caminé por ella cogiendo todo lo que necesitaba.

Antes de darle encuentro a Nora, hice una parada en la otra habitación en la que había estado primero y coloqué una silla cerca de lo que había montado, soltando lo que llevaba en las manos. Impaciente por darle uso a todo, volví al pasillo, parándome en el marco de la puerta del salón.

A pesar de lo jodido que me había sentido ante la situación que se había dado, no podía estar más satisfecho por lo bien que había salido todo, en el sentido de haberme encontrado con Nora, sin necesidad de buscarla por mi cuenta. Para mí queda la tranquilidad que sentí ante su explicación del trato que había mantenido con el desgraciado, siendo consciente de la realidad.

Curvé los labios al escucharla murmurar, hablándose a ella misma sin llegar a entender qué conversación estaba teniendo. La observé haciendo una pausa sin que fuera consciente de mi presencia ya que iba descalzo y no había hecho ningún ruido.

Tuve que contenerme para no reír cuando la oí soplar varias veces, al recordar la noche de la fiesta de la empresa de Nael, cuando chocó conmigo borracha. Difícil mantener la compostura porque más graciosa no podía ser la imagen de sus mofletes hinchados llenos de aire y la forma en la que lo dejaba salir.

A ver quién cojones me iba a decir a mí que la primera vez que me di de frente con ella y posteriormente la encontré en el *Lust,* grabándome su cuerpo con la diminuta vestimenta que llevaba y desnudo, iba a terminar por

darse la situación que tenía delante. Ya, ahora me diréis que el que no lo supe anticipar fui yo, que vosotros lo tuvisteis muy claro desde el principio. Aceptado, porque acertasteis de pleno algo que yo no había podido imaginar, a pesar de que en mis pensamientos había tenido todo tipo de acercamientos hacia ella, a cada cual más satisfactorio.

Tenía memorizada cada parte de su cuerpo, al detalle, sobre todo las zonas que solo se muestran en la intimidad, aunque en las circunstancias en las que las vi, menos intimidad no pudo haber. Estaba deseando descubrir de cerca sus pechos y zona íntima, degustarlos a conciencia, perdiéndome en ellos durante horas interminables de todas las formas que necesitaba y el cuerpo me pedía desde hacía muchísimo tiempo.

Carraspeé para llamar su atención, lo que surtió efecto al instante. Se giró hacia mí y más curvé los labios al ver cómo agrandó los ojos, recorriéndome con ellos el cuerpo desnudo. Mi miembro, que hacía un rato que estaba erecto por la anticipación y los pensamientos que estaba teniendo, se movió tenso, mostrando la aprobación de su observación.

—¿Te gusta? —dije con voz ronca al verla morderse el labio inferior mientras se levantaba del sofá— Ven.

Sin responderme empezó a acercarse, hasta quedar a pocos pasos. Me separé del apoyo del marco y le di la espalda, caminando por el pasillo. Sonreí sin que me viera, al darle la espalda, cuando escuché un pequeño suspiro, el que estaba seguro de que había sido involuntario y se le había escapado.

Al llegar a la habitación que había preparado me paré girándome hacia ella, abriendo despacio, lo justo para no dejarla ver el interior.

—Ve a la segunda puerta. —Señalé en la dirección—. Es mi habitación. Quítate la ropa, te quiero desnuda por completo y cuando estés lista ven aquí. —Mostré en la voz el deseo que sentía.

En silencio asintió y se alejó de mí. Viéndola caminar decidida hacia donde le había indicado me quedé como un tonto observando sus movimientos al caminar. En otro momento se daría la oportunidad para desnudarla con mis manos y boca, pero ese no sería el caso esa noche.

Cuando desapareció del pasillo hice lo mismo, cerrando la puerta. Me acerqué hacia la silla y esperé sintiendo cada fibra nerviosa y ansiosa. Curvé los labios al escuchar varios golpes en la puerta y negué divertido mientras le daba paso.

La diversión desapareció en cuanto se mostró delante de mí sin ningún obstáculo para la vista. Apreté la mandíbula por la excitación que me provocó verla acercarse, despacio, después de cerrar.

Sus ojos se centraron en lo que llamó su atención y el nerviosismo fue más que evidente cuando buscó mi mirada, la que seguía observándola con intensidad. Los desvió hacia la silla, viendo todo lo que reposaba en ella.

—¿Te parece bien? —susurré poniéndome a su espalda.

—Sí —respondió con un jadeo cuando rodeé sus pechos con las manos, amasándolos y presionándolos, pegando su cuerpo contra el mío.

Mi miembro se encajó entre sus nalgas, quedando resguardado en ellas. Dio una sacudida y me clavé, necesitando que notara cada parte y lo excitado que me tenía.

—Te vas a subir ahí. —Hice referencia a lo que tenía delante mientras apresaba los pezones y tiraba de ellos.

—Para estar provisional aquí, te veo muy preparado. —Se refregó contra mí y paró los movimientos cuando posé una mano por encima de su sexo.

Con un pie le moví las piernas para tener pleno acceso. La deslicé dejándola extendida por completo, cubriéndolo y haciendo presión con la palma de la mano.

—¿Algo que objetar? —Me incliné hacia su cuello, apartándole el pelo.

—No. —Cogió aire por el roce de mi lengua sobre él, lamiéndolo.

—Eso me parecía. —La besé en el hombro, con los labios curvados—. Lo vas a estrenar tú —le aclaré.

—¿Hasta ahora no…? —Dejó de hablar cuando mis dedos se movieron deslizándose sobre su sexo.

Satisfecho por cómo estaba reaccionando arrastré la humedad que me encontré. Acariciando, tanteando y rodeando la entrada por la que me colaría con fuerza y sin descanso. Humedecí toda la zona, hasta llegar al clítoris. Con caricias suaves para ponerla como necesitaba, desesperada, llevé el cuerpo hacia abajo, sin separarme, dejando el miembro colocado cerca del calor que desprendía.

Se removió inquieta entre mis brazos, dejando caer la cabeza hacia atrás.

—Pensé… pensé que estando Amanda… —Soltó un jadeo cuando presioné con fuerza el clítoris, como represalia a ese pensamiento, a pesar de tener lógica ante sus ojos.

—¿Piensas que me la follado? ¿Aquí? —susurré girándole la cabeza con la mano que tenía libre, encontrándome con sus ojos nublados por el deseo.

—Sí —gimió al intensificar los movimientos.

—Ya veo —susurré acercándome hasta rozar su boca con la mía.

La besé con intensidad. El contacto fue electrizante, tanto, que la desesperación nos envolvió con nuestras lenguas buscándose y con la suavidad de nuestros labios encajando con los del otro. Se me nubló la mente por todo lo que me transmitió y sentí, unas sensaciones difíciles de explicar que me dieron un anticipo de lo que ese encuentro iba a ser en realidad. Nos separamos cogiendo aire devolviéndonos el fuego que desprendían nuestros ojos.

—No lo he hecho —susurré antes de mordisquearle el labio inferior.

—¿Cómo? —sonreí.

—Que no me la he follado, en muchos años —confirmé.

—En muchos años —repitió tragando saliva.

—Así es. Lo hice, sí, pero en pasado. La historia de cómo la conocí ya te la contaré, ahora solo quiero que sepas que Amanda… —hice una pausa, frenando los movimientos de los dedos y deslizándolos hacia abajo hasta dejar la palma de la mano colocada otra vez sobre la zona, abarcándola toda— es como una hermana pequeña para nosotros. En eso se convirtió, impensable pensar en su cuerpo y que me excite por ello, todo lo contrario.

—¿En serio? —Acompañé a sus palabras haciendo presión hacia arriba con la mano provocando que dejara escapar un jadeo.

—Es la única verdad que hay, por muchas bromas que puedas escuchar de nosotros, al igual que Nael. ¿Alguna duda más? —La agarré de la mandíbula para ver si el reflejo de sus ojos se correspondía con la respuesta que iba a dar.

—No. —Tragó saliva y asentí satisfecho.

Me separé hacia atrás perdiendo el contacto con ella. Agarrándola de la mano la llevé unos pasos hacia delante, justo hasta quedar rozando el columpio que había montado. Comprobé la estabilidad dando varios tirones de las cadenas sin dejar de observarla y la ayudé a subirse dejándola sentada sobre las tiras que sujetarían su cuerpo.

—Agárrate —le pedí llevándole las manos a los agarres.

En silencio pasé una de sus piernas por detrás de una de las tiras, dejándola hacia arriba, abierta y sujeta por detrás de la rodilla a ella. Lo mismo hice con la otra. Abierta por completo, dejando el camino libre para la vista y para todo lo que quisiera hacer, di un paso hacia atrás, en tensión, recreándome en su zona íntima, brillante y expuesta al detalle, frente a mí.

Hice un recorrido por todo, comprobando que estaba bien y no mostraba ninguna molestia.

—¿Preparada? —Quise saber antes de continuar, con la voz ronca por el deseo.

—Sí. —A pesar de su corta respuesta fue evidente la ansiedad que sentía.

Caminé hacia la silla para hacerme con la primera cosa que utilizaría mientras movía una de las tiras que la sujetaban. El columpio empezó a balancearse, despacio.

—Afloja el agarre. Vas a cargar mucho los brazos y no lo aguantarás. Deja caer el peso, estás segura.

—Es un poco difícil relajarse —soltó un suspiro.

—Aquí te manejo yo, tú solo tienes que recibir. —Comprobé de reojo como aflojaba la fuerza de las manos y poco a poco echaba la espalda hacia atrás, hasta quedar inclinada en la posición correcta sin perder la sujeción.

Lo primero que escogí fue un pequeño látigo con tiras volviendo frente a ella. Con los ojos brillantes lo observó en mi mano, hasta que me llevé toda la atención cuando me agarré con la otra el miembro con fuerza. Apreté la mandíbula dándome la intensidad que necesitaba mientras deslizaba con movimientos lentos la mano de arriba abajo, parándome en el glande para arrastrar las gotas de semen que se habían escapado.

Me mantuve así dejando que se recreara en mi imagen mientras mi tensión se acrecentaba al comprobar su zona más brillante, la que me llamaba a gritos a pocos centímetros de mí.

Paré los movimientos para centrarme en ella. Acortando la distancia dejé apoyado el látigo en un lugar donde no estorbara, llevando las manos hasta su garganta y hombro, desde donde las deslicé hasta llegar a los pechos. Con un movimiento rápido que la hizo retener el aire, la incorporé por la espalda para llevármelos a la boca, pasando de uno a otro, degustándolos a conciencia interiorizando el aroma que desprendía su piel. Sintiendo su excitación contra el largo de mi miembro los sujeté con firmeza, succionando y mordisqueándole los pezones. Necesitada se removió haciendo fuerza con los brazos en las tiras, soltando el aire en una especie de queja al no poder moverse como necesitaba.

Levanté la cabeza curvando los labios, separándome despacio para seguir deslizando la mano por todo su cuerpo. Otro sonido parecido amplió mi sonrisa cuando pasé de largo, pero muy cerca, de su sexo para seguir mi recorrido por las piernas hacia arriba, colgadas de las tiras.

Comprobé que no le estaban haciendo daño detrás de las rodillas y conforme con todo, agarré el látigo. El contacto del cuero frío sobre su piel que desprendía calor, la hizo cerrar los ojos echando la cabeza hacia atrás.

La acaricié con él empezando a dar vueltas alrededor después de empujar el columpio para que se balanceara, rozando toda la piel que quedaba hacia arriba. Justo cuando llegué frente a su sexo en la segunda vuelta, lo separé y dejé caer con fuerza controlada con dos movimientos, uno sobre una de sus nalgas y otro directamente sobre su clítoris el que sobresalía inflamado.

Todo ello provocó que soltara un gemido fuerte y abriera los ojos al instante. Poco tiempo le di para que siguiera reaccionando cuando dejé caer el látigo y moviendo con fuerza las cadenas, quité la sujeción. El columpio bajó con un movimiento rápido por su peso y el jadeo por la impresión no tardó en llegar mientras abría los ojos al máximo. Lo frené en la posición que necesitaba y lo anclé otra vez.

El columpio se movió, pero esa vez provocado por ella, por los movimientos que hizo cuando me dejé caer de rodillas y mi boca se apoderó de su sexo. Después de lamer y succionarle el clítoris como necesitaba, arrastré la lengua y los labios por toda la zona presionándola contra mí con las manos. Sus piernas hicieron fuerza, las que n pudo juntar por la posición que tenían, llegando a la desesperación mientras me comía cada rincón expuesto, abierto y preparado para mí.

Tanteé con la lengua la entrada, complacido por lo dilatada que estaba. Mis dedos sustituyeron a mi lengua, la que volvió a su punto de placer para llevarla al límite, provocando que perdiera la fuerza cuando curvó la espalda hacia arriba por el orgasmo intenso con el que se dejó llevar.

Con calma me incorporé, relamiéndome los labios y llevando varios dedos a ellos, restregando sus fluidos. Con los ojos entrecerrados observó todos mis movimientos, soltando un pequeño jadeo cuando los introduje en la boca

Necesitando más altura a partir de ahí, tiré de las cadenas y la subí con fuerza a la posición en la que había estado, dejándolo sujeto y asegurado. Esa vez ni hizo el intento de aferrarse con energía a él, sin variar la sujeción.

Me incliné hacia la silla y cogí el lubricante y unas pequeñas bolas unidas entre sí. Cuando me quedé otra vez frente a ella, el deseo por la anticipación se mostró en su expresión, con los ojos brillantes todavía por el placer de orgasmo que había tenido.

Abrí el bote y dejé caer el lubricante directamente sobre su sexo. El contraste de temperatura le hizo morderse el labio inferior y más fuerza ejerció en él cuando lo arrastré con los dedos por toda la zona, hasta llegar a su trasero en el que tanteé el orificio con un dedo, rodeándolo con el lubricante para facilitar el camino.

Así continué, escuchando sus suspiros, hasta estimularlo lo suficiente para que acogiera las bolas. Volví a agarrar el bote, que había dejado sobre su barriga, y las cubrí con más lubricante, mirándola con intensidad. Cuando las tuve como necesitaba, las llevé hacia la parte trasera y las puse en el orificio haciendo presión mientras llevaba la otra mano sobre el clítoris y lo empezaba a masajear.

En el momento en el que lo presioné con los dedos intensificando el roce y un jadeo salía de sus labios, colé la primera bola. Haciéndolo despacio y esperando a que se adaptara, las dos desaparecieron en su interior. Balanceé el columpio provocando que se pusiera en tensión al sentirse llena por detrás, con el movimiento de las propias bolas.

Cogí rápido un preservativo y me lo coloqué superado por la necesidad de entrar dentro de ella, de sentir su calor y la presión sobre mi miembro que más duro no podía estar. Agarrando con una mano una tira me ayudé con la otra a ponerlo en posición y entré en ella fuerte y duro.

De nuestros labios salió un jadeo intenso ante la sensación. Con la cabeza echada hacia atrás, con los pechos apuntando hacia arriba, se dejó vencer sin ejercer fuerza en las tiras, a mi merced. Retrocedí despacio, sintiendo cómo perdía el calor que me rodeaba hasta dejar solo el glande dentro.

Volví a entrar con intensidad agarrándome con fuerza de las tiras que separaban sus piernas, moviendo el columpio al compás de mis movimientos que a partir de ese instante cobraron velocidad. El balanceo, la facilidad con la que me deslizaba por sus fluidos y por el lubricante, la tensión de la piel de esa zona por las bolas… todo ello me llevó a la locura, a la par que yo la llevaba a ella.

Negándome el orgasmo me obligué a seguir con el ritmo intenso, sin aflojar en ningún momento viendo los cambios en su cuerpo conforme otro orgasmo se acercaba. Se dejó llevar con un gemido, desmadejada sobre las tiras que la sujetaban sin que yo aflojara.

Cuando se estabilizó salí alejándome un paso de ella y saqué sus piernas de la sujeción, las que cayeron lacias, sin fuerza, hacia abajo. Con un movimiento rápido la levanté rodeándola con los brazos y aproveché para besarla, traspasándole la desesperación que me recorría.

Cuando nos separamos la guie aguantando su peso, girándola y dejándola de espaldas para inclinarla despacio hacia delante. La postura me tentó demasiado, pero aguanté las ganas reteniendo mis impulsos.

—Túmbate bocabajo y mete las piernas por fuera de las tiras. Te quiero abierta —pedí con la voz tomada.

Con varios suspiros se colocó y la ayudé a quedarse en la posición correcta para que no se dañara los pechos. Acariciándole la espalda caminé hasta llegar a la parte baja, modificando la forma en la que tenía las piernas para que no se rozaran e hicieran buen contacto con el material.

Conforme al verla bien y otra vez preparada para mí, le acaricié el glúteo que quedó abierto por la separación de las piernas, separándoselo más me recreé en la visión en su sexo. Me incliné hacia las nalgas y soltó un jadeo poniéndose en tensión cuando las recorrí mordisqueándolas mientras tiraba de la cuerda de las bolas, removiéndolas en su interior.

Sin poder esperar más, me incorporé agarrándola de las caderas y me impulsé entrando en su interior.

—Joder —siseé, con un gemido por su parte.

El descontrol se apoderó de mí entrando y saliendo en un baile que llevé hasta la desesperación junto al balanceo del columpio que iba a mi encuentro. Forzando el cuerpo para no correrme, froté su clítoris igualando la intensidad de los movimientos.

Se aferró con fuerza a las tiras, con la respiración desacompasada y emitiendo sonidos de placer que terminaron en

el instante en el que se volvió a correr con intensidad mientras de un tirón sacaba las bolas de su interior, las que dejé caer al suelo.

Unos minutos después me dejé llevar yo, aferrándome con fuerza a las tiras por la intensidad que me recorrió, vaciándome dentro del preservativo con sacudidas que parecían no tener final. Con el pecho subiendo y bajando, intentando coger el aire que me faltaba, perdí el contacto de su calor.

—¿Todo bien? —Quise saber al verla sin fuerza con los brazos caídos hacia abajo.

Al no obtener respuesta me preocupé y caminé hacia la parte superior, poniéndome de cuclillas frente a ella. Le levanté la cabeza y la sensación que había tenido se esfumó al ver la curva de sus labios, satisfecha, y los ojos entrecerrados.

Le acaricié la boca devolviéndole el gesto y me incorporé, dejando a mi miembro, que todavía no había perdido firmeza, frente a su cara. Agarrándose a las tiras sin poder hacer nada más porque los pies no tocaban el suelo, levantó la vista siguiendo los movimientos de mi mano deshaciéndome del preservativo.

Buscó mis ojos y supe lo que me pedía, por lo que me acerqué y contuve la respiración mientras con una mano se lo ofrecía. Sin dejar de mirarme deslizó la lengua por todo el largo, parándose en retirar los restos del semen en el glande. Apreté la mandíbula ante la sensación, teniéndome que agarrar a una de las tiras.

Se separó relamiéndose los labios, como había hecho yo, y me encendí ante la imagen. Y más lo hice cuando su boca me acogió por completo, haciéndolo desaparecer dentro de ella. Cerré los ojos por el placer, empezando a mover el columpio, solo lo necesario para facilitarle la acogida sin llegar a separarla para no perder el contacto.

Su lengua jugando por cada zona que pasaba, su succión, presión y calor me volvió loco viendo cómo se perdía entre la suavidad de sus labios. El orgasmo anterior había sido tan intenso que al principio pensé que solo sería un juego ofreciéndole lo que deseaba. Nada más lejos de la realidad porque inesperadamente la excitación y dureza se apoderaron de mi miembro, provocando que acelerara el balanceo del columpio para que su boca se deslizara por todo el largo de él.

Sintiendo cada músculo rígido, sentí el orgasmo próximo por lo que hice el intento de alejarme. Intento que solo llegó a eso porque al sentir el movimiento que iba a hacer atrapó una de mis piernas e hizo presión para que no me separara. Me dejé llevar desesperado mientras me vaciaba en su garganta.

Dejándome caer hacia delante sin soltar el agarre del columpio, perdiendo las fuerzas por unos instantes, solté algún que otro gemido al ver su lengua arrastrarse por todo el largo y parándose en el glande, lamiéndolo con sus ojos puestos en los míos.

Cuando me recompuse me incorporé y la bajé comprobando que seguía sin fuerzas. Me incliné pasando un brazo por detrás de sus piernas y la cogí a peso, sacándola de esa habitación para llevarla a la mía, directa a la cama. Sonreí más que satisfecho cuando soltó un suspiro cansado y se aferró a mí, dejando la mejilla apoyada sobre mi

pecho.

pecho.

Capítulo 21



Nora

Con los ojos cerrados y escuchando música por los auriculares, la sensación de que dejaba algo importante atrás me pesaba. Los abrí girando la cabeza hacia la ventanilla, dejándolos fijos en el cielo despejado. Faltaba poco para aterrizar en España.

Habían pasado tres días desde que Kiran y yo nos acercamos y nos dejamos llevar, tres días en los que dos ellos, contando desde esa noche, los había pasado en el interior de su casa, en la que pocos descansos le habíamos dado al placer de sentirnos de muchas maneras. A pesar de ello sentía que habían sido insuficientes, siendo consciente de la suma de kilómetros que ponía de distancia.

Pero ¿qué hacer? ¿Qué esperar? No habíamos hecho referencia a si lo que habíamos vivido, con tanta intensidad en un espacio corto de tiempo, significaba algo más a parte del mejor sexo del que había disfrutado. Una verdad enorme porque durante el tiempo que estuvimos juntos y abrimos la puerta al deseo, me había hecho perder la cordura incontables veces, lo que se potenció por lo que tenía guardado en mi interior.

Solté un suspiro sintiéndome sobrepasada al no saber cuándo lo volvería a ver porque su trabajo lo tenía atado a Edimburgo por una buena temporada. Y aunque volviera, ¿qué? Bueno, siempre me quedarían los encuentros en el *Lust* si coincidíamos. Pero no era lo que quería, para nada. Tenía claro que a la unión de nuestros cuerpos sí, pero ¿y lo demás? ¿Qué sucedía con los sentimientos?

Aturdida estaba, porque al dejar de negarme lo evidente, habían salido con una fuerza que me había superado. Por eso mismo el día anterior, cuando me acompañó hasta el hotel en un taxi y nos despedimos diciéndonos hasta pronto, no había tenido ganas de nada, solo de estar encerrada en la habitación.

Volví a cerrar los ojos necesitando digerirlo todo. Los últimos momentos en los que disfruté de su compañía estuve a punto de preguntarle por sus intenciones. Una locura habría sido, menos mal que me contuve y me lo tragué. Locura porque ¿qué esperaba? Habíamos tenido sexo, pero eso también lo encontraba en el *Lust* cuando me apetecía, sin pretensión a nada más.

Con lo libre que parecía, con la independencia para su disfrute en todos los sentidos, era ilógico que mencionara

nada porque su propósito no había ido más allá del placer, a lo que estaba acostumbrado. Se me removió todo por dentro al pensar, al imaginarlo manteniendo sexo con alguna otra y encontrándomelo de cara como sucedió en la piscina.

Tragué saliva analizando hasta qué punto podría llevar esa situación si se daba y tuve claro que necesitaba tiempo para difuminar lo que llevaba en mi interior. Por suerte, él no estaría en España y ante ese pensamiento el recuerdo del puñetero columpio de su casa se me atragantó por el uso que pudiera darle.

—Mierda —susurré inclinándome hacia la ventanilla, resguardándome de Hana y Sara que iban sentadas a mi lado al sentir los ojos húmedos.

—Te he oído —susurró Hana poniendo una mano sobre mi pierna—. ¿Nora?

Solté un suspiro cansado, así me sentía, y medio giré sin dejarme ver mucho.

—¿Sí?

—¿Cómo que sí? Que sé lo que te pasa. —Bufé removiéndome en el asiento.

—No sé a lo que te refieres. —Cogí una mejor postura dándole la espalda.

—Ay, la virgen, esto es grave —dijo apoyando el cuerpo en el mío—. Cuando llegaste ayer al hotel y después de ver que no querías moverte de la habitación…

—Estaba agotada, tuve mucha actividad —me justifiqué.

En cierta manera estaba al día de lo que había sucedido desde que me dejé arrastrar por Ethan, hasta que Kiran me acompañó al hotel. Al igual que ella me había puesto al corriente de su situación con Nael, aunque no habíamos entrado en muchos detalles porque fue un día raro.

—Ah, cómo te entiendo amiga. Yo estuve noqueada durante todo el día de ayer —dijo con una risilla haciéndome sonreír a pesar de cómo me sentía.

—No sabes cómo me alegro, apenas te he preguntado cómo se dio todo entre vosotros. Soy la peor amiga que existe —susurré.

—Estás tú como para ponerme a darte datos al detalle. —Apoyó la mejilla en mi espalda—. Eres la mejor amiga del mundo, solo que no estás bien.

—No es para tanto —murmuré.

—Soy yo.

—Hola —respondí haciéndola reír, pero en tono bajo porque Sara estaba dormida—. Tampoco te he preguntado cómo habéis quedado —negué.

—En que nos veremos mañana en el trabajo.

—Es obvio. ¿Solo eso? —Me moví hasta verla de reojo, para analizar su expresión.

Me quedó claro al hacerlo que ella sí estaba feliz, vamos que en sus ojos aparecieron corazones que estuvieron a punto de salir disparados.

—Ha planificado en su agenda cuatro reuniones conmigo —dijo satisfecha—. ¡Oh, joder!, aún no me lo puedo creer. ¡Qué desperdicio de tiempo huyendo de él! —Bufó.

—Te tendría que haber cargado como un saco antes. —Reí sin muchas ganas.

—Ya te digo, Dios, se me desintegraron las bragas en ese momento. —Se hizo aire con las manos y terminé poniéndome bien sentada, divertida al verla—. Oh, y cuando llegamos al hotel… madre mía casi me dio algo porque pensé que como un caballero nos acompañaba a la puerta de nuestras habitaciones, hasta que se coló en la mía apartándome para entrar. Ni me dejó hablar, bueno protestar. —Hizo una pausa—. ¡Qué dos días! Creo que tengo agujetas hasta en el cielo de la boca. —Rio.

—Eso da a entender que la utilizaste mucho —confirmé.

—No lo sabes bien. —Siguió riendo, contagiándome—. No sé qué sucederá de ahora en adelante y cómo saldrá, pero si algo me repitió y me dejó claro, es que no quiere que me aleje de él ni que lo rehúya. Lo mismo se pensaba que lo iba a hacer —sonrió pícara.

—Me alegro mucho cariño. —La agarré de una mano.

—Es como un sueño que se ha hecho realidad, de esos que cuando los imaginas ni por asomo piensas que se vayan a cumplir. —Se encogió de hombros, recostando la cabeza girada hacia mí.

—Pues lo ha hecho y de qué manera —sonreí.

—Tú puedes…

—No —la corté rápido.

—¿Por qué? —Frunció el gesto.

—A ti te han dejado las cosas claras. —Me encogí de hombros—. En mi caso todo lo contrario, solo hemos hecho lo mismo que podría haber sucedido en el *Lust*. ¿Entiendes?

—Pero eso no significa nada —negó.

—Lo significa todo —sonreí triste— y más cuando ni él sabe cuánto tiempo estará en Edimburgo y ni ha dejado entrever nada al respecto. No le interesaba hacerlo.

—Lo mismo por eso se ha callado —susurró.

—Me da igual, no lo creo, pero tampoco voy a pensarlo. —Desvié la mirada hacia la ventanilla—. Ha sido solo sexo, placer, para de contar.

—Para ti no. —Me apretó la mano.

—Las cosas en una sola dirección acaban estrelladas porque no se pueden sostener —susurré.

—Estás dando por hecho cosas que no sabes.

—Doy por hecho lo que conozco, lo que me he encontrado y lo que tengo que enfrentar una vez más. No pasa nada. —La miré triste—. No va a estar cerca y pienso quitarme su recuerdo en el *Lust*. Allí se me pasarán todas las tonterías y los pájaros que sobrevuelan mi cabeza, haciéndome poner los pies en el suelo. No voy a dejar volar la mente hacia algo incierto porque el dolor sería demasiado. ¿En qué cabeza cabe decirle de sopetón que…?

—Estás enamorándote de él. —Terminó por mí.

—No sé si lo estoy ya, una locura que solo siento yo… —Cerré los ojos recostando la cabeza, cerca de la suya.

—Cariño. —Se apoyó contra mí.

—Ni te preocupes, solo es que es muy reciente el descubrimiento, al haberlo querido tapar. Yo nunca tengo suerte en el amor, ya lo sabes —susurré.

—En algún momento esa racha tiene que acabar. —Me dio un beso en la mejilla.

—Quién sabe, quizás no he venido a esta vida a conocer lo que es el amor correspondido, quizás la soledad es mi mejor compañera.

—Me duele mucho escucharte decir eso. —Abrí los ojos al sentirla emocionada—. Eres la persona que más amor da y demuestra, no es justo que no te correspondan.

—Se me pasará, es solo que ahora mismo…

—Pero no me gusta.

—Así es la vida y no se elige —negué sintiendo los ojos húmedos—. Siempre me quedará ser tu mejor amiga y la tía de los hijos que tendrás junto a Nael.

—Eso por supuesto, ni lo dudes. —Apoyó la cabeza en mi hombro.

Nos quedamos en silencio, ¿para qué hablar más? Era darle vueltas a lo mismo, lo que conseguiría que me sintiera peor de lo que lo hacía, y ya era mucho decir. Me tragué todas las emociones dejando caer la mejilla en ella. De esa manera veinte minutos después el avión empezaba a descender hacia la pista.

Nada más entrar en el piso conecté la calefacción y fui directa hacia la habitación, dejando la maleta a un lado. Me quité la ropa y me dirigí hacia el baño para darme una ducha, idea que cambió cuando me decidí por llenar la bañera. No solía hacerlo, no me paraba a tener esos momentos, pero en ese instante me apeteció.

Mientras se acumulaba el agua, empezando a hacer espuma al echarle jabón, miré mi reflejo en el espejo. Lo que vi me jodió y no pude mantener la vista por mucho tiempo. Me metí cuando el agua estaba por la mitad y me tumbé cerrando los ojos mientras terminaba de llenarse. Levantando una mano cerré el grifo cuando sentí que me cubría e intenté relajarme, proponiéndome dejar atrás todo lo que había vivido y olvidar la intensidad con la que lo había hecho.

Me adormecí hasta quedarme dormida. Al sentir un escalofrío me desperté dándome cuenta de que lo había hecho y el agua que había perdido temperatura hasta enfriarse, había sido el motivo de la sensación. Quité el tapón y me incorporé. Envuelta en una toalla salí a la habitación.

Me sequé rápido y fui hacia la cómoda para coger un pijama, dejando parados los movimientos al recordar la carta que mantenía oculta. Con un suspiro y moviendo la cabeza para apartarla de mi mente, saqué el pijama y me lo puse.

Me dediqué a deshacer la maleta y a poner la primera lavadora. Había llegado con más ropa de la que me fui, bastante más, ya que al alargar tantos días la estancia en Edimburgo le pedí a Hana que viajara con una maleta grande en la que metió ropa para mí, la que pasó a recoger por mi piso. A Sara le ofrecimos de las dos ya que teníamos más o menos la misma talla, por lo que estuvimos cubiertas sin problema.

Sonreí al pensar las lavadoras que tendría que poner Hana porque como viajé con la maleta de cabina, ella había regresado con la carga más pesada, la que me devolvería en cuanto nos volviéramos a ver.

Cuando la dejé vacía la guardé dentro del canapé, sentándome en la cama cuando lo tuve todo listo. El estómago

me rugió porque eran las tres y media y no nos habíamos parado a comer nada, ya que al menos yo estaba deseando encerrarme en casa.

Con un suspiro me levanté con la intención de ir hacia la cocina, pero me paré en la puerta antes de salir. Una sensación extraña me recorrió el cuerpo, la que me hizo fruncir el gesto girándome lentamente. Me quedé con los ojos fijos en la cómoda y protestando porque no lo pude evitar, caminé hacia ella.

Nada más abrir el cajón donde estaba la carta, miré en su dirección. Cogiendo aire aparté la ropa y la cogí. Pensativa la acaricié.

—Que yo decida, claro, como si se hubiera dado la oportunidad —susurré hacia ella, recordando las palabras que pronunció la mujer que me la dio—. Qué tontería. —Cerré los ojos y me decidí a salir de la habitación.

No la volví a guardar, la dejé encima de la cómoda y me alejé de ella, parándome de golpe al venirme a la cabeza otra parte de las palabras de esa mujer, en las que me dijo que no me separara de ella. Todo lo que comentó lo había hecho al revés, pero ¿qué más daba? Como si hacerlo bien fuera a suponer…

Me giré observando donde la había dejado. No era supersticiosa, para nada, pero algo tiró de mí otra vez caminando decidida y la agarré llevándola conmigo.

me rugió porque eran las tres y media y no nos habíamos parado a comer nada, ya que al menos yo estaba deseando encerrarme en casa.

Con un suspiro me levanté con la intención de ir hacia la cocina, pero me paré en la puerta antes de salir. Una sensación extraña me recorrió el cuerpo, la que me hizo fruncir el gesto girándome lentamente. Me quedé con los ojos fijos en la cómoda y protestando porque no lo pude evitar, caminé hacia ella.

Nada más abrir el cajón donde estaba la carta, miré en su dirección. Cogiendo aire aparté la ropa y la cogí. Pensativa la acaricié.

—Que yo decida, claro, como si se hubiera dado la oportunidad —susurré hacia ella, recordando las palabras que pronunció la mujer que me la dio—. Qué tontería. —Cerré los ojos y me decidí a salir de la habitación.

No la volví a guardar, la dejé encima de la cómoda y me alejé de ella, parándome de golpe al venirme a la cabeza otra parte de las palabras de esa mujer, en las que me dijo que no me separara de ella. Todo lo que comentó lo había hecho al revés, pero ¿qué más daba? Como si hacerlo bien fuera a suponer…

Me giré observando donde la había dejado. No era supersticiosa, para nada, pero algo tiró de mí otra vez caminando decidida y la agarré llevándola conmigo.

Capítulo 22



Kiran

—Dejadlo por hoy, vais con buen ritmo —comenté al jefe de la obra después de darle el último repaso a los avances del día.

—Diez minutos más y paramos hasta mañana.

—Perfecto —asentí y me despedí porque yo ya daba el día de trabajo por terminado.

Caminé con calma para salir, y una vez en la calle no busqué un taxi, con la intención de recorrer las calles para despejarme. Hacía seis días que Amanda y Nael se habían ido y habían sido bastante intensos al querer recuperar el tiempo que me había tomado libre, porque no solo fueron los primeros días junto a mis amigos, sino también los que estuve con Nora.

Ella se fue dos días antes que ellos. Gracias al trabajo había llevado mejor la situación porque me habían consumido las horas hasta llegar la noche. Ahí ya era otro tema aparte, cuando en soledad me avasallaban todos los recuerdos. Momentos en los que le había dado muchas vueltas a la cabeza.

Eran las seis y media de la tarde cuando llegué al centro de la ciudad y me paré en una cafetería para pedir un café para llevar. No me apetecía estar encerrado, por eso no me había dirigido directamente a la casa porque todo se agolpaba en mi cabeza cuando lo hacía y la mala leche no tardaba en apoderarse de mí.

Eso se debía a que lo que me pesaba estaba en el aire, tanto que no sabía hacía donde dirigir la situación. No es que tuviera dudas ni me negara algo que deseaba, pero me quedaba mucho trabajo por delante en Edimburgo y me agobiaba por ello.

Con el café en la mano salí mezclándome con la gente, metido en mis pensamientos. Escuché el sonido de la melodía del móvil y lo saqué comprobando quien era.

—Buenas tardes, Kiran. —Me saludó Ernesto, una pieza clave en mi empresa.

—Ey, buenas tardes. ¿Qué tal?

—Celebrando que hoy he terminado el proyecto con el que estaba.

—¿Tan pronto? —Me paré extrañado porque supuestamente quedaba un mes largo para que eso sucediera.

—Increíble, ¿verdad? Ha ido todo a contrarreloj y como no hemos tenido ningún percance ni retraso…

—Joder, qué bueno.

—Ya te digo.

En ese instante me llegó un aviso de mensaje y aparté el móvil para ver de qué se trataba.

—Espera un momento —le pedí impaciente por abrirlo y saber qué decía el texto completo.

Accedí a él abriéndolo y fruncí el gesto por lo que me encontré. Después de releerlo varias veces y quedarme pensativo, contesté.

—Ya está —avisé a Ernesto.

—¿Todo bien?

—Creo que sí. Te necesito.

—Tú dirás. Mañana tenía pensado ponerme con el centro comercial.

—No, pásaselo a César, que se encargue él.

—¿Por algún motivo en especial? Tú y yo trabajamos sobre él.

—Lo sé, pero necesito que vengas aquí.

—¿A Edimburgo? —Se sorprendió.

—¿Podrías?

—Joder, claro, sabes que no tengo ningún problema. ¿Se te ha complicado?

—Nada de eso, va perfecto todo, pero necesito que me sustituyas y no sé por cuanto tiempo. —Me aparté hacia u

lateral y me paré.

—Ah, pensaba que me necesitabas de apoyo.

—Tengo que viajar.

—Tranquilo, ¿cuándo necesitas que vaya?

—Busca un vuelo para mañana.

—Si te parece bien…

—Sí, vete ya de la empresa para que te dé tiempo a todo.

—Gracias.

—Eso te lo tengo que decir yo —negué.

—Claro hombre, eres el jefe. —Rio.

—¿Y qué tiene que ver? Lo que es, es —dije divertido.

—Mira, estoy viendo un vuelo para mañana con hora de llegada a las cuatro.

—Perfecto, resérvalo. Cuando estés subido al avión avísame para saber que no se ha retrasado, te recogeré.

—Ok.

Colgamos y le di un sorbo al café. Pues nada, me dije, otro cambio de rumbo sin comerlo ni beberlo. Empecé a moverme, esa vez sí para buscar un taxi que me llevara a la casa. Cuando entré por la puerta fui directo hacia el portátil para mirar las opciones de vuelo que tenía para el día siguiente que llegara Ernesto porque tendríamos tiempo suficiente para poder enseñarle todo lo que necesitaba saber.

Con la reserva hecha saqué el móvil del abrigo y busqué el número de Nael, pulsando el botón de llamada.

—Pasado mañana estoy ahí. —Fue lo primero que dije.

—¿Qué dices? ¿Cómo?

—¿Volando? —dije divertido.

—Muy gracioso. —Se unió a mí.

—Me urge llegar, ya te lo explicaré. —Me levanté yendo hacia el sofá para estar más cómodo.

—¿No tendrá nada que ver con una tal Nora? —soltó con guasa.

—No vas muy desencaminado. —Curvé los labios—. Según como se dé todo, no tengo intención de regresar aquí en una buena temporada.

—¿Y el trabajo?

—Ernesto llega mañana, se quedará en la casa y se hará cargo de todo, conmigo de apoyo a distancia.

—Ok. Ya me extrañaba a mí que te hubieras quedado tan tranquilo después de todo. —Rio.

—¿Qué tal con Hana? —Cambié de tema.

—Ejerciendo mi papel de jefe. —Se me escapó una carcajada.

—Vamos, que la tienes explotada y no en el sentido laboral.

—Ahí le has dado amigo —dijo satisfecho—. Todo ha cambiado tanto…

—Me alegro, ya tocaba que te dieras cuenta y de que hicieras algo. —Eché la cabeza hacia atrás.

—¿Cómo lo vas a hacer tú? —Quiso saber con guasa.

—Quién sabe. —Cerré los ojos.

—Dame todos los datos y te recojo en el aeropuerto.

Se los facilité y estuvimos conversando unos diez minutos más en los que el nombre de Hana salió varias veces a relucir, por lo que tuve que reír al sentirlo entusiasmado con el nuevo cambio. Demasiado había tardado porque sin saber nada, porque ni él fue consciente, me quedó claro en la fiesta cuando los vi juntos que allí se escondía demasiado.

A veces lo tenemos tan cerca, tan a la mano, que no somos conscientes de nuestros sentimientos hasta que algo te hace reaccionar.

Para terminar el círculo de avisos le envié un mensaje a Amanda informándola del nuevo cambio.

✣ ✣ ✣

—¿El vuelo bien? —Me abrazó Nael al llegar hasta él.

—Perfecto —confirmé—. ¿Vamos a comer y entro más en detalles?

—Claro, lo he retrasado por ti. —Me apretó un hombro.

Lo seguí hasta su coche y dejamos el aeropuerto atrás. Sentí su mirada de reojo, sabía que no tardaría en llegar porque estaba demasiado en callado para lo que solía ser habitual.

—A ti te pasa algo. ¿Estás preocupado por Nora? ¿Por cómo reaccionará cuando te vea?

—¿Qué narices significa lo de reaccionar? —Giré hacia él, con el gesto fruncido.

—Yo qué sé. Después de cómo se dio todo entre vosotros desde la primera vez que os visteis, con el maratón de sexo que tuvisteis y vuestra despedida como si no os fuerais a volver a ver…

—Me despedí con un hasta pronto, no con un adiós. —Hice una mueca porque para mí tenía mucho significado.

—Muy agudo por tu parte. —Curvó los labios.

—¿Qué querías que le dijera?

—No sé, algo como… «dame tu número de teléfono y estamos en contacto»; o, «tenemos que hablar»; o, «ha sido increíble y no quiero que termine»… cualquier cosa menos el «hasta pronto», sin ni siquiera haber dejado la puerta abierta a algo más.

—Eso se da por hecho. —Bufé.

—Claro que sí, hombre, eso lo harás desde tu punto de vista, que yo comparto, pero el resto de los humanos no lo hace.

—¿Estás dando a entender que no querrá verme? ¿Qué esperaba algo más?

—Hasta ahora no he querido decirte nada porque estabas lejos y sin fecha de volver.

—¿A qué te refieres?

—Sé por Hana que está pasando unos días «regulín», según sus palabras, lo que yo interpreto como que está más afectada de lo que quiere aparentar. Si algo me ha quedado claro en este tiempo, es que Nora mostrará poco lo que

lleva dentro porque para ella es más importante no quitarle la felicidad a Hana. Seguramente el «regulín» sea triste, decaída, sin ánimo, lo que viene siendo un sentimiento de fracaso provocado por la incertidumbre.

—Joder macho, ahora pareces psicólogo —negué.

Soltó una carcajada y sonreí tenso mientras miraba hacia delante analizando sus palabras. No se habló más hasta que llegamos al restaurante, donde comimos con calma mientras me comentaba que hacía varios días había ido a ver a mi padre. Por mi parte le expliqué que Ernesto me había sustituido y no sabía por cuánto tiempo, eso estaba por ver. Pero sobre todo le dije lo que me había traído de vuelta a casa, la intención que tenía y la llevaría a cabo.

Su respuesta fue cambiar la postura en la que había estado sentado mientras asentía despacio, observándome. Una hora y media después entraba por la puerta de mi casa soltando la maleta en la entrada, sin ganas de tocarla todavía.

Me dejé caer sentado en el sofá, pasándome las manos por el pelo con la sensación de que estaba en el lugar correcto. Y con las palabras de Nael, más aún me autoconvencí, porque tenía varios puntos que aclarar con Nora, lo que no tardaría en suceder.

Me tumbé para descansar y poco tiempo pasó para que los ojos se me cerraran. Había llevado un ritmo de horarios y de trabajo demasiado intenso y con todo lo que cargaba, el agotamiento me venció junto a la morriña de tener el estómago lleno.

Antes de envolverme la oscuridad, un último pensamiento pasó por mi cabeza. Uno que estaba deseando llevar a cabo, sin importarme lo que me encontrara del otro lado.

lleva dentro porque para ella es más importante no quitarle la felicidad a Hana. Seguramente el «regulín» sea triste, decaída, sin ánimo, lo que viene siendo un sentimiento de fracaso provocado por la incertidumbre.

—Joder macho, ahora pareces psicólogo —negué.

Soltó una carcajada y sonreí tenso mientras miraba hacia delante analizando sus palabras. No se habló más hasta que llegamos al restaurante, donde comimos con calma mientras me comentaba que hacía varios días había ido a ver a mi padre. Por mi parte le expliqué que Ernesto me había sustituido y no sabía por cuánto tiempo, eso estaba por ver. Pero sobre todo le dije lo que me había traído de vuelta a casa, la intención que tenía y la llevaría a cabo.

Su respuesta fue cambiar la postura en la que había estado sentado mientras asentía despacio, observándome. Una hora y media después entraba por la puerta de mi casa soltando la maleta en la entrada, sin ganas de tocarla todavía.

Me dejé caer sentado en el sofá, pasándome las manos por el pelo con la sensación de que estaba en el lugar correcto. Y con las palabras de Nael, más aún me autoconvencí, porque tenía varios puntos que aclarar con Nora, lo que no tardaría en suceder.

Me tumbé para descansar y poco tiempo pasó para que los ojos se me cerraran. Había llevado un ritmo de horarios y de trabajo demasiado intenso y con todo lo que cargaba, el agotamiento me venció junto a la morriña de tener el estómago lleno.

Antes de envolverme la oscuridad, un último pensamiento pasó por mi cabeza. Uno que estaba deseando llevar a cabo, sin importarme lo que me encontrara del otro lado.

Capítulo 23



Nora

—¿Qué haces aquí? —Me sorprendí al ver a Hana al otro lado de la puerta.

—Te he estado llamando desde bien temprano. —Entró soltando un bufido—. ¿Adónde vas? —Agrandó los ojos haciéndome un recorrido por el cuerpo.

—He pasado del móvil todo el día. —Me encogí de hombros.

—Mira qué bien, y te quedas tan pancha. —Puso los ojos en blanco.

—No es la primera vez que lo hago. —Levanté una ceja—. No sé a qué viene esa reacción.

—Anoche pasó algo y quería contártelo. —Hizo una mueca.

—Pues hazlo ahora —sonreí y le di la espalda yendo hacia la cocina.

Me llené un vaso de agua y le di un sorbo viéndola entrar, con una expresión…

—Hana. —Lo dejé despacio en la encimera—. ¿Ha pasado algo con Nael?

—¿Por qué tendría que pasar algo que no sea sexo desenfrenado y pasión? —Se sorprendió.

—Ah, no sé, ¿Por qué son…? —Hice una pausa mirando hacia el reloj de la cocina—. ¿Por qué son las once de la noche y has aparecido de sopetón sin saber si estaba durmiendo ya?

—No te acuestas tan pronto. —Le quitó importancia con un gesto de la mano—. Joder, estaba preocupada, no te localizaba —sonreí.

—Pues ya ves que estoy bien. ¿Quieres tomar algo?

—No, Nael está abajo, la idea es irnos a su casa. Está esperando a que lo llame porque si te hubiera encontrado mal…

—Ni lo pienses —sonreí agradecida—. Iros y disfrutad.

—No me has respondido.

—¿A qué?

—Te he preguntado que adónde vas. —Ladeó la cabeza.

—No creo que tengas problema en saberlo viendo mi vestido. —Levanté una ceja.

—¡No puedes ir! —dijo con un jadeo.

Solté una carcajada. Esa noche sería la primera que volvería al *Lust* después de bastante tiempo.

—¿Y se puede saber por qué no? —Quise saber intentando calmarme.

—Kiran está aquí. Eso quería contarte urgentemente, pero ha sido imposible dar contigo. Me lo encontré en el *Lust* anoche —dijo de carrerilla y la última parte perdiendo la fuerza, casi en un susurro.

Me quedé con el vaso a medio camino de llevármelo a los labios, descolocada por esa información. Bajé la mirada hacia el agua, centrando la atención en ella.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —Le di la espalda dejando el vaso en el fregadero porque se me habían quitado las ganas de beber.

—¿Qué dices? ¿Cómo que qué tiene que ver?

—Hana, Kiran y yo no somos nada. Él continua su vida, lo mismo que hago yo.

—¿Y si esta noche te lo encuentras? —Se removió nerviosa.

—Estoy preparada. —Me encogí de hombros—. Actuaré como siempre.

—En resumen, vas a pasar de él.

—Pues eso. —Le hice un guiño para mostrarle que no me afectaba, como en realidad lo hacía.

—Entonces, ¿todo está bien? Vas a ir.

—Por supuesto, ahora que me he decidido… —aseguré apoyando la cadera en la encimera.

—Le voy a decir a Nael que cambiamos de planes —asintió decidida—. No te voy a dejar sola.

—Ni se te ocurra —negué—. Vosotros a lo vuestro. Igualmente, si me acompañas nos separaríamos.

—Jolines. —Bufó.

—Quieres dejar de preocuparte —sonreí—. Todo está bien y seguirá así. No pienso modificar mi vida por nadie.

—Eres una cabezota. —Hizo un puchero.

—Desde que nací. —Reí—. ¿Qué le voy a hacer?

—Pues pensar un poquito en tu mejor amiga ya que no lo haces en ti. ¿Cómo voy a pasar la noche pensando en si lo ves o no? Joder, que voy a estar nerviosa.

—Pues no veo por qué. —Volví a reír—. Eso lo soluciono rápido, dame tu móvil. —Extendí la mano.

—¿Para qué?

—Dámelo —insistí.

Mirándome desconfiada, no por dármelo, sino por lo que iba a hacer, lo buscó en el bolso dejándolo encima del mármol de donde lo cogí. Lo desbloqueé y busqué lo que necesitaba.

—¿Nael? Soy Nora —dije provocando que Hana soltara un grito y empezara a perseguirme por la cocina.

—Hola, preciosa —respondió.

—Tengo una petición muy especial que no te supondrá mucho. —Solté una carcajada al mirar hacia atrás mientra salía al salón. Hana se tropezó al intentar agarrarme al vuelo, lo que no consiguió.

—¿Está todo bien? —Se interesó él, supongo que extrañado por los gritos de ella y por mis risas.

—Aquí, corriendo por la casa para que tu novia no me pille. —Provoqué que riera—. Necesito que le hagas perde el conocimiento a mi amiga, que la dejes tan extasiada que se le vaya la cabeza por el deseo y el placer para que duerma como un bebé. ¿Lo harás?

Volví a reír al subirme al sofá y saltar por el respaldo, mientras Hana se quedaba espatarrada en él al no haberlo conseguido.

—Tranquila, preciosa, no hace falta que me lo pidas, es lo que va a suceder —dijo, y ella lo escuchó perfectamente porque activé el altavoz—. Pero atenderé tu petición con más ahínco si cabe. —Terminó la frase, divertido.

—Eres el mejor —grité satisfecha cuando consiguió quitarme el móvil de las manos. Porque me había parado, sino todavía estaría intentándolo.

—Esto es serio, ¿cómo se te ocurre hacerlo? —Me señaló.

—¿Proponerle a tu novio que te vuelva loca en todos los sentidos para que dejes de pensar en mí? Es lo más normal del mundo —dije conteniéndome para no soltar otra carcajada.

—Hana. —Escuchamos la voz fuerte de él a través del teléfono ya que se le había olvidado colgar.

—¿Sí? —respondió.

—Baja ahora mismo para el coche sino quieres que te deje desnuda en el trayecto.

Con un gemido alto, el que nos hizo reír a Nael y a mí, se despidió rápido abrazándome y corrió hacia la puerta.

—Nora… —Me llamó antes de cerrar—. Cuídate, mañana hablamos —susurró.

—Lo hago siempre —sonreí con cariño—. Mañana —aseguré.

Sola otra vez, solté un suspiro rodeando el sofá, sentándome en él. Kiran había vuelto, a saber por cuánto tiempo, y para colmo, había visitado el *Lust*. Tragué saliva con muchos sentimientos mezclándose y cogí varias bocanadas de aire para encontrar el valor de seguir con lo que tenía planeado.

Me tomó unos instantes conseguirlo y con más decisión salí del piso porque Kiran continuaba como si nada, lo que pensaba hacer yo cortando de raíz todo lo referente a él. No podía recriminarle la actitud, no tenía derecho a nada, ni a una explicación o acercamiento porque entre nosotros solo se dio una cosa: sexo.

✣ ✣ ✣

Cambiada y preparada, salí del vestuario en la primera planta, mirando alrededor. Solo dos hombres caminaban conversando, desnudos y húmedos después de salir de la piscina.

—Hola. —Me sobresalté al escuchar a Amanda a mi espalda.

—Hola.

—No sabía que te animarías a venir. —Hizo una mueca que no entendí.

—¿Y por qué no debía hacerlo? —Levanté una ceja subiendo la protección, lo que viene siendo que se notó el cambio en mí, más que nada porque mi tono de voz sonó cortante y frío.

—Puedo acompañarte esta noche…

—No, voy por libre, como siempre.

—Como quieras —soltó un suspiro—. Tengo algo que hacer, nos veremos.

Asentí mientras pasaba por mi lado directa hacia las escaleras por las que no tardó en desaparecer.

—Primer obstáculo salvado, genial —me dije a mí misma por la relación que ella tenía con Kiran.

Tomé la dirección contraria y subí hasta la tercera planta, parándome al llegar, observando lo animado que estaba todo. Me pareció increíble que me sintiera fuera de lugar e incluso que rechazara un acercamiento con Néstor si es que aparecía.

Así fue y con esas emociones empecé a recorrer toda la planta, escuchando los jadeos y gemidos que me rodeaban.

—¿Vas a algún lado en concreto? —Me paré de golpe dejando de respirar por unos instantes.

Me giré despacio cuando sentí que volvía a coordinar los movimientos. Allí estaba Kiran, con los brazos cruzados y vestido por completo, lo que me extrañó porque los hombres se mostraban a pecho descubierto, solo con un pantalón, al igual que las mujeres teníamos nuestro vestuario que no variaba.

—Se viene conmigo. —Me sobresalté al escuchar a Néstor y di la vuelta para verlo, sorprendida.

Me vi en medio de los dos que quedaron frente a frente, moviendo la cabeza de uno a otro sin saber reaccionar.

—¿Eso quién lo dice? Porque yo no he escuchado nada de su boca. —Levantó una ceja Kiran.

—Es lo que quiere y desea —soltó con guasa Néstor, con expresión divertida hacia él.

Me tomé mi tiempo para responder, más que nada porque se me olvidó cómo hacerlo por lo nerviosa que me había puesto. Después de llevar la vista hacia los dos varias veces, reaccioné.

—Ni con uno ni con otro, voy por libre a partir de ahora —dije decidida.

La expresión de Kiran varió apretando la mandíbula marcando las facciones más duras. La de Néstor no perdió la diversión en ningún momento, aunque levantara una ceja por mi respuesta.

Queriendo salir de allí, rodeé a Kiran y caminé ligera, empezando a bajar las escaleras de la misma forma hasta que lo hice corriendo, haciendo malabares con los tacones. Abrí de un portazo la puerta del vestuario y me senté por el temblor que notaba en las piernas. Miré hacia la taquilla pensando en si irme o no. Ganas no me faltaron porque había salido peor de lo que podía haber imaginado.

—Necesito más tiempo, eso es —murmuré sintiendo los ojos húmedos.

La puerta se abrió con fuerza, demasiada, por lo que me sobresalté.

—¿Qué haces aquí? —Me levanté despacio, tragando saliva y agarrándome a la estructura del banco que tenía colgadores en alto.

—¿Sorprendida? —Cerró cuando estuvo en el interior y retrocedí al ver que bloqueaba la puerta con un pestillo que no se solía utilizar.

—No sé qué narices haces, pero ya te puedes largar —solté con rabia.

—Nora, Nora, sabía que iba a ser interesante recrearme en ti. —Soltó una carcajada.

Inclinándome me quité los zapatos de tacón sin perderlo de vista, con la intención de tener libertad de movimiento para salir corriendo de allí en cuanto se me diera la oportunidad, dejándome uno de ellos en una mano por si tenía que clavar el tacón en algo muy concreto.

—Me dejaste con la miel en los labios y hoy vivirás lo que ello conlleva. —Caminó adelantándose.

—Lárgate de aquí Ethan. —Apreté la mandíbula, casi sin pestañear—. ¿Cómo mierda has entrado y no te ha visto alguien? Porque dudo que Amanda te haya dado paso.

—Como la última vez que estuve aquí, tengo mis métodos —sonrió y se me atravesó—. Tenía que ser aquí, contigo. Llevo días en el país, observando todos tus pasos cuando salías de casa.

—Voy a llamar a la policía —siseé.

—No sé con qué. —Soltó otra carcajada—. Solo llevas encima esa minúscula tela que no voy a tardar en romper. El zapato no te va a servir de nada, preciosa, no conmigo.

—Aléjate.

—Quiero todo lo contrario.

Al notar el cambio, cuando se puso en tensión, salté por el banco y corrí para intentar salir de allí. Pocas opciones tenía, solo la puerta principal, por lo que me lancé a ella con el miedo apoderándose de mí cuando me alcanzó estrellándome contra ella.

Solté un jadeo de dolor, sintiendo algo caliente caer por la cara. Me removí con ganas, intentando enfocar los ojos que se me habían quedado nublados por el impacto.

—Sería un desperdicio no aprovechar esto. —Sentí náuseas cuando puso una mano sobre mi pierna y la empezó a subir.

—Sobrepasa algún límite más y puede que hoy salgas de esta, pero la próxima vez no —dije con asco.

—¿Y qué vas a hacerme? ¿Se supone que tengo que preocuparme por ti? —rio y cerré los ojos al sentir su aliento cerca de la cara.

—Por ella no, por mí sí.

La voz de Kiran fuerte, fría y seca me hizo abrirlos de golpe dejando salir un jadeo sin entender qué hacia allí si yo estaba bloqueando la única puerta que había.

—No tienes ni un segundo para soltarla y alejarte de ella —siseó e intenté mirar en su dirección, sin conseguirlo porque el cuerpo de Ethan me tapaba—. Segundo fallo cometido, el que sabía que iba a llegar —continuó—. Te crees tan superior que has pensado que la jugada te saldría como cuando llevaste a la muerte a Carol.

—Estoy deseando ver cómo te pudres en la sombra, desgraciado. —Me mordí el labio al escuchar a Amanda, dejando salir las primeras lágrimas.

Con rabia se separó de mí tirándome al suelo de malas maneras y abrió la puerta, saliendo. Ni pude pensar en que se iba a escapar por el golpe que me di en la cabeza con la esquina de una taquilla, dejándome aturdida.

—Nora. —Corrió hacia mí Kiran, arrodillándose a mi lado.

—Estoy bien —murmuré buscando sus ojos, los que no conseguí ver con claridad al tener la vista desenfocada.

Giré la cabeza hacia la puerta, parpadeando varias veces por el estruendo fuerte y los gritos que se escucharon desde fuera.

—Es la policía, lo han pillado. —Me acarició el pelo, recogiéndomelo detrás de una oreja—. Me la llevo.

Fue lo último que escuché antes de desvanecerme sintiendo los brazos de Kiran rodearme el cuerpo, imaginando que se lo había dicho a Amanda.

—Es la policía, lo han pillado. —Me acarició el pelo, recogiéndomelo detrás de una oreja—. Me la llevo.

Fue lo último que escuché antes de desvanecerme sintiendo los brazos de Kiran rodearme el cuerpo, imaginando que se lo había dicho a Amanda.

Epílogo



Seis años más tarde…

Con una sonrisa recibí a Kiran, la misma que obtuve por su parte en cuanto me vio. El avión que había cogido, hacía poco tiempo que acababa de aterrizar. Tres días había tenido que ausentarse por trabajo.

—Hola, pequeña. —Soltó la maleta y me rodeó con los brazos, sin darme tiempo a responderle cuando me besó con intensidad.

Un beso que llevaba días necesitando sentir al igual que él, como confirmó cuando nos separamos.

—¿Alguna novedad? —Agarró la maleta y pasó un brazo por encima de mis hombros, apretándome a él.

—Una sola y no te va a gustar. —Carraspeé mirándolo de reojo cuando empezamos a caminar.

Levantó una ceja esperando a que continuara.

—Tienes que descolgar el columpio.

—¿Cómo? ¿Y por qué motivo?

Sí, teníamos uno montado en una habitación destinada solo para cuando jugábamos, en el que disfrutábamos de las posturas destinadas a él y otras tantas que Kiran se había ido sacando de la manga, improvisando. Ello no impedía que continuáramos yendo al *Lust* muy de tanto en tanto, cuando teníamos la oportunidad y nos apetecía.

—Entré a limpiar la habitación —empecé a explicar con un suspiro— y no me di cuenta de que cuando salí no cerré bien. —Arrugué la nariz.

—¿Resultado? —preguntó conteniendo el reír.

—La curiosidad de Noa la llevó a investigar y cuando escuché sus risas la busqué. La encontré agarrada a las tiras

balanceándose y ahora solo repite durante todo el día, todooo, que quiere jugar en el columpio.

—Lo siento, preciosa, eso es sagrado. —Soltó una carcajada que duró hasta que llegamos al coche y aun dentro, l costó calmarse.

—Pues ya te las apañarás tú para explicárselo porque yo no sé cómo hacerlo ya. —Bufé.

—Es fácil, yo me encargo. —Hizo un guiño en mi dirección, arrancando.

Noa era nuestra hija, tenía cuatro años. Kiran y yo llevábamos juntos seis, viviendo y compartiendo los días desde que me pidió que me fuera a vivir con él, o más bien actuó por su cuenta encontrándomelo todo hecho. En el momento en el que se sinceró conmigo se me quitaron todas las dudas y miedos.

Nuestra historia se formalizó al poco tiempo del incidente con Ethan en el *Lust*, después de explicarme cómo dieron con él y cómo lo tenían controlado.

Retrocediendo a aquella noche…

—¿De verdad estás bien? —Quiso saber preocupado, observándome con atención.

A pesar de tener un dolor tremendo de cabeza por los golpes con la puerta y la taquilla, asentí despacio, sonriendo para tranquilizarlo porque arrodillado delante de mí se mostraba intranquilo.

—Sí, ya te lo he dicho. Solo me duele un poco. —Me encogí de hombros sin decirle la verdad de lo que me dolía para que se le borrara esa expresión.

—Échate para atrás y ponte cómoda en el sofá. —Se levantó—. Voy a por hielo, a ver si podemos controlar el hematoma que te va a salir.

Lo seguí con la vista mientras se alejaba y con un suspiro hice lo que me pidió, recostándome porque me sentía cansada y un poco sobrepasada por todo.

—Ya estoy. —Abrí los ojos al haberlos cerrado por un instante, viéndolo sentarse a mi lado—. Déjame ver. —Me retiró el pelo y acompañó a su gesto el ponerme un trapo con hielo sobre la frente.

—¿Cómo has entrado en el vestuario? —susurré mirándolo embelesada.

Nuestros ojos se encontraron y esperé para saber las respuestas que necesitaba.

—Hay una pequeña puerta de seguridad, por la que entramos Amanda y yo. —Apretó la mandíbula.

—Ah… ¿Y cómo sabías que Eth… que ese estaba allí? ¿Y que yo había entrado en él?

—Te seguí de cerca cuando saliste corriendo, no te me ibas a escapar. —Curvó los labios—. Vi el movimiento que hubo en el vestuario y fui en busca de Amanda para que me diera la llave de esa puerta que te he dicho, para pillarlo por sorpresa porque el plan de la policía era esperar fuera, siempre y cuando nosotros no los alertáramos desde el interior. Siempre está cerrada, solo está por si se tiene que utilizar en caso de que la principal se quede bloqueada.

»Pero hacerlo me llevó más tiempo del que pensé porque Amanda estaba recorriendo la casa, en alerta por si aparecía ese desgraciado. Lo estábamos esperando, el policía con el que mantengo el contacto me notificó, estando en Edimburgo, que había vuelto a territorio español, al seguirle la pista gracias a la compra que hizo a través de tu empresa.

»Lo coordinaron todo por la posibilidad de que se hiciera presente en el *Lust*. Se pudrirá en la cárcel, tiene muchos delitos a sus espaldas y todos graves.

—Llegaste a tiempo —murmuré.

—No lo suficiente. —Frunció el gesto.

—¿Por eso regresaste?

—Sí, tuve miedo. —Tragó saliva—. Después del numerito en su casa de Edimburgo, la que tú le vendiste, temí que la fuera a tomar contra ti por lo que representas para mí.

—¿Qué represento? —susurré.

—Mucho, demasiado, todo… él lo supo ver. —Bajó la mano separando el hielo y lo dejó en una mesa enfrente de nosotros, volviéndose hacia mí y mirándome con intensidad—. En ningún momento he dado esto por terminado, como si no me hubiera importado. —Nos señaló.

—No dijiste nada, pensé… y esta noche he sabido que has estado en el *Lust*.

—Culpa mía porque durante los dos días que estuvimos juntos solo pensé en disfrutarlos al máximo, pero me despedí en el taxi con un hasta pronto —remarcó las dos últimas palabras—. Correcto, anoche estuve allí, fui a ve a Amanda y nos tomamos una copa en su despacho mientras la ponía al día de los últimos avances de la policía. Cuando salí para volver a casa me encontré con Nael y Hana, imagino que por eso lo sabes —asentí—. No hice nada, no lo haré si no es…

—¿Esas dos palabras tienen algún significado especial? Las de «hasta pronto», por cómo las has dicho —Levanté una ceja.

—No dije adiós. —Me imitó en el gesto.

—¿En serio? ¿Esa es tu visión? —dije sorprendida y tuve que reírme, pero al sentir un pinchazo en la cabeza me callé de golpe, haciendo una mueca.

—Ten cuidado. Referente a tus preguntas, yo lo que digo es lo que hay, si no hubiera querido saber de ti, hubiera optado por decir directamente la segunda opción, cortando de raíz. No sabía cuánto tiempo me llevaría estar en Edimburgo, ni puñetera idea tenía en ese momento, por eso elegí la primera opción, un hasta pronto porque eso era en realidad.

—¿Has tenido que parar otra vez en el trabajo?

—No voy a volver —negó acomodándose a mi lado, acariciándome el pelo y retirándome de la cara el que se había mojado por el trapo.

—¿Cómo?

—Un empleado y amigo me está sustituyendo desde hace unos días. Quizás tenga que hacer viajes relámpago, pero para de contar —susurró—. Ahora más que nunca.

—Entonces te quedas aquí —dije emocionada.

—Así es, ¿y sabes qué significa eso? Porque por lo que he podido comprobar, todavía no pillas mis puntos —dijo divertido.

—Que te vas a establecer —murmuré cerrando los ojos por el roce de sus dedos.

—Ajá, ¿y…? —Los abrí.

—No lo sé.

—Voy a tener que esmerarme para que lo entiendas… —Se inclinó hacia mí—. A partir de ahora no te vas a separar de mí, empezando por esta noche. —Rozó mis labios mirándome directamente a los ojos, manteniéndose sin moverse—. Como he empezado a decir, pero no me has dejado terminar… anoche no hice nada en el *Lust*, ni lo haré porque con la única que quiero que suceda es contigo.

—¿Quieres…? —susurré sobre los suyos.

—Lo quiero, lo deseo y lo ansío. ¿He sido claro ahora? —Pasó la lengua acariciándomelos, provocando que soltara un suspiro—. ¿Aceptas?

—Sí. —Tragué saliva y con eso tuvo suficiente para unir sus labios a los míos con fuerza, en un beso intenso que

me dejó temblando entre sus brazos que me rodearon.

Esa noche fue el inicio de todo, en la que me llevó a su cama y dormimos juntos, abrazados, sin intención de hace nada más porque se negó por cómo estaba yo. Ahí los sentimientos que sentíamos se hicieron más fuertes y se afianzaron.

Después de una semana, cuando llegué a mi piso al finalizar el trabajo, me asusté y no entendí nada al entrar. La puerta no tenía signos de que la hubieran forzado, pero en el interior faltaba todo lo importante. Mi ropa y todas las cosas personales no estaban, por lo que me apresuré a llamar Hana, nerviosa. Su reacción soltando una carcajada me hizo fruncir el gesto.

Pronto me aclaró, para que no llamara a la policía, que Kiran había recogido todo y lo había llevado a su casa. En ella me presenté entrando como un huracán cuando abrió la puerta, pero consiguió aplacarme tentándome y excitándome. Intenté esquivarlo, que conste, pero cómo podía seguir enfadada después de disfrutar de él, así pues, elegí pasar directamente al placer dejando apartado lo otro.

Ya no volví a salir de allí, poniendo mi piso en alquiler. Consiguió que así fuera con sus métodos, los que sabía usar perfectamente conmigo y yo más que encantada que lo hiciera, para qué decir lo contrario.

Unimos nuestras vidas más cuando, un año después nos casamos, rodeados de todos nuestros familiares directos y amigos que también considerábamos como tal. A los padres de Kiran los conocí al poco de estar viviendo con él, me llevó para que nos conociéramos y la experiencia no pudo ser mejor. Al igual que yo hice con los míos y sucedió lo mismo.

Kiran paró el coche y quitó la llave. Acababa de meter el coche en el garaje de nuestra casa, así me lo hizo sentir y saber desde el principio.

—Estoy deseando encerrarte en la habitación. —Se inclinó agarrándome de la nuca, uniendo nuestros labios—. Dime que Noa está con alguno de nuestros amigos.

Lo último lo dijo porque era sábado, entresemana por la hora que era ella estaría en la guardería.

—Eh, sí —respondí mordiéndome el labio y mentira no era, en cierta manera.

—Perfecto. —Hizo un guiño y salió del coche.

Intenté no reír porque mi respuesta había ido por una dirección que no se esperaba, pero me callé llegando hasta é que ya había sacado la maleta. Cogidos de la mano accedimos a la casa por una pequeña puerta y se dio de frente con lo que yo no había aclarado.

—¡¡Sorpresa!! —gritaron nuestros amigos y familiares, dejándolo sorprendido.

—¿Qué…? —Se giró hacia mí— ¿Es alguna fecha importante? ¿Algún cumpleaños? ¿Algo que celebrar? —se dirigió a todos.

—Que yo sepa no —respondió divertido Nael sabiendo interpretarlo perfectamente.

—¿Y…? —Se quedó a la espera de que alguien le dijera el motivo por el que todos estaban dentro de nuestra casa, incluidos nuestros padres y el de Nael, los que habían hecho buenas migas.

—Los he invitado yo. —Carraspeé.

—¿En serio? —dijo extrañado.

—Quería que estuviéramos todos juntos, me apetecía.

—Pequeña —dijo con un susurró, soltando un bufido—. ¿No podías haber esperado hasta mañana? —Se acercó a mí.

—Así es mejor, lo vas a coger con más ganas —contesté con una sonrisa pícara.

Durante todo el viaje había dejado caer lo que pensaba hacerme en la habitación en la que solíamos encerrarnos, cuando podíamos, excitándome durante todo el recorrido. Pues en ese instante, el «cuándo podíamos», tomó más peso.

—Te vas a enterar cuando te pille. —Levantó una ceja.

Se alejó de mí para acercarse a los demás fundiéndose en un abrazo fuerte con todos ellos, dando las muestras de cariño que sentía hacia todos, en lo que fue correspondido.

La pequeña Noa apareció corriendo, tirándose a los brazos de su padre, el que la cogió y la levantó al vuelo dándole vueltas, y la famosa palabra no tardó en salir.

—Columpio. —Aplaudió emocionada provocando que Kiran soltara una carcajada.

—¿Ahora quiere ir al parque? —se interesó el padre de Nael, provocando la diversión en todos, menos en los más mayores que no lo entendieron.

—Roberto, para un buen columpio siempre hay tiempo. —Acabó riendo Amanda.

Sentada en la mesa miré con cariño, sonriente a todos nuestros amigos.

Hana y Nael estaban frente a nosotros, con el brazo de él rodeándola mientras ella lo miraba embelesada compartiendo una conversación con su padre. Desde que se unieron, la felicidad flotaba alrededor de los dos. Habían formado una familia preciosa, eran padres de dos mellizos de cinco años, Nicole y Álvaro, de los que se estaban haciendo cargo los padres de Hana ya que hacía pocas horas que habían regresado de un viaje y habían vuelto con ganas de nietos, los que se fueron encantados con ellos.

Al lado de Nael estaba Amanda seguida por Néstor, sonrientes. La historia de los dos me pilló de sorpresa cuando Kiran me la explicó y la propia Amanda entró en más detalles. Ni imaginarme que entre ellos había ese tipo de sentimientos porque en ninguna de las veces que estuve en el *Lust* vi un acercamiento por parte de ninguno. Pero así era, por aquel entonces y desde hacía tiempo. Como Kiran me explicó, estuvieron a punto de dar el paso para una relación, pero sucedió lo de la paliza que Amanda recibió de Ethan y todo se distanció porque ella entró en un bucle destructivo del que le costó salir y recuperarse. Cuando lo consiguió había pasado mucho tiempo, y ninguno de los dos intentó un acercamiento, por reparo, por miedo, o vete a saber por qué. Lo que no quiso decir que los sentimientos no permanecieran, aunque quedaran escondidos. Llevaban juntos desde que Néstor la sacó de la casa de Edimburgo, esa noche supuso un cambio para todos, uno que modificó en positivo las vidas de cada uno de nosotros. Amanda seguía con su negocio, pero estando en exclusividad con Néstor al igual que él. Eran felices y ella dejaba ver una barriguita por la que lo eran más. Estaban pletóricos por la llegada de su primer hijo.

—Vete preparando porque va a ser interminable. —Me mordí el labio ante las palabras que me susurró Kiran en el oído.

—Estoy más que preparada. —Solté un jadeo cuando llevó la mano a mi zona íntima, presionándomela por encima de la ropa y apretándome contra su pecho.

—Cinco minutos. —Me lamió el cuello y me soltó de golpe.

Me giré cogiendo un trapo, secándome las manos. Me había pillado enjugando el último plato. Nuestros amigos y familiares ya se habían ido, Noa hacía media hora que estaba durmiendo en su cama y no se despertaría hasta el día siguiente y no dudaba de que con lo interminable se había referido precisamente hasta que amaneciera.

Salí corriendo de la cocina, con una sonrisa de oreja a oreja directa hacia nuestra habitación para quitarme toda la ropa y aparecer delante de él desnuda, como esperaba que hiciera.

Al inicio de nuestra relación, le expliqué a Kiran lo que me sucedió con la mujer que nos cruzamos Hana y yo en el viaje que hicimos, antes de encontrarme con él la primera vez, enseñándole la carta que me dio. Con una sonrisa me dijo que la elección la hice perfecta cuando decidí irme del *Lust* la noche en la que Ethan fue a mi encuentro, sin elegir entre Néstor y él.

En ese instante me quedé pensativa, interiorizando el significado. Pero lo que le dejé claro, es que yo lo elegí a él mucho antes aun sin ser consciente, y que lo volvería a hacer una y mil veces porque puede que en el *Lust* tomara la opción que creí mejor por cómo me sentí al verlo, sin saber qué sentimientos tenía Kiran, pero mi corazón lo tuvo claro desde el principio.

Varios encontronazos, choques, tensión verbal y… todo ello fue el inicio de nuestra historia, una que quería segui escribiendo junto a él y al resto, una en la que quería atesorar cada instante en mi memoria. Y gracias a él descubr que, no es que estuviera destinada a no encontrar el amor, sino que solo necesitaba encontrar a la persona correcta que fuera capaz de sentir lo mismo que yo.

Varios encontronazos, choques, tensión verbal y… todo ello fue el inicio de nuestra historia, una que quería seguir escribiendo junto a él y al resto, una en la que quería atesorar cada instante en mi memoria. Y gracias a él descubrí que, no es que estuviera destinada a no encontrar el amor, sino que solo necesitaba encontrar a la persona correcta que fuera capaz de sentir lo mismo que yo.

RRSS:

Facebook: Carlota Manzano

Instagram: @carlotamanzanoautora

Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano

Twitter: @ChicasTribu

RRSS:

Facebook: Carlota Manzano

Instagram: @carlotamanzanoautora

Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano

Twitter: @ChicasTribu